RETRATOS Y RECUERDOS

HSAm. BC
M2885r

RETRATOS

Y

RECUERDOS

POR

LUCIO V. MANSILLA

TOMO I

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS
680 — CALLE PERÚ — 680

1894

445732
1-5-46

HOMENAJE

de altísima consideración y aprecio

a mi noble amigo el señor Teniente General

D. JULIO A. ROCA

ex-Presidente

de la República Argentina

CARTA-PRÓLOGO

DEL

SEÑOR TENIENTE GENERAL D. JULIO A. ROCA

Buenos Aires, Septiembre de 1894.

Mi querido General:

Mucho le estimo la afectuosa dedicatoria de su libro — Retratos y Recuerdos — *una de tantas manifestaciones diarias de su múltiple y fecundo talento de escritor.*

Sus recuerdos y la galería de retratos, que nos pinta, pertenecen á la época que comprende la lucha y esfuerzos por la organización nacional, época que se abrió á la caída de la tiranía, en Caseros, y que se puede considerar cerrada recién, para dar principio á otro período que tendrá probablemente, no los tintes

heroicos del de la Independencia, ni las sombrías incertidumbres y desgarramientos intestinos que se siguieron después, sino un carácter esencialmente económico.

Los pueblos marchan así, por grandes jornadas, teniendo en cada una de ellas una sola idea y un solo propósito culminantes por guías, a la manera como Hércules realizó sus trabajos.

Es difícil tarea escribir historia contemporánea, porque las pasiones en actividad y el fragor de la vida, como en las batallas el polvo, el humo y el aparente desorden, nos impiden ver incontinenti la realidad de las cosas y abarcar el conjunto de los acontecimientos; y es más difícil y escabroso todavía emitir libremente juicios y opiniones, sobre hombres, cuyo recuerdo está aún vivo y palpitante entre nosotros, sin herir susceptibilidades y despertar ecconos en el ánimo de sus descendientes inmediatos; que el cariño y la honra que les reflejan les hacen siempre exagerar su gloria y la importancia que desempeñaron en la escena pública.

Pero Vd. ha salvado bien todas las dificultades y nos presenta sus personajes, tales como Vd. los vió, trató y conoció, prescindiendo intencionalmente de la época, de los sucesos y del medio en que figuraron, sin entrar á apreciar la obra grande ó pequeña que cada uno de ellos realizó y la influencia más ó menos importante que ejercieron en los acontecimientos de su tiempo. Vd. hace retratos, estudios psicológicos, y no biográficos ni historia; Vd. toma al hombre en sí, penetra hasta el fondo de su alma, lo pone á la luz y nos lo muestra como destacado sobre un pedestal.

Parece que nada ha escapado á su fina observación de artista.

Es posible, sin embargo, que á algunos de sus cuadros les sobre colorido y otros estén recargados de sombras y no sean la expresión real y absoluta de la verdad; pero eso ¿ qué importa, si la impresión que dejan es completa y uno cree estar en presencia del original ?

Y para matizar, sin duda, su galería, después de

las descollantes y acentuadas figuras de Sarmiento, Avellaneda y Alberdi, apóstoles, estadistas y legisladores, que han dejado alta enseñanza y honda huella en la historia de su país; después de esa constelacion de hombres del Paraná, obreros importantes del progreso institucional argentino, Vd. nos presenta en Buschental, al prototipo de los negociantes y empresarios con los gobiernos en las épocas desordenadas y tumultuosas que preceden en todos los tiempos á la vida regular y estable de una nacion; pero que no carecen de cierta grandeza por el conocimiento que revelan tener del corazón humano y por la audacia é ingenio que despliegan en sus concepciones mercantiles.

Pero su trabajo no está completo. Le faltan muchos otros caracteres notables que, tanto allende como aquende el Arroyo del Medio, que ya no existe, felizmente, han contribuido á la obra comun del engrandecimiento y unidad nacional, tantas veces en peligro. Vd. ha conocido íntimamente á todos. Y nada digo de los que aun estan de pie para bien de su país y de las letras argentinas y á quienes sólo les

falta morir (que sea lo más tarde posible) para llegar al cénit de su gloria y recibir los honores de la apoteosis.

Tiene que completar su obra, General. De su pluma mana rico y abundante raudal que instruye y deleita y está obligado (toda fama obliga) á continuar el trabajo principiado, dándoles mayor amplitud á sus retratos para mejor lección y ejemplo de las generaciones, que nos empujan, como las olas empujan á las olas, y que sienten esa necesidadins tintiva de conocer cuál fué la acción, la índole y el valer moral é intelectual de sus antecesores; y cuantos más numerosos materiales encuentren de autores de su estirpe, más fácil les será dar con la verdad histórica.

Estudiar á nuestros padres, es estudiarnos á nosotros mismos.

No podemos escapar á las leyes fatales de la herencia y la tradición, que son las que constituyen la tela y modelan el alma de una nacionalidad y de una raza.

Rivadavia y Dorrego, muertos, han influido más en los sucesos de la República, que cuando acaudillaban sus partidos ó revistieron la toga consular.

Ese es el eterno drama humano. Son las tumbas las que gobiernan el mundo. De esa manera se han creado las religiones y así se fundan los imperios. Ahí están Jerusalem y la Meca, cunas y faros perennes de dos jigantescas civilizaciones que se disputan el dominio del orbe. El cadáver de César le sirvió á su sobrino Augusto para gobernar cincuenta años el mundo antiguo. Á Napoleón III, otro Augusto, menos feliz que aquél, pues murió en la humillacion de su estruendosa caida, fuera de su trono y de su patria, lo hizo emperador, según la expresion de un gran pensador francés, la columna de Vendôme. Á la Rusia la sigue gobernando el genio de Pedro el Grande. Y el espíritu de Wáshington y la sabiduría de Franklin presiden los destinos de la más libre y de la más vasta república que haya existido en los siglos.

¡Es tan grande el poder de los hombres extraor-

dinarios cuando han dejado de pesar materialmente sobre la tierra!

Observe entre nosotros—todo es relativo—cómo crece y brilla la figura de Sarmiento, tomando las grandes proporciones que él sabía dar á todas las cosas, ya se tratase de la patria, de la América, de él ó del universo, á medida que nos alejamos de la fecha de su muerte. Recién empieza á diseñarse el héroe, libre de las miserias humanas y ya ve cómo la juventud argentina se precipita sobre su tumba, con religiosa admiración, llevándole flores y ofrendas simbólicas y cómo á consagrarse en el culto de su doctrina y de su fe.

Continúe, mi querido General. Los hombres dotados de una vigorosa constitución mental, que no se fatigan nunca, que han visto y oído mucho y que saben escribir con tanta pureza y chispeante estilo, no deben tener jamás en reposo su pluma.

Reciba una vez más la expresión de mis amistosos sentimientos.

JULIO A. ROCA.

RETRATOS Y RECUERDOS

NICOLÁS AVELLANEDA

Á LA JUVENTUD

Mens agitat molem.

Avellaneda íntimo es lo que singularmente puede interesar á la juventud, —que busca modelos, tipos, caracteres que imitar.

El hombre no se defiende jamás, con éxito completo, de esa tentación.

Los más originales tienen siempre, — muchos sin saberlo, — un antecesor, copiado, á pesar suyo.

Es cuestión de lecturas, de informaciones, de referencias, de contactos.

No voy entonces á ocuparme de Avellaneda, — en la amistad, en la familia, en el hogar, en el parlamento, en el gobierno.

Con decir que era un hombre del siglo y un buen marido y un excelente padre de familia, está todo dicho.

Agregaré, sin embargo, que habia una suavidad genial en sus procedimientos, y que si de cuando en cuando se irritaba, su sensación era como la de ciertas plantas mimosas: una mortificación que debia adivinarse.

Por lo demás era reactivo, como todos los hombres fuertes por el temperamento ó la superioridad mental.

De él puede decirse lo que ha escrito Shakespeare de alguno de sus personajes: *he bear anger, like a flint bears fire:* « En él dura el enojo, lo que el fuego en la piedra de chispa ».

Si tenia prevenciones, rencores ú odios, — eran reflexivos, deliberados, por el convencimiento de

la perversidad del que le ofendía, ó se interponía como un obstáculo perjudicial en su camino.

Esa era, no diré su tendencia predominante, sino un rasgo peculiar de su fisonomía moral, — lo innato.

¿Había aquí un atavismo, una predestinación fisiológica?

No lo sé; no conozco bastante sus antepasados.

Bajo este punto de vista, Avellaneda realizaba (admitiendo que « los verdaderos caracteres no cambian ») el fenómeno tan complicado que, según Spinoza, consiste en que el carácter es un teorema cuyo medio exterior hace salir las consecuencias con una necesidad matemática.

Por eso es que si alguna vaz erró, se equivocó, ó hizo padecer, no fué seguramente por otra causa.

Sus motivos tenian que ser, y eran por consiguiente, casi siempre trascendentales, como sus

pensamientos. Aquí es donde el hombre se destaca, á guisa de una proyección interesante, luminosa, que refleja su luz propia y la que recibe de esos mundos sin fin difundidos por el vasto piélago del pensamiento humano. Aquí está precisamente lo que se quiere y se desea conocer sobre todo. Lo más facil, es lo más dificil. Sus actos públicos, sus producciones oratorias, científicas, literarias, — todo lo que constituye su obra intensa, poco voluminosa, pero rica, — son un mero antecedente. Hay que penetrar más hondo; hay que hacer lo que en la ciencia moderna se llama una *introspección*, — un examen como esos en que Hobbes, Loke, Berkeley y Hume han sido precursores, — y maestro, Taine, el gran filósofo francés, cuya mirada desciende y penetra hasta los más profundos abismos de la personalidad psiquico-fisiológica. Dryden ha dicho: *I was faund to make and introspection to into my owen mind* (1).

(1) Fuí sorprendido haciendo una introspección en mí propiamente.

*

Era, pues, este argentino eminente, considerado con ese criterio,— para mi, al menos, que le traté, le observé, y hasta le sorprendí de cerca, el cerebro quizá más vigoroso del momento en que vivía, el espíritu más amplio, de radio intelectual más vasto, con más potencia imaginativa y más noción clara de la ciencia del gobierno y del porvenir de su país.

Sin ser un carácter, tenía todo el carácter necesario en las crisis. Habría muerto por su credo, — como un soldado de Nélson, — cumpliendo con su deber.

Si la generación actual y la que venga, quiere estudiar un tipo de hombre de pensamiento y de acción, que no empuñe espada, — ahí tiene uno. El que consiga aprenderlo bien, habrá descubierto la piedra filosofal del éxito, si sabe adaptarse, — hay que recordarlo, — al medio ambiente, que era otra de las virtualidades inmanentes que completaban esta fisonomía, esbozada en cuatro palabras.

El artista que, con un poco de negro humo y sin más instrumento que el de un esfumino, casi grosero como éste, acierta á darle relieve á una sombra, que ha visto pasar como en sueño, — no hace otra cosa. Yo no he pretendido más. Ofrecí una pagina, — ahi está.

Otra plumada, porque no he concluido. Nicolas Avellaneda era un idealista, que creia hasta en su propio *ananké*, perteneciendo, para decirlo todo de una vez, y concluir por fin, al género de los sensitivos intelectuales.

Un estudio completo sobre él, tiene que investigar, particularmente, cómo amaba los hombres, las mujeres, las instituciones, las cosas.

Ésta es apenas una página sugestiva, — á manera de indicante, — sobre la ruta que debe seguirse para llegar á la cumbre de la montaña donde se oculta el vellocino de un temperamento de los más ricamente dotados.

SARMIENTO

Á MI AMIGO LUCIO V. LÓPEZ

Ne Júpiter quidem ómnibus placet (1).

Nada más fácil que elogiar ó atacar á un contemporáneo en vida.

Habrá siempre, salvo raras excepciones, dos grupos de hombres, de familias, de pueblo, interesados en lo uno ó en lo otro; los que aplaudirán el ataque, los que reprobarán el encomio. Y así, la verdad, — que debe ser limpia y pura como el diamante bien tallado, — apenas podrá destellar algunas de sus luces; y el hombre se irá sin que el veredicto de los coetáneos sea concluyente, definitivo, mucho menos concordante.

(1) Ni el mismo Júpiter agradó á todos.

La tumba abierta calmará las cóleras, hará un llamamiento á la sinceridad, al perdón, al olvido; lo que es más difícil aún, porque perdonar es ser generoso, y olvidar, — una función cerebral superior á la voluntad misma. Será el momento de la apoteosis ó el de la indiferencia. De todas maneras, siempre quedará un vacío ó un punto obscuro en las páginas de la historia; que hoy las opiniones de los unos, mañana los juicios de los que vengan sucediéndose, mejor documentados, — se esforzarán en colmar ó en aclarar, devorados todos por la fiebre intelectual de conocer, de enseñar, de divulgar la eterna verdad.

Y será un error, no pequeño, pensar que los mejores vehículos de información, han de ser pre-

cisamente aquellos cuya naturaleza — fué mansa. No es ley, de la vida constante, que sólo los bondadosos sean ingenuos ó veraces. Á las veces los caracteres más hirsutos poseen en alto grado, — ese resorte superior. No creo pertenecer á los unos ni á los otros; luego mi criterio de certeza en el caso de Sarmiento, para esbozarlo, tiene que venir, y viene en efecto, — de una naturaleza que es, por decirlo así, el justo medio entre aquellos dos temperamentos.

¿Me equivoco?

Son los que crean conocerme bien, viéndome de perfil y de frente, ó destacándome ora en la penumbra de lo que realmente soy, ora entre las brumas de la leyenda, — los que han de fallar.

Pues Sarmiento era algo de simple, — como esos cuerpos elementales que es en vano someter al análisis buscando sus compuestos. Nada había en él de complicado, — ni como escritor fecundo, ni como filósofo, sin una filosofía, ni como polí-

tico, sin ser un estadista. Atacó una causa sin sensibles intermitencias, — lo mismo que hubiera podido servirla; no era interesado: la vanidad lo desequilibraba, los astutos habrian podido inducirlo, comprometerlo, explotarlo, — dándole títulos y honores. Pero la atacó como campeón resuelto, batallando animosamente, — á veces y no pocas, con impetu feroz.

Él amaba la civilizacion, — y era bárbaro en sus polémicas de sectario intransigente; que no veia salvación sino dentro de su fórmula, aunque la de hoy no fuera la de ayer.

Él amaba la educación y era inculto, á pesar de sus viajes, de su roce con las gentes, conservando siempre y en todo, la aspereza de las breñas sanjuaninas, de donde salió; con una circunstancia singular, que fué siempre el hombre más del terruño primitivo, porque constantemente y sin que en ninguna coyuntura fallara el determinismo: sanjuanino y hombre de bien y de verdad, fueron para él, como cosas que raramente no andan juntas.

En una palabra, nadie fué más de San Juan que él. Aquí están sus huesos; allí debiera estar el monumento cifrando su nombre.

Hizo la política y el gobierno, con cierto desorden, como sus viajes, sin plan, — viendo mucho y observando cuanto podía. Pero con deficiencia, porque no poseía bien ninguna «lengua-contacto», — permítaseme la expresión, — como el francés ó el inglés, sin cuyo requisito la superficie y la exterioridad suelen confundirse con el fondo y la interioridad de las almas y de las cosas.

Sus lecturas parece que hubieran sido muchas; nada de eso.

Sarmiento sólo era un adivino de epígrafes, un sonámbulo lúcido, de soluciones finales; así se explica su « Argirópolis. »

Escribía lo mismo que pensaba y que leía, á *ba-*

tons rompus... y sin ser estilista tenia un *estilo* personalísimo.

Nadie fué como él productor de frases exuberantes, enmarañadas, ricas, envueltas siempre en lianas de cultura al parecer áticas.

Por eso su mejor libro son sus « Recuerdos de Provincia »; libro sin retórica, sin artificios, sin redundancias, sin paradojas de pensador ó de artista, sencillo, sincero, casi cándido en algunas páginas; el libro donde él está más de cuerpo presente, diré así, — viviendo, como fortísima planta endógena, de adentro para afuera, por las reflexiones que le sugieren el espectáculo y el medio.

Sarmiento, sin ser un espíritu científico, ó filosófico á la moderna, — como que era incapaz de no encerrarse en una doctrina, — abriendo su mente y su alma á todas sin vacilar, anhelando siempre la verdad, ha sido un *tentador...* que en vano se ha querido imitar: no se imita la originalidad.

De ahí que no haya gravitado, como él pensó

que gravitaria; y luego, porque hay hombres que cuando se retiran de la escena, no pueden dejar y no dejan sino el afán de saber bien, qué fueron, — como Napoleón, en un sentido; es decir, qué fueron allá en sus abismos impenetrables.

No busquéis en sus escritos ninguna elevación de espíritu, ni lenguaje eximio; buscad colores, matices, energía, fuerza, — como en el bosque se busca la encina donde detenerse para hacer leña; nada de consolador, nada que abreve la sed, nada en fin, que os permita decir, después de la fatiga: estoy satisfecho.

Sarmiento, aunque no fuera oblicuo, dejaba siempre que desear. Hasta su muerte nos ha producido esa impresión, y no nos conformamos por

eso con que se haya ido; porque se nos ocurre, — que algo más y nuevo, siquiera por los modos geniales, nos habría dicho.

Predicando el método, fué todo, menos un hombre metódico, con más moral intrínseca, que reglas de conducta morales; capaz de amar y de aborrecer con intercadencias, sin cálculo, — espontáneamente y hasta sin motivo.

Siendo autoritario por índole no soportaba la férula en nada. Por eso, y porque se avenía más con la extensa superficie de sus conocimientos, — pretendió reformar la ortografía. Gobernó poco y mandó más que nadie, pretendiendo ser un hombre de ley. ¿Cómo? Si no era legista por temperamento ni por vocación; tenía demasiado respeto por la fuerza, — en sus manos, y aun en las ajenas, aunque siendo capaz de capitular, jamás se habría rendido á discreción.

El porvenir no dará ya hombres de esa laya; son productos de ciertos momentos, — y que, así como ellos no pueden reemplazarse á sí mismos, tampoco pueden tener un sucesor genuino.

Ha sido grande, no es bello. Quiso ser orador, militar, político, sociólogo; sólo fué el primer gladiador literato de nuestro país, y no tuvo más reyertas porque la escena estaba ya « llena de costumbre » por él, cuando ni más ni menos que una preocupación invencible que se va, se despidió para siempre de sus conciudadanos.

¿ Quién se habría atrevido á romper lanzas con tamaño adversario? Y singular fenómeno: habiendo sido *rebarbatif*, casi siempre, ó tal como lo he medio perfilado, para que otros hagan su retrato, dejó en pos de sí muchos recuerdos cariñosos, incluso quizá el mio, — que respetando su tumba no me incliné sin embargo ante ella.

¿ Por falta de veneración? No. Porque el momento de los hosanna! era, para mi, inoportuno.

CARRIL

Á MI AMIGO ULADISLAO FRÍAS

Il a notre masque et il a nos veines.
Il a des parfums dans son mouchoir.
Il a des fleurs dans sa chambre.
Il a eu des pechés comme nous.

Como planta exótica en un invernáculo, — vivía él, en el Paraná, después que Juan María Gutiérrez, que Gorostiaga, que Rawson, y otros, se vinieron á Buenos-Aires.

Viéndolos partir, pensó, sin duda, en sus adentros, que era empeño vano oponerse al espíritu reaccionario que á toda costa intentaba restaurar el elemento federal retrospectivo.

Y al pensar así debió decirse: dejemos correr las cosas; hay que inclinarse ante los sucesos.

Si le faltaba voluntad, le sobraba entendimiento.

La Nación nunca estuvo en mayor peligro que entonces; casi se deshizo. ¿Para qué ocultarlo? Pero doblemos esa hoja; prosiguiendo, podriamos ver al mismo Francisco Bilbao, al discipulo de Lamennais, con divisa colorada, ancha de dos dedos y este distico: «Defendemos la ley federal jurada: son traidores los que la combaten» (1).

Tenia el primer vice-presidente de la República,—dividida entonces, por la segregación de Buenos-Aires,—todo el aspecto de un lord inglés del tiempo de Chatham,—y como éste, seducciones externas irresistibles. Á la inversa suya, preferia,

(1) Escrito por el Dr. Santiago Derqui, ministro del Interior en San José.

sin embargo, la penumbra á la exhibición teatral. Su cabeza, blanca ya, estaba llena de armonía, teniendo la frente amplia, abovedada, y unos ojos negros redondos, vivaces, agudos, que ni más ni menos que una sonda, penetraban en el alma de su interlocutor; en la nariz había un no sé qué de la de Talleyrand, y la boca, de labios algo gruesos, casi siempre un poco apretados, como para que no se escaparan sus secretos,—denotaba, con aquella nariz, característica, imperceptiblemente arremangada, una prudente combinación de la naturaleza; algo así como cierta mezcla de inclinaciones artísticas y sensuales.

Todo era simetría y ponderación en las formas de este personaje conspicuo,—de talla que, sin ser alta, no era la ordinaria.

No usaba bigote ni barba. Vestía constantemente de negro, de levita, con estudiada sencillez; y sus manos eran pulcras, cuidadas las uñas color de rosa, ni cortas ni largas, lo mismo que las de una dama

de calidad. Se sentia frío al tocarlas,—un frío que venia muy de adentro, aunque su imaginación fuera ardiente y su pecho abrigara ternezas íntimas,—siendo hombre recogido y del hogar.

Su palabra era animada, colorida, abundante,—y se traducia generalmente en frases breves, sentenciosas, significativas, picantes, burlonas,—con intermitencias explosivas de risa.

De dia, en su casa, no recibia visitas sino de confianza, pocas. En la tertulia nocturna, estaba llena de gentes,—abigarradas; allí alternaban todos los colores y matices políticos. La luz era escasa; no podía distinguirse bien el juego de las fisónomías. Muchas veces no habia más iluminación que la de la luna,—que entraba por las ventanas. El gas y el kerosene no se conocian; el aceite, la lámpara, en fin, y la misma estearina eran objetos de sumo lujo,—y el vice-presidente vivía, por otra parte, con extremada economía; fumaba cigarrillos negros, y de vez en cuando, si la concurrencia no era muy numerosa, se servia una taza de té, sin leche, ni cosa parecida á pan y manteca,—alternando con el mate.

Allí, en aquella casa, á cien metros de la del general Urquiza,—generalmente en su estancia

feudal de San José, se hablaba de todo lo que estaba á la orden del día, y aun del mismo «libertador», de lo prohibido, según las circunstancias; es decir, según las garantías de reserva discreta que ofrecían el auditorio y los censores.

Carril representaba el espíritu liberal tímido del país,—una tendencia.

En tesis general, sus opiniones eran siempre las más adelantadas.

Rawson, el mismo Luis Cáceres, no eran teóricamente más liberales que él.

Y digo teóricamente, porque en la acción Carril era meticuloso hasta la timidez.

¿Qué digo?

Cuántas veces no procedió en razón inversa de sus convicciones y contra los intereses de sus mismos amigos políticos!

Recuerdo que en una coyuntura luctuosa, — me decía, tirando la pluma con desprecio: «Señor

don Lucio (1), si alguna vez llega Vd. á hallarse en una situación como la mía, no firme Vd. jamás vilezas como ésta».

Y, señalando la casa del general Urquiza: «pero he estado emigrado tantos años! he pasado tantas miserias (ni he podido educar á mis hijos debidamente) que tengo horror á la pobreza... y estoy en manos de esa fiera!» (2).

Yo era casi un niño por la inexperiencia; oía, no entendía bien entonces. El hombre me interesaba, me subyugaba, todo lo suyo me parecía noble; aquel desahogo me dejó profundamente triste y nada más.

El momento histórico era climatérico.

Benavides acababa de morir en su prisión de San Juan.

La guerra de Cepeda se preparaba.

(1) Era yo muy joven, su secretario íntimo, y aquel *don* tan solemne me encantaba; creía pensar y escribir por mi mismo, y era una sugestión la que me movía.

(2) Véase la explicación en el *Apéndice*.

Carril, protestando en lo intimo, se dejaba arrastrar por los sucesos, — aún los inducía *á contre cœur*, encontrando siempre escusas, una razón mejor dicho, hasta motivos trascendentales, filosóficos, para explicar su debilidad

Había, pues, en este carácter las antitesis del excepticismo que no ve que la revolución camina, que desespera del éxito,—y que acaba por creer que las soluciones de la fuerza son quizá las mejores, como si pudieran ser definitivas.

No son pocos los argentinos que han pasado por ese estado durante la guerra civil.

Napoleón le preguntaba á Sièyes con ironía: «Y qué hacía el señor abate, durante el terror». Á lo cual Sièyes contestó: «vivir». Era en verdad hacer obra de varón escapar á la ola de sangre. Carril podría haber contestado á un «¿Y qué hacía Vd. en tiempo de Urquiza?» algo más que el famoso triunviro francés, esto: «vivir y aumentar mi caudal».

Queréis ser libres y no sabéis ser justos,—había dicho Siéyes,—y como él pensaba Carril, el joven ministro de Rivadavia, el amigo de Lavalle, su consejero; pero como Walpole, había visto tantas cosas que no podía escandalizarse al observar sus propios procederes,—por más que su criterio de estadista, y que la voz de la conciencia le gritaran al pensador: haces mal.

Los hombres de esta tela, de esta escuela y de esta estructura intelectual y moral,—son verdaderas complicaciones psicológicas,—que no pueden ser explicadas sino analíticamente. Y yo no analizo; recuerdo, evoco, sugiero.

Carril ha *gravitado*, no ha influido, como Alberdi que dejó casi una iglesia, sin que esto quiera decir que, como aquél, no haya tenido su cuarto de hora de mala inspiración.

He ahí dos liberales que, propiamente hablando, no se entendieron nunca, aunque alguna vez coincidieran; y opuestos, como su temperamento físico, eran sus sistemas, sus concepciones sobre la organización del país al iniciarse en la vida activa del pensamiento y de la discusión.

En Carril, había algo de la dureza rocosa de los hombres que viven en la falda de la cordillera sin vegetación riente; en Alberdi, algo de la somnolencia de una noche tropical—llena de perfumes y de luz. Carril no era un pensador, Alberdi si.

Pero Carril tenía más talento que Alberdi,—y suma gracia y mucha eficacia en la conversación entre dos.

Escribía cartas admirables, con grandes deficiencias ortográficas, con una letra enmarañada,—típica.

Sabía hacer apuntes precisos para que otros redactaran sus documentos oficiales: pero él no sabía escribir como un hombre de letras, siendo no

obstante, un literato por el gusto, la cultura, la estética y la información.

Era en esto, como en las lenguas: tomaba un libro en inglés, en francés, en italiano, lenguas que apenas balbuceaba para saludar,—y costaba persuadirse al oirlo leer que estaba traduciendo.

Pocos en su época vivian tan informados como él,—siguiendo con ahinco el desarrollo social é intelectual del mundo, de los Estados-Unidos del Norte,—sobre todo. Capaz así de dar una opinión erudita,—no redactó como vice-presidente, nada; ni después, como ministro de la Corte Suprema, borroneó una sola sentencia, ni fundó un voto en disidencia por escrito. Allí vibrará aún su voz; de su pluma no hay ni el rastro.

Era, como se ve, más lector que otra cosa... Por eso su juicio, cuando lo emitía, sin ambajes, era casi siempre profundo, como que en aquella cabeza, nada había de vulgar, ni celda alguna para la

frivolidad. Grave y sesudo nació—y así pasó á mejor vida.

No sé si habia leído, meditando, á Cicerón; pero ora le conociera á fondo, ora sólo tuviera de él, la tintura del que no ha hecho más que leer,—su filosofía natural, instintiva, era ciceroniana: el *probabilismo* en todo. Dios mismo, en el momento á que me refiero, era para él una probabilidad. Y ya porque, sin hacer el mal hubiera pecado mucho, —en el sentido de haber transigido demasiado con su conciencia política,—el hecho es que, en las horas del recogimiento final se refugió, archi-millonario ya, en la Iglesia, muriendo confeso y arrepentido de sus herejías mentales.

Hablo de los Chinos de la China, no de los Chinos de Voltaire, dice el ginebrino en sus *menus propos*. Pues yo hablo de los hombres que he visto, que he conocido y tal como los he creido ver y conocer; así los presento y que la leyenda siga pensando lo que quiera.

Pero lo prevengo, no hago relieves ni pinto,—apenas trazo rasgos. Fíjese el lector en los términos que empleo; no resulte después que, cuando lo que me propongo, es únicamente llamar la atención hacia los reflejos de un hombre eminente, se me achaque que he querido hacer un retrato.

Por consiguiente, *c'est à prendre ou à laisser*, según el camino que cada cual haya avanzado en la esfera moral.

Es decir, que hay que tomar lo consignado ó dejarlo como cosa baladí.

Será siempre un escollo enorme, insuperable á veces, juzgar con acierto á los otros y presentarlos como realmente fueron, no pudiendo nosotros mismos decir: yo soy así.

Con que apenas tenemos la noción vaga del ambiente que envuelve nuestra fisonomía, sea bello ó feo el rostro...!

¿Quién puede decir con seguridad: he producido tal efecto?

No he querido hacer, como se comprende, simpática ni antipática esta figura en la que la intelectualidad y la moralidad, no puede decirse que están en conflicto, — sino perfilar algunas de sus

lineas prominentes. Vuelvo á decirlo, aunque sin querer incurra en una tautologia inoficiosa.

Mas me falta agregar, en conclusión, que el vicepresidente de Urquiza,—fué el hombre mejor elegido para darle color y olor constitucional á su gobierno. Él, en un sínodo de teólogos, habria sido el primero en hallar la razón metafisica suficiente para demostrar, explicar y fundar la infalibilidad... de un poderoso.

BEDOYA

Á MI AMIGO ARISTÓBULO DEL VALLE

> *Remplacez, si vous le pouvez, un de ses adjectifs par une meilleure épithète. Vous ne le pourrez pas. Son mot n'était pas seulement bon: il était le meilleur.*

No son en Córdoba una tribu, como los Ferreyra, los Funes, los Pizarro, los Luque, y otras fafamilias burguesas y campesinas... Pero son señoriales butibamba y butibarreno, como les llaman en Andalucía á las gentes de pró,—y selectos,.los Bedoya, habiendo figurado siempre con notoriedad ó brillo,—en todas las situaciones que se encontraron; en el foro, en la cátedra laica y sagrada, en la política, en la guerra y en los negocios en general.

Este Bedoya, del que me voy á ocupar, fué congresal en 1826, *unitario*, soldado de Paz y emigrado (1).

Desapareció casi por completo, para reaparecer en el gobierno del Paraná, como ministro de Hacienda de Urquiza.

Era un hombre casi jigante, correcto, apuesto, pulcro, de cuello envuelto siempre en ancha corbata blanca. Tenía las manos grandes, pero proporcionadas, que revelaban la decencia de su estirpe, por no decir su nobleza, aquí donde no hay nobles,—ni siquiera una aristocracia del dinero *comm' il faut*; unas manos agradables, frescas, suaves, casi aterciopeladas, que no producían, cuando apretaban bien, sino esa sensación de confianza que nos dice: he ahí un hombre.

Su tez era morena, sus ojos negros, hermosos, reflejando rayos de calor,—como su alma, apasionada, vehemente.

La cara, angulosa, expresiva, limpia con toda la barba afeitada y la cabeza con el pelo cortado *en brosse*,—estaba en consonancia con lo interior

(1) Los diputados por Córdoba eran dos: Bedoya (Elías) y Bulnes (Eduardo Pérez).

de tan conspicuo sujeto: categórico, terminante, recto, franco,—á veces hasta la indiscreción que compromete; ponderado, sin embargo, por la doble facultad, tan rara, de callar enteramente lo que se quiere tener reservado y la de comunicar, por completo, lo que se desea hacer saber.

Se movía con la solemnidad del que sabe que llama la atención,—y toda su persona estaba llena de ese *no sé qué* digno, que, sin quererlo uno mismo, va diciendo á voces: yo soy alguien.

Con efecto: la frente, la nariz, toda la forma de la cara, el arco frontal particularmente, indicaban superioridad.

Tenía el eco fuerte, suavizado por delicadezas varoniles de sentimiento, siendo esencialmente amistoso y tolerante, en la más lata acepción de la palabra; todo un hombre, en fin, de mundo y del mundo.

Amaba mucho la música,—cantaba y tocaba el piano y la guitarra, habiendo viajado por Euro-

pa y América; y al mismo tiempo, sabía hacer cálculos numéricos con exactitud, sin duda porque los números, como la música, son una lengua geométrica, una armonía entre la concepción y el efecto producido.

Escribía con esmerada corrección,—sus billetes eran modelos; todo con una letra clara, uniforme, igual como su carácter que tenía pocas intermitencias,—pues, aunque violento, poseía la fuerza de voluntad necesaria para dominarse.

Hablaba con facilidad, con lógica, y sabía escuchar pacientemente hasta cuando le contradecían. Su casa era un club; allí concurrían los miembros del Congreso más distinguidos,—por su influencia ó su saber.

La tertulia era amena, había mucha libertad de conversación,—el té y el café que se servían eran excelentes, nada escaso; de vez en cuando no faltaba el chocolate con biscochos.

Y como la casa tenía anchas ventanas, quedando frente á la Matriz en la plaza principal, bastante poblada de árboles y concurrida,—en las noches de luna, tenía doble atracción.

✶

No era *derquista*, siendo cordobés, y siendo liberal, no era *carrilista* (Carril era aporteñado) porque los porteños no entraban entre los santos de su devoción. Pasó aquí, días felices en su juventud; se casó y fué calumniado,—razones más que suficientes para explicar una preocupación de lugar.

Su hombre era Urquiza. Él era el que, alzándose, había derrocado á Rozas su enemigo; el que había invitado al país á constituirse,—proclamando perdón y olvido.

✶

Bedoya, como se ve, era ante todo, un argentino del Interior, teniendo de cordobés el pelo y poquísimos resabios, desde que era libre pensador, lo cual no quitó que, como tantos otros, mu-

riera dentro de la iglesia en que había nacido, — pobre, sereno, altivo, aunque murmurando traición... Es la eterna leyenda de la derrota.

No sé si en realidad tenía afición íntima por Urquiza. Sé que lo servía con afán y empeño y que fué uno de los que contribuyeron, con más eficacia, á organizar las finanzas de la Confederación; obra verdaderamente seria, ardua; porque las provincias de entonces, las trece, no tenían, vínculo económico alguno.

Salían del caos. Todo hubo que hacerlo; desde fundar el crédito público, hasta el crédito exterior, sin recursos, sin antecedentes, estando toda la tradición y los archivos gubernativos aquí.

Á Bedoya se le atribuye la ley de los «derechos diferenciales», recurso político y económico contra la hegemonía bonaerense. No fué suya la idea. La cuña para que sea buena ha de ser del mismo palo: fué de un hijo de Buenos-Aires; tengo las pruebas en mi poder.

Esa obra de estadistas y de partido fué tanto más difícil, cuanto que Urquiza era una fuerte rémora,—casi un obstáculo insuperable. Queriendo, no dejaba hacer. Su patriotismo sufría los desequilibrios de los grandes caudillos, que aspiran, que anhelan, que sueñan con pasar grandes á la posteridad; pero que á cada paso tropiezan con su propio yo, hidrópico de sed natural de riquezas ó empedernido en las prácticas geniales del poder arbitrario.

Y, sin embargo, Urquiza oía, mucho más que algunos que han pasado,—dejando el rastro de principistas.

Ved la comprobación: llevole un amanuense á Bedoya, cierto expediente, diciéndole: dice el Presidente que firme.

Bedoya frunció el entrecejo, miró y contestó: yo no firmo robos.

El ministril, uno de esos que se pintan para indisponer Presidentes y Ministros,—volvió dicién-

dole á Urquiza: dice el doctor que él no firma robos.

Urquiza hizo uno de esos movimientos de avance, algo así como embestida, que le eran peculiares,—una arremetida que obligaba á retroceder inevitablemente; sus ojos brillaron, como solían brillar, como centellas, y repuso: vea quién habla de robo! (ya he dicho que Bedoya había sido calumniado). Un momento después, entró aquél.

—Señor, le dijo—saludando respetuosamente: no he firmado eso, porque sin duda V. E. ha sido sorprendido... engañado.

—¿Y qué hay?

—Un robo!!

—¿De veras?

—Sí.

—Lo siento, me han sorprendido.

—Pero, si V. E. quiere favorecer á ese hombre, se hallará cómo...

—Bueno, Ministro, halle cómo...

Cuantos mandatarios no envidiarían la docilidad del caudillo prepotente y cuántos favoritos no hemos visto abandonados por el favor de arriba, nada más que por haber hablado la mitad de lo que Bedoya habló!

He dicho que éste era urquizista, ó lo he insinuado: así debió ser, me parece, ó lo fingía contra su carácter; porque después de Pavón, desalentado, se fué á Córdoba, se aisló, se entregó á trabajos rurales, siendo hombre creador,—y en sus contestaciones á medias, cuando lo interpelaban, sobre su reclusión casi misantrópica, podía descubrirse algo así como un tormento, de que la causa de la confederación, hubiese sido vencida por Buenos-Aires. Era, por consiguiente, este notable argentino, todo un hombre. Murió así, triste, honrado, respetado, querido, llorado,—no dejando sino reminiscencias gratas en la amistad.

Un rasgo genial que caracteriza á Bedoya,—es uno de sus últimos momentos.

Se moria; nadie mejor que él conocia que andaba ya por las fronteras de la eternidad.

Rodeado como estaba de su familia, compuesta toda de gente piadosa, querian y no querian, pedirle que se confesara. Querian, por razones espirituales; y no querian, dudando indebidamente de su fortaleza.

En esos instantes supremos, hay siempre una esperanza que la impresión de una palabra que no se articula, que se adivina, puede desvanecer.

Joubert, dice: son las ideas claras las que sirven para hablar; pero son las ideas sordas las que conducen la vida.

Esa palabra inarticulada, que estaba en el semblante, casi en los labios de todos los que le amaban, era: desahuciado!

La monja (Bedoya tenia una hermana enclaustrada), lo pedía con el fervor de su fe.

Triunfó pues la religión, y se resolvió que un convertido, su amigo intimo le hablara: era Don Mariano Fragueiro (1).

Hombre suave, que no entraba en materias ar-

(1) En el volumen II me ocuparé de esta otra celebridad.

duas de rondón, había comenzado á roncearlo á Bedoya...

Llegó en ese momento Carlos Roca, el medio hermano de Augusto López, —á quien Bedoya quería mucho por sus bellas prendas, y por estar casado además con una sobrina de su predilección.

—Carlos, le dijo: ayúdalo á Mariano que se ha enredado en las cuartas, y que venga el confesor...

Pudiendo hacerlo no quiso escribir apuntes ni memorias: porque discurría como el Sr. D. Domingo de Oro, el amigo de Sarmiento, de Tejedor, de Mitre, de mi padre.

Contestando á una exigencia filial mía, «que escribiera sus recuerdos siquiera», me decía una noche en que habíamos departido, como dos almas que se abren de par en par: «¿para qué legarle á la posteridad más miserias...? me bastan las que he visto, con ellas muero; ame Vd. lo bueno,

lo bello y lo fuerte, tenga orgullo, y diga siempre la verdad en vida ».

Un hombre, como este Bedoya, que tuvo opiniones, convicciones, pasiones, que amó y odió, que batalló, que atacó y fué atacado, debe necesariamente haber dejado tras si rezagos, cuando menos, de animadversión. El mismo justo los deja. Es tan persistente la tradición,—que con frecuencia olvidamos, indignándonos contra las ajenas preocupaciones, — que hasta lo absurdo marca el rastro en la solidaridad humana. Pero la vida aplaca lo mismo que la muerte, — dice el sabio, — y reconcilia á los que no piensan ó no sienten como nosotros.

POSSE

Á MI JOVEN AMIGO MARCO AVELLANEDA

Out! damned spot. Out! I say!
SHAKESPEARE

Es casi axiomático que todo ojo debe tener su punto de vista propio; toda voz, su acento.

Voy, pues, á mirar á este hombre desde mi altura y á ser como el eco fúnebre del pasado.

¡ Momento luctuoso !

Hay aquí una mancha de sangre.

No se degüellan las ideas que caminan y caminan hasta triunfar,—pero se degüellan los hombres, por desgracia, y cada atentado de esos deja un borrón maldito en la historia.

Por fortuna *to day is not yesterday*, hoy no es

ayer, como decía Carlyle, refiriéndose á los días subsiguientes al Terror, —y á pesar de la anarquía en las ideas, si los gobiernos oprimen ó hacen mal su oficio, no tienen ya sicarios que maten...

La Córdoba de entonces no existe, — loado sea Dios, y que las cenizas de Justiniano Posse sigan descansando en paz!

Si las remuevo, es para decirles á los presentes: quién era él, —y que no se mirarán bastante en el pasado, tan fecundo en ásperas lecciones.

Ojalá tuviera también el espejo mágico de Macbeth para hacer desfilar triunfantes á las generaciones del porvenir, que, no lo dudo, serán fuertes, como lo era este varón, mi amigo.

El límite de edad que nos separaba, sin ser largo cronológicamente, era grande; porque él sabía muchas cosas por estudio y por intuición, y yo empezaba la vida, saliendo recién de un lecho de flores.

Mi familia había caído; yo era un desterrado. Y singular fenómeno de afinidad electiva! una idiosincracia hereditaria, paterna, me hacía pensar como mis enemigos: sobrino de Rozas, pensaba como los liberales del Paraná,—y así es como me explico á mí mismo, mis incertidumbres y mis incoherencias.

Se han hecho cargos á los biógrafos del insigne profesor Tyndall,—sin que de ellos se escape el mismo Herbert Spencer,—cargos que consisten en que, ocupándose del muerto, han hablado demasiado de los vivos,—de sí mismos. Pecar por ahí yo, sería agrandar el marco del cuadro y empequeñecer al personaje, objeto de mi solicitud, cuando es todo lo contrario, precisamente, lo que me propongo.

Este médico, político vehemente como Rawson, pertenecía lo mismo que él al grupo liberal adelantado de la Cámara de Diputados, representando á Córdoba; allí, en aquel Congreso del Paraná,

donde la libertad de la palabra pasó por las crisis y torsiones consiguientes á los estremecimientos de la lucha entre Buenos-Aires y la Confederación,—lucha que, á medida que se acercaban los días de Cepeda y de Pavón, se hacia cada vez más ardiente.

Era alto más que lo ordinario; caminaba con mesura y cierta majestad, recta la cabeza; y una frente espaciosa, un poco arqueada y unos ojos pardos, obscuros, grandes, rasgados, chispeantes, adornados de una nariz aguileña, abultada, correctamente perfilada,—revelaban un temperamento rico, vigoroso, libre en sus acciones, la agudeza y la memoria necesarias para penetrar y retener las cosas graves. Tenia los labios gruesos, carnosos, semiabiertos como listos para decir siempre, sin ambajes ni cortapisas, ni muchas flores oratorias, lo que sentia ó lo que pensaba,—cortando por lo sano como un bisturí; y á la inversa de Richelieu, que no se reia nunca, sino como Mazarino que se reia constantemente,—Posse estallaba, fácilmen-

te, en una carcajada, parecida á una explosión de ironía, mostrando hasta las encías, unos dientes casi caballares, iguales, afilados, limpios, relucientes como marfil, casi hablando, parecían decir: mi pasta no es mala; pero no me exasperéis demasiado,— porque tengo estas defensas para morder y no soltar, sino después de haber triturado.

Así era, en efecto, en el Parlamento. Esperaba el ataque tranquilamente, miraba en torno suyo á los adversarios,—y para cada uno de ellos tenía un calificativo cáustico ó un mordisco retórico que casi sacaba sangre; y esto, haciendo reir.

Su voz era potente, un poco áspera; sus modales fáciles,—su mímica, expresiva, adecuada; y, como todos los fuertes, no se daba cuenta de los estragos que hacía sino después de pasado el entrevero.

Poseía conocimientos en muchas materias que ignoran generalmente los hombres profesionales; no era instruido en derecho, pero sin ser legista, tenía la noción de la libertad paralela,—de la independencia y de la dignidad de todo ciudadano igual ante la ley.

Había algo de laxo en su moralidad, no porque no fuera honesta y decente su vida,—sino porque si le hubieran preguntado: ¿creéis en la materia? es probable que, escapándose por la tangente, hubiera contestado: Dios ha sido un hombre prehistórico y la religión es un puro simbolismo.

Agréguese á esto,—algo extraño como fenómeno del medio en que Posse vivía habitualmente, --eso que pasa con los que van á Roma creyentes;

allí está el Papa, pero no es donde hay más misticismo profesado.

Todos los cordobeses sabios ó de talento que yo he conocido, con honrosas excepciones, han cojeado un poco de ese pie, pecando de pirronismo.

Y para que algo esencial quizá, no se me quede en el tintero, téngase presente que este hombre era un ambicioso,—uno de esos á quienes si una muerte prematura ó el puñal homicida no los detiene, van lejos, aún sin elegir los medios, con tal que los fines sean grandes y todos ellos giren alrededor de la órbita de sus convicciones, sugeridas ó no por el interés personal.

Era, pues, Posse, una mezcla de esa ideología principista con la que Napoleón estaba reñido (como lo está todo impaciente) y de esa determinación necesaria en un hombre de acción.

No murió como su índole,—que era buena, ó como su genio, que era ameno,—podían augurarlo; murió como lo decretan los tiempos.

Hay hombres que llevan dentro de si una catástrofe,—siendo, y otra cosa no pueden ser, en su fatalidad, almas volcánicas de desarrollo explosivo, precursores violentos, por decirlo así, de la victoria revolucionaria definitiva por la evolución y transformación de la sociedad.

En el trato amistoso era franco, expansivo, decidor siempre, desinteresado; aun capaz de un sacrificio.

En cualquier otro Congreso que en el de Paraná habría sido lo que fué,—«opositor» hasta ir al ministerio.

Todavia allí mismo su tarea no habría concluido; queria más,—porque su mirada inquieta se paseaba por toda la redondez del pais,—que conocia palmo á palmo, sabiendo de memoria sus hombres, sus cosas, sus necesidades, lo mismo que sabia en qué cavidades están las visceras del cuerpo humano.

Su obra oratoria fué sensacional, más incisiva que elocuente; pero en el Paraná no había taquígrafos, ni se leían los discursos, como en la Convención francesa, ni mucho menos se corregían, como ahora, por práctica abusiva; de modo que es obra perdida, como antecedente parlamentario.

Escribía con facilidad, con una letra, como su mano, afilada, segura, una mano que no apretaba mucho; pero que, al tocarla, se sentía que era de temple varonil; y un documento redactado por él, una carta, cualquier cosa, tenía toda la estructura y el corte de su estampa; la gravedad al lado de la ironía.

El hombre entero, está ahí, en esas dos palabras.

Esbozado como quedá, á grandes plumadas,

réstame decir que, ni más ni menos que como se vestía, siempre de negro, llevaba en vida, el luto instintivo de su destino trágico, antes de bajar al sepulcro donde yace.

No fué su vida ejemplar, pero contiene una enseñanza: Córdoba perdió un ciudadano de talento, no ganó sino una lápida triste más, salpicada con sangre fratricida. «Quitate de ahí! quitate! maldita mancha!».

LUQUE

A MI JOVEN AMIGO ANTONIO DELLEPIANE

> *Il avait des longs cheveux noirs lustrés et bouclés. Ses grands yeux en amande, d'un noir profond, avaient l'avidité de deux gouffres. Sa pâleur était livide.*
>
> (DISRAELI).

Le ví por primera vez en el teatro, siendo yo niño,—aquí en Buenos Aires, en tiempo de Rozas. Habia venido con Marco Antonio de Arredondo, un *paquete* (1), como entonces se decia, que en los salones y en la calles, atraía todas las mira-

(1) Voz muy española: se le llamaba así al que se vestía á la moda, ó se componía mucho, y en este caso á las señoras, *currutacas;* expresión que se ha ido, sin que hasta ahora haya podido averiguar de dónde viene su origen.

das, por ser hermoso, cordobés y muy federal. Eran inseparables.

La noche á que me refiero, miraba la concurrencia de los palcos, las mujeres naturalmente, por las puertas,—recatándose.

Tenia sombrero de copa, y vestia algo muy elegante (eso fué lo que debió llamar tanto mi atención de muchacho): un sobretodo color café con leche, claro, con vueltas colchadas, de seda blanca, pálida como su tez,— una verdadera *faccia smorta*, de suave tinte trigueño.

Supe que se llamaba Luque, y su profesión, porque estando en el palco de mis padres alguien dijo: «es el médico Luque»; agregando otro: «lindo hombre».

Efectivamente era alto, de descollante estatura, delgado, flexible, uno de esos que no pueden pasar desapercibidos.

No vi más.

Pasó por mi retina como una sombra, dejándome, sin embargo, esa sensación persistente... de algo así como el recuerdo de un personaje de Byron, visto en sueños, después de haber leido un canto de Don Juan.

Años más tarde, en el Paraná,—ya hombre hecho yo, le observé: tenía el mismo porte esbelto, distinguido, de mis primeras impresiones; no era posible dejar de mirarlo: llevaba la cabeza erguida, una cabeza de hombre de presa—no en el sentido en que la escuela de Lombroso emplea el vocablo para señalar al hombre fatal, sino en cuanto aquellos ojos negros, penetrantes, con relieve en la extremidad, unos ojos parecidos á los de Aarón Burr, el tercer vice-presidente de los Estados-Unidos de Norte-América; aquella frente recta, severa, surcada de líneas horizontales paralelas; aquella nariz medio aguileña, aguda, aquella boca fina, fría, limpia la cara sin más que un bigote y una perita como de doncel,—eran, todo bien observado, los indicantes de un hombre capaz de remontarse como las águilas, llevando algo en sus garras... hasta el mismo corazón de una mujer. Y esto no quiere decir que fuera cruel, sino que no era hecho para retroceder cuando en su camino se interponía algún obstáculo.

Aquella alma debia vivir agitada por una tempestad constante; y vivía, al parecer, devorada por la fiebre de una pasión de Tenorio sin sensualidades.

Estaba en la politica, con ambición quizá, sin cálculo material, sin rencores, y sin embargo tenia desdenes singularmente repulsivos, casi odios teóricos, contra todo lo que olia á porteño. No es esto precisamente: contra los hombres dirigentes de Buenos-Aires, entonces.

Estaba afiliado al derquismo, siendo hombre de Derqui,—en torno del cual se movia, por regla general, todo lo que representaba el excepticismo en la acción eficiente de Urquiza, para llevar á cabo por la espada una restauración retrospectiva; no en el sentido de la federación de Rozas, sino en cuanto esa restauración fuera contraria al predominio de los emigrados,— que con la segregación de Buenos-Aires protestaban contra el acuerdo de San Nicolás.

Era Luque, un solitario, de larga cabellera sedosa; algo más, un taciturno en medio de la disipación; hablaba poquísimo, y todo su ambiente estaba lleno de imán,—siendo uno de esos hombres peligrosos al contacto; porque una vez en sus intimidades, fácilmente podía descubrirse que, bajo aquella corteza helada, había mucho fuego interior.

Su palabra era breve, clara, neta, — su juicio, seguro, fijo, como su mirada, penetrante, aguda, como su nariz; y todo en él, diestro, como sus manos, de señor, limpias; porque era incapaz de hacer, aunque la concibiera, una trampa; de modo que trataba á los hombres como á los naipes, con indiferencia, buscando emociones en el éxito, en la misma suerte... adversa, sin preocuparse mayormente con quienes se asociaba, no obstante que prefería la buena compañía y la luz, á la obscuridad.

Habría entrado en una revolución,—porque era

audaz, sin mirar sus consecuencias; una trama tenebrosa repugnaba á su señorío cínico.

No puedo decir que careciera de principios políticos; era demasiado inteligente para no tener algunos. Pero creía en ellos como en la teología y en la medicina,—poco, aunque entendiera de filosofía y tuviera ojo médico y saber de facultativo. Lo mismo que curaba á un desvalido, atendía á un potentado, sin calcular los honorarios, como no calculó, cuando el cólera devastaba su ciudad natal, quedándose; mientras otros, casi todos, huían despavoridos. De donde se desprende que era un temperamento desinteresado por imprevisión y que una fatalidad gobernaba su destino, — viviendo con todo el decoro externo que perfila, acentúa y hace viable, como cumplido caballero, á un hombre cualquiera en sociedad.

★

Dirigía la Cámara de Diputados, con perfecto conocimiento del reglamento; siempre con impaciencia de concluir, aunque el asunto le interesara, porque aquel *corso e ricorso* de una ocupación, de un deber que llenar diariamente, con trabas, eran contrarios á su naturaleza displicente, sibarita é indisciplinada.

Escribía con pulso seguro, con letra clara, con frase concisa, intencionada, como todo él, en el que no había vacilaciones, con esa seguridad del que piensa que la vida está en nuestras manos, aunque *altro é parlar di morte e altro é morire.*

Sus cartas íntimas eran preciosas, como forma, como fondo, — según sus miras, y era muy difícil, en ese momento, en el de leerlas, no pensar como él, ó no cambiar de parecer si el juicio anterior le había sido contrario, desfavorable. En una palabra: eran letras sugestivas.

No ignoraba en su estoicismo que Epicteto ha

dicho: « resignate y abstente ». Era capaz de sufrir, con estudiada altivez; resignarse, abstenerse, era para él una rebelión contra sí mismo, — y así murió, dejándome á mí la enseñanza de que los hombres de quienes mucho malo se dice, son casi siempre mejores que su fama, — como él, como este Luque.

DERQUI

Á MI AMIGO JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

> *Le giustizie politiche o altre, son difficili in ogni tempo, ma non per questo s' ha a frodare l' opinione pubblica, di tutto che giovi ad agevolarne il cammino e togliere così al posteri l' uffizio sempre pericoloso, o di accettare giudizii senza i necessari documenti per raffrontarli coi fatti, od associarsi ciecamente ad una parte senza conoscere le ragioni dell' altra.*
>
> (COLONNA).

Hay en la galería del Congreso un retrato, de medio cuerpo, de este hombre de estado argentino, segundo presidente de la Nación. Es un modo de hablar.

En el momento á que me refiero, existia aún Patria Argentina,—la que se conoce geográfica y tradicionalmente; pero una Nación verdadera en pura tierra argentina,—no habia.

Estábamos divididos, lo digo con tristeza, en dos grandes fracciones; de un lado, Buenos-Aires, la vasta y riquisima provincia, tan grande como unos cuantos reinos europeos juntos; del otro, las trece provincias restantes, más vastas aún, tan grandes como cualquier imperio ultramarino; y, al mismo tiempo, desheredadas en su mayor parte de industria territorial.

Tanto como la Providencia las habia favorecido en un sentido, la guerra civil y el candillaje bárbaro las habia devastado en otro.

Ese retrato, lo mismo que tantos otros, se parece en un algo al original; pero no es el hombre. Se parece á él, como la leyenda se parece á la historia. Pintar bien es tan difícil como escribir bien; porque escribir es hablar mentalmente, con

exactitud; y pintar es reproducir la verdad histórica, real ó el ideal histórico,—sin anacronismos de mal gusto.

Rafael decía perfectamente,—inculcando sobre el trabajo, mejor dicho, sobre la necesidad de trabajar sin descanso, — que era mediante él, como se revelaba al espíritu, el dón sobrenatural que le permite hallar la imagen sublime de lo bello.

Por eso él pintó vírgenes admirables,—aunque no tuvieran el rostro que quizá tuvieron, ni el mismo ropaje sencillo de la época hebrea.

Hay así, una preocupación legítima de lo bello, como la hay respecto de la historia, de la ciencia, de la biografía.

¿No persiste todavía la famosa historieta de la manzana, que al caer, le revela á Newton la ley de la gravitación universal?

Me propongo, pues, — como se comprende, y nada más,—reemplazar algunos de los materiales históricos existentes, inclusive los de la leyenda

y las preocupaciones; ó lo que es un equivalente, voy á tentar hacer «algo tolerable», como diria Goethe. Y si él reclamaba indulgencia de sus contemporaneos, al escribir sobre la teoría de los colores ¡qué no reclamaré yo aquí!

Cuando este personaje ocupaba el puesto de ministro del Interior, de Urquiza, no se conocian aún los términos medios. Nuestros estadistas podian decir, como ha dicho León XIII alguna vez: *Je veux faire une grande politique.* Pero eran raros los que entendian por hacer una gran politica, hacer una politica de pacificación.

Pocos hombres han sido más calumniados que éste.

Lo tomo en el instante preciso,—joven yo, de veinticinco años, flamante diputado *alquilón* (1) al Congreso del Paraná, y por añadidura, opo-

(1) Así denominó por menosprecio la prensa opositora de Buenos-Aires á los porteños que aceptaron puestos en el Congreso del Paraná.

sitor y adversario del ministro poderoso, según más adelante se verá.

Sea cual sea el valor ó el antecedente de las especies desagradables que respecto de Derqui corrían, me apresuro á decir que no se comprende su influencia, sino admitiendo una de dos: ó que el país hubiera caído muy bajo, y era al revés, reaccionaba; ó reconociendo que en él debia haber «alguna calidad dominante, aparte de las seducciones del temperamento y de las analogías de su carácter con el espíritu de un grupo social».

Tenia Derqui, cargadas las espaldas y la talla común, aunque el *embonpoint* de la edad le hacia parecer más bajo.

Sus hábitos eran sedentarios, y sin embargo, cuando se movía iba generalmente á prisa. Es que era un hombre de acción intermitente, y digo que era un hombre de acción, porque la verdadera acción está en la voluntad que se conoce á sí misma, que tiene conciencia de su yo,—que sabe lo que quiere, adónde va, por qué y cómo.

Derqui poseia esas cualidades: habia sido emigrado, es decir, «unitario», en un sentido, y «federal» en otro, por ser hombre del Interior, ó

para hacerme entender mejor, por no ser metropolitano; con más propiedad, por ser opuesto á la hegemonia bonaerense.

De ahí que en la órbita de sus ideas y de sus propósitos, aunque con otras pasiones y otras miras,—giraran todos aquellos que de un modo más genuino, porteños ó no, representaban, coincidiendo con él, la reacción contra Buenos-Aires por las armas.

Casado, con un hogar estable, al fin, lleno de inmensa gloria, por haber derrocado á Rozas y constituido el pais, transformando lo que era un hecho legal, en un organismo constitucional, el que ahora funciona,—penosamente; pero con las promesas que el porvenir nos reserva, si sabemos aprovechar las experiencias del pasado, de propios y extraños, extirpar la anarquia, causa generadora de todo género de males, en el orden moral, material é intelectual,—Urquiza no era el hombre. Su sagacidad característica lo comprendia,—y tentaba las soluciones por otras vias personales, reservadas y secretas, para no verse obligado á montar á caballo otra vez.

El hombre era Derqui.

Tenia éste una cabeza que observada, según el

sistema de Lavater, y siguiendo la serie normal de los diferentes grados especificos, que suben del animal al hombre,—debia venir de alguna ave de garras, de pico fuerte. Era una cabeza algo esférica, asaz guarnecida de cabello, fino, lacio, castaño obscuro, cano ya; de tez blanca, sanguínea, con lustre, casi adiposa, afeitada toda; de frente arqueada, sin surcos, poco deprimida en las sienes; con orejas pequeñas bien formadas; de nariz aguileña, poco protuberante,—una nariz con gancho; de ojos rasgados obscuros, traslúcidos, somnolientos, unos ojos más miopes que présbitas, fatigados, que á veces bisqueaban y lagrimeaban; de boca característica, en la que estaba quizá todo el hombre,—una boca de labios entrantes, ni abiertos ni cerrados, ni muy pequeños ni grandes precisamente; una boca proporcionada, con una mueca permanente á la izquierda; de barba que no avanzaba ni sobresalía; por último, una cabeza de ángulo facial abierto, de cuello grueso como engastado en los hombros,—revelando todo el conjunto de los rasgos fisionómicos (que no se descomponían fácilmente, sino ante una seria contrariedad), un espíritu maduro y un carácter varonil, con más firmeza que prudencia y actividad.

★

Se vestia con sencillez, de negro, y nada externo acusaba en él pretensiones mundanas. Sus manos trémulas, húmedas, frias, no producian empero al apretar, — esa sensación desagradable de las manos vulgares, porque eran sonrosadas y limpias, y porque en toda la persona habia un no sé qué de atrayente.

Concurria poco al despacho, confiando mucho en sus empleados, y firmaba todo, casi sin ver, echando apenas ojeadas furtivas sobre lo que no era de trámite.

Su letra era grande, clara, tendida, igual, con perfiles; su palabra, seca; su frase, neta, sin adornos; decia lo que queria y lo suficiente.

Interpelado una vez en la cámara de Diputados, escuchó... sin pestañear, desde el principio hasta el fin, baja la cabeza, pegada la barba el pecho, las manos cruzadas sobre el abdomen,—y una vez que el interpelante concluyó, dijo por toda contestación: «Los ministros del Poder Ejecu-

tivo hemos venido á este recinto á contestar á una interpelación, no á escuchar impasibles, inusitados y gratuitos desafueros. No pudiendo descender á contestar semejante lenguaje, la honorable cámara tendrá á bien permitir que nos retiremos». Y se retiró, seguido de todo el gabinete (1).

(1) Fué tan caliente esta sesión, que un diputado dijo ¡miente!, y otro; ¡insolente!, y el primero: *qué prosopopeya!* lo que nadie entendió; porque insolente no tiene nada de figura de retórica. Había mucha barra, brillando puñales, y viéndose revólvers á pesar de la presencia de muchas señoras (el sexo bello tenía entrada franca á la barra del Congreso allí). Era yo diputado suplente por Santiago del Estero. La primera Constitución los admitía siendo más liberal que la de ahora, en el sentido de que bastaba ser argentino para representar al *pueblo* argentino. El localismo trajo el *autonomismo*, que, entendido como lo practicamos, más adelante se sabrá si es un gran bien ó un mal. Di entonces á la luz un folleto encabezado así: «Con motivo de los ataques que me ha dirigido la prensa oficial, á causa de esta sesión, he resuelto publicarla en folleto. Ahí están mis opiniones, para todo el que quiera comentarlas, refutarlas, ó ridiculizarlas: mientras no se toque á mi honor, no me importa ni me irrita la crítica de los demás.» Mi pasaje por la Cámara de Diputados duró lo que duran las rosas, pues, como se presentara el titular, tuve que cederle su butaca. Pasó algo cómico, con motivo de mi suplencia. Se discutía mi diploma. Ya se iba á votar, todo estaba en regla; un amigo personal mío, adversario político, dijo: el señor diputado electo, no tiene la edad. Argüí que el 23 de Diciembre del año anterior, había cumplido 25 años. No hay más que mirarle la cara al señor diputado, prosiguió mi adversario, para ver que debe estar equivocado. No hubo que hacer. Tuve que esperar

El general Urquiza estaba siempre en San José, durante el receso del Congreso: y Derqui y Carril, siendo rivales, en aspiraciones, en tendencias, en afinidades, hombres de indole y temperamento contrarios, el uno lavallista, el otro partidario de Paz, teniendo hasta intereses materiales encontrados,—fácilmente se comprende, que el ministro del Interior concurriera poco al despacho presidencial, cuando el vice-Presidente ejercia el P. E. La mayoria del Congreso era suya, ó del general Urquiza, según las circunstancias. Carril apenas tenia unos pocos amigos... y mucha consideración.

Ambas casas eran muy visitadas. La de Derqui, por todo lo que era hombre de acción ó de ar-

diecisiete días, hasta que recibí mi fe de bautismo. Pero se inutilizó mi voto:—era lo que se preveía. Los sucesos caminaban induciendo hombres y cosas, á los dias de Cepeda.

mas llevar. La casa de Carril era un cenáculo, se murmuraba entre dientes contra el « libertador ». La de Derqui era un club político. Allí se hablaba claro hasta de Urquiza, sin que fuera precisamente en contra, —según el momento.

Don Justo, como se le llamaba, se cernía muy alto sobre todo el mundo, y había llegado á ese grado de longanimidad excepcional, que da la conciencia de haber hecho el bien de la Patria. El chisme, la pequeña intriga, lo mortificaban, no lo inducían bastante ya; y si su gloria no se completó, no fué seguramente porque no tuviera intuiciones de grande hombre, sino porque el consejo de los políticos trashumantes é interlopes, explotaba sus genialidades de caudillo prepotente é irresponsable en el pasado.

Ningún hombre pensó más que él en borrar esa huella de arbitrariedades y de sangre.

La obra de los estadistas del Paraná, casi fracasó así; pues hubo quienes pensaran,—comba-

tiendo á Derqui, después que desapareció la candidatura presidencial de Carril, derrotada por él mismo,— que Urquiza podia ser reelecto.

El argumento especioso y causístico consistia en esto: estando la república dislocada por la segregación de Buenos-Aires,—no hay más que dos poderes que deban funcionar normalmente: el judicial y el legislativo.

Será siempre un timbre, para la memoria del caudillo eminente, que resistiera á esa tentación palaciega de dictadura que de cerca y de lejos lo asediaba.

★

He dicho arriba, que la casa de Derqui era un club,—y en efecto lo era, de dia, de noche, á todas horas. Derqui salia poco. Al contrario de Carril, que no despachaba nada en su casa, Derqui despachaba casi todo en la suya,—donde la hospitalidad era casi constante. Todo el que algo queria, iba á buscar á Derqui. Él daba cosas; Carril, palabras y cortesias. Carril recibia en su

sala, nadie penetraba en su interior. Derqui recibía en la cama, – como Guillermo el Taciturno,—á sus íntimos.

En el Paraná, solía no haber bastante cerveza para surtir aquél y otros toneles de las Danaidas. De ahí, y á la sazón, que los Basilios, que nunca faltan, dijeran á guisa de estribillo intencionado, « Derqui vive durmiendo »... Así sería.

Yo fuí muchas veces, llevándole el despacho,—sólo ví el rastro... y un hombre en la cama, rodeado de libros, bondadoso, afable, decidor.

Y nótese que no estaba entre los santos de mi calendario político; á lo que se agrega que me trataba de *Doctor*, lo que me fastidiaba; porque me parecía irónico. ¡Como yo era porteño, y él cordobés!

Un día no pude resistir y le dije: « no soy doctor, señor ministro »— á lo que él repuso con visible afabilidad: « y entonces, ¿cómo sabe tantas cosas? »

Así serían ellas, cuando ahora ignoro tantas otras, después de treinta y cinco años de averiguaciones!

Derqui, como se ve, favoreciéndolo las circunstancias exteriores, no podia dejar de suceder á Urquiza,—y le sucedió.

Es histórica ley de la vida, que los hombres de acción representativa aparezcan en el momento determinado, como producto del medio ambiente, al revés del genio superior de los grandes poetas y filósofos: « la naturaleza no permite en su parsimonia » que hagan su aparición, sino de siglo en siglo,—siendo asi permanente su obra.

Sobre Carril, además de sus debilidades, pesaba la duda de si, según la Constitución, el vice puede ser electo presidente; la duda que surgia cuando Alsina se perfilaba como candidato,—siendo vice de Sarmiento.

Este punto, yo lo consulté á los Estados-Unidos, y fué evacuado negativamente por constitucionalistas de campanillas. Avellaneda, por sus motivos (era mi candidato) no hizo uso de la consulta (1).

(1) Debe estar entre sus papeles, con una carta de Manuel Rafael García, ministro plenipotenciario de la República, en Wáshington.

La *conciliación* resolvió la cuestión de hecho.

Sintetizando todo lo que dejo dicho, en la forma más concisa, fué Derqui un hombre considerable, de saber y de consejo, que en el Congreso Constituyente de Santa-Fe, se hizo oir, como conocedor de nuestro derecho público vigente entonces, razón por la cual él fué uno de los miembros redactores de la Constitución.

Era esencialmente amigo de sus amigos; desinteresado y honesto en su hogar.

Escribia con facilidad y bien, con mala ortografía; sabía latín, un poco de francés, conocía la historia patria,—no estaba en el movimiento de las ideas ó de los progresos intelectuales del viejo mundo, teniendo asi poca literatura.

Leía como Bismark, novelas; su gusto artístico era bueno; y como todos los que llamaremos los antiguos, particularmente los desterrados, excepto Sarmiento, hacia versos.

La poesía es el desahogo de las almas que pade-

cen. Él compuso el distico famoso, que, como una divisa del tiempo, en que no se daba cuartel (sarcasmos de la historia universal) decía, antes de los dias luctuosos de Cepeda:

Defendemos la Ley federal jurada.
Son traidores los que la combaten.

Tal era el hombre; asi lo veo yo al menos, meditando, al través de las reminiscencias de mis impresiones de antaño.

Si la configuración que le he dado al perfilarlo fuere imperfecta,—no será ciertamente porque la verdad y el tiempo estén reñidos, sino por las salvedades que hice al comenzar reclamando indulgencia, como Goëthe.

CAMPILLO

Á MI JOVEN AMIGO HORACIO RODRÍGUEZ LARRETA

> *Monsieur, je veux vous parler de M. de Fontanes.*
> *Ses talents sont rares, son caractère élevé, sa naissance honorable. Il est fait pour prétendre à tout.*
>
> (*Correspondencia de Flaubet*).

Hacia el norte, poco más allá de San Miguel, templo inconcluso aún, había en el Paraná, edificada sobre un terreno abrupto, rodeado de arbustos espinosos, de malezas y tupidos cicutales, una casa con vasto jardín, única en su género.

La llamaban la quinta de du Graty.

Él la había edificado, adornado, arreglado,—con

moderno buen gusto, como que era hombre entendido, siendo noble, barón y aventurero, de nacionalidad belga (1). Fuimos socios. Es decir, empresarios de la imprenta y diario oficial,—hasta que otros vientos nos echaron del lado de la oposición resueltamente.

Queria du Graty liquidar, *mandarse mudar, il en avait assez* (tenia bastante ya, de cosas ar-

(1) El barón Alfredo du Graty era agregado, me parece, á la legación Belga en Río Janeiro. Vino de allí muy joven, arrojado por las cosas de la primera edad. Se enroló en el ejército de Urquiza contra Rozas. Llegó á coronel de caballería. Era muy amigo de los Taboada y de Carril. Fué electo diputado al Congreso por Santiago. No lo admitieron por no ser ciudadano, y no bastar sus servicios. Era un hombre activo, muy trabajador, muy inteligente, que llegó á escribir el español con bastante corrección. Fuimos socios, como se ha visto. La sociedad se transformó después, asociándose Benjamín Victorica conmigo. Du Graty se fué á Europa con algún dinero, escribió un libro oficial sobre el Paraguay, que debí escribir yo. En mis «apuntes para servir á la historia de mi tiempo», hay una página curiosa sobre este chasco mío. Du Graty debe tener ahora como 70 años. Está casado con una inglesa rica; tiene una propiedad suntuosa sobre el Rhin, cerca de Colonia: son mis noticias. (No sé si vive aún).

gentinas); así es que su quinta llegó á ser mía, comprándosela. Hasta cierto punto, es una propiedad histórica; yo la vendí al gobierno del Paraguay, pasando á ser cosa argentina después de la guerra.

Ahora forma parte del patrimonio nacional; y en aquel sitio delicioso, — desde cuyo corredor se divisaba el gran río, serpenteando á raudales, — se reunían, casi todas las tardes, unos cuantos hombres públicos, distinguidos, que me favorecían con su amistad, su consideración, su simpatía ó su cariño, — hombres pertenecientes todos al régimen de la Confederación (de las 13 provincias), aunque fueran opuestas sus tendencias con relación á las grandes cuestiones, que se ventilaban en aquella coyuntura histórica: hombres como Carril, Fragueiro, Rawson, Guido, Zapata, Frías, Seguí, Campillo y otros más.

Se ha preguntado alguna vez, si existe un acuerdo, una armonía sensible, entre la belleza moral y

la belleza física, é igualmente si hay un desacuerdo, una *desarmonía* sensible y proporcional, entre la belleza moral y la deformidad física, entre la deformidad moral y la belleza física. Alguien piensa que millones de voces, en la naturaleza, responden afirmativamente á la pregunta.

Sea de ello lo que fuere, yo afirmo aquí que en este personaje había una coincidencia feliz, algo así como una armonía, entre el temperamento moral, la estructura física y la perspectiva; porque Campillo no tenía, en lo físico, nada que fuera chocante y antipático, al contrario; y en lo moral bastaba ponerse al habla con él, para descubrir luego que aquella alma ocultaba, sin ser sencilla, ricos tesoros de sensibilidad. ¡ Cuán cierto es que « lo que pasa en el alma tiene su expresión en el rostro » !

Pues este hombre de cabeza rubia, tenía la frente amplia, los ojos tirando á garzos, algo redondos, vivos, alegres; corta, recta la nariz, y cuasi

remachada en la punta; la boca, de labios más bien gruesos, casi voluptuosos, una boca afable, que se abría con facilidad para sonreir francamente, mostrando dos filas de dientes sanos, iguales, tersos, que el fino bigote no alcanzaba á ocultar del todo; la barba, redonda, un tanto saliente; todo ello encerrado en un marco de patillas proporcionadas y de cabello algo crespo, abundante.

En otras palabras, esta cara estaba envuelta, por decirlo así, en un ambiente plácido,—sereno como el andar, que movía un cuerpo de talla mediana, grueso, equilibrado por unos brazos recogidos generalmente, de manos blancas, pulcras, cuidadas las uñas,—y cuerpo que, vestido siempre sin afectación, no podía dejar duda de que era el de un hombre de calidad, atento y cortés. Y en efecto lo era, por su cuna, por su educación intelectual y por sus gustos; por sus inclinaciones y por el decoro de su vida y por todos sus actos sociales, siempre amables. Para darle el último retoque á este retrato, Voltaire habría dicho: *il avait l'esprit de son âge.*

Educado en la Universidad de Córdoba, - junto con Derqui, Rodriguez (Enrique) y Salustiano Zavalia, su saber fundamental era sólido, aunque originariamente se resintiera de la estrechez del plan de estudios de la época. Campillo no fué emigrado,— lo que quiere decir que si no se echó encima el peso de los partidarios de aquellos tiempos tan crudos,— se adaptó á las circunstancias, obedeciendo en esto á la ley de su indole suave, que no era hecha para luchar, aunque fuera susceptible de resistir y hasta de no ceder.

Su rasgo caracteristico, predominante,—estaba ahi. Vivia dentro de sus convicciones y de sus principios, sin exageración; asi, conservando excelentes relaciones con sus condiscipulos, emigrados, vino de diputado al Congreso constituyente del 52,— donde se distinguió, desde luego, revelando en el acto sus facultades, como que conocia el derecho en todas sus ramificaciones: el canónico, el civil, el de gentes y el constitucional, estando al cabo de todo cuanto habian escrito, ideado y proyectado, desde el destierro, los enemigos de Rozas.

Miembro de la comisión redactora de la Constitución, con Derqui, Zapata y otros, y en confirmación de lo que dejo dicho, fué él quien le dió forma definitiva al trabajo común; y ese es el motivo,—honroso motivo,—en virtud del cual los originales de nuestro código fundamental están escritos de su puño y letra, con caracteres claros, redondos, iguales, algo pequeños, con puntos y comas en su lugar, y la mejor ortografía, —corriente entonces.

Sin ser un escritor, su gusto literario era delicado, casi ático, siendo grande su afición al estudio de las bellas letras; á lo que se agrega que era latinista. Muchas veces le oí recitar largos trozos selectos de poetas clásicos; así como cuando conversaba, hacia gala de apoyar sus opiniones con aforismos ó axiomas de los antiguos.

★

Su pensamiento era siempre serio; pero cierta inclinación á lo burlesco,—lo inducia á emitirlo, á veces, en una forma picaresca.

Hay folletos de largo aliento.—producciones de circunstancias, que, aunque no tengan su firma, son suyos; notables folletos,—que la prensa de Buenos-Aires recogió y discutió, porque siendo trascendentes y vigorosos, no era posible dejarlos pasar sin réplica; tanto más, cuanto que, contrariamente á los modos de esos tiempos, la frase tenia tanta mesura, como intensidad y alcance.

★

La economía politica fué una de sus vocaciones; de ahí que él fuera el primer Ministro de Hacienda del gobierno de Urquiza,—es decir, el primero que contribuyó á organizar las nacientes

y escuálidas finanzas de la Confederación, creando la renta, tarea de labor improba,— no habiendo, como no había, más que miseria en las provincias y los antecedentes del desorden y del desenfreno de la guerra civil y del caudillaje,— y hasta de la competencia interprovincial, rayana, á veces, del odio.

★

Pasó después al Ministerio del Culto, Justicia é Instrucción Pública,—y aquí su obra y su acción personal intelectual y moral, fué tan eficaz y tan fecunda, como en el otro departamento del Gobierno. Suyo fué el proyecto de ley de Justicia Federal,—base de la existente,—que el Congreso sancionó. Y como de este alto puesto pasara á Roma, en calidad de ministro plenipotenciario,— la Iglesia Argentina y su clero, le deben servicios discretos de hombre prudente, que, no obstante sus disidencias con la política de Buenos-Aires, segregada, jamás dejó de estar animado del sentimiento nacional argentino.

Seguirlo después, dictando las cátedras de derecho natural é internacional en Córdoba, cátedras adelantadas, que han preparado tantos hombres de peso, que ahora figuran con notoriedad, sería tarea prolija; y no menos odioso explicar por qué, durante el gobierno de Ferreira, — pensó que era mejor no decirle á Córdoba liberal: *finis Poloniæ*, sino saludarla con amargura y alejarse, yendo á colaborar en el gobierno santafecino de Oroño, como ministro.

Tal era el hombre, de pensamiento, y, aunque algo he insinuado ya respecto á su fisonomía física, intelectual y moral, quedarían como truncas estas plumadas, si no dijera cuál fué el papel que en el Paraná representó este argentino, *d'élite*, verdaderamente distinguido entre los selectos, de que ya no van quedando sino restos, como Mitre, López, Tejedor, Irigoyen, vidas y modelos ejemplares, sea cual sea el punto de vista desde donde se les encare.

Campillo era, por consiguiente, algo así como un *trait d'union* (guión), entre los que pensaban que la violencia es el mejor de los expedientes y los que anhelaban, aunque tímidamente, que la gran querella entre pueblos hermanos se resolviera mediante algún compromiso, estableciendo un *modus vivendi* que alejara toda posibilidad de que nos ensangrentáramos de nuevo,—con mengua de la libertad, de la civilización y de los nuevos títulos adquiridos, ante el concierto de las naciones, al derrocar la dictadura de Rozas.

Los primeros eran reaccionarios.

Los segundos sabían que los gobiernos son más que materia de gusto en la elección,—asunto de necesidad.

Campillo era así el amigo de Derqui y el confidente de Carril,—un hombre de Urquiza y no por esto precisamente anti-porteño; porque sin salir de su tendencia comprendía ¡era tan inteli-

gente! que aquí estaba, en la gran capital, lo que siempre habrá: un cerebro imantado, argentino.

Hay entonces que lamentar que tales hombres no tengan más larga vida,—y que incitar á los venideros á honrarlos y á estudiarlos con más trascendencia que yo.

SEGUÍ

Á MI AMIGO OSVALDO MAGNASCO

Ecce homo.

Conozco este hombre.

Su padre fué ministro de don Estanislao López, desgraciado ministro. Era un excéntrico.

Los Seguí son santafecinos, todos.

Fué una larga familia, que se extingue, amiga de la mía.

Mi padre corrió aquí con la educación de Carlos, de Lucio, de Juan Francisco,—de éste que es el objeto de estas referencias, como pinceladas históricas, al correr de la pluma.

Necesito que el cuadro sea proporcionado,—es ley de estética; de lo contrario, los personajes se

agrandan ó se achican, resultando otra figura. Seré, por consiguiente, sintético.

Segui estudió con los jesuitas, con los que estaban en la iglesia de San Ignacio,—de donde le viene á ésta el nombre popular de « El Colegio ». Segui debió ser, como se colige, de Roma unas veces, de Cartago otras.

Completados sus estudios, excelentes, como que tenia la comprensión fácil y la memoria feliz,—debia seguir la carrera eclesiástica, y en ella entró,—complaciendo asi á sus padres. Incapaz de disciplina y con demasiado temperamento, salió del colegio con sotana ya. *C'est le premier pas qui coute.*

Fué maestro de Miguel Navarro Viola, de Benjamin Victorica,—de otros de esta brillante generación; y á mi me dió algunas lecciones de latin, en el colegio de Clarmont, que se abrió primero en la calle del 25 de Mayo, al llegar á la esquina de Corrientes, en una casa que pertenecia á la familia de Julio Núñez, emigrada me parece, y en la que vivió también un Nuncio Apostólico.

Este Clarmont fué, por decirlo asi, un precursor de Larroque,—el que después fué al Uruguay, y educó tantos hombres de provecho, hasta pasar

á mejor vida, dejando inolvidables recuerdos de gratísima memoria.

★

Un dia, Seguí, que arrollando la sotana, no tenia miedo en cruzar á caballo el pavoroso callejón de Ibáñez, camino de San Isidro, lugar entonces, como ahora, de interioridades y exterioridades amorosas, más ó menos románticas ó poéticas,—un día, iba diciendo, Seguí colgó los hábitos en un árbol y los *fusiló*; y, echándose por esos trigales de la vida alegre, se incorporó entusiasta, al movimiento laico federal de entonces.

★

Siendo poeta y de entonación clásica compuso odas, á Rozas, naturalmente,—que él mismo recitó en el teatro de la Victoria. Curioso, que casi todos los que hicieron odas á Rozas, ó los que, en

alguna forma ensalzaron á su familia,—se fueran más tarde ó más temprano, á la otra alforja, inclusive el mismo Rivera Indarte, autor de las «Tablas de Sangre»—que para mi señora madre, compuso un libro dedicándoselo!

Este libro se llamaba «La Bolcamelia». Tenia en la portada, grabada con colores de rosa, una planta alusiva, y debe encontrarse en la biblioteca de los libros que dejara el Dr. D. Rufino de Elizalde (1). Soy algo memorista,—mis impresiones de la infancia son muy fuertes, casi indelebles. Recuerdo, pues, que una de las odas de Segui tenia un pasaje, que decia asi:

Si Maratón, Termópilas, Platea,
Leuctres y la famosa Martinea...

... todo eso era nada, al lado de lo que habia hecho Rozas, combatiendo á los salvajes unitarios!

(1) Mi señora madre se lo había prestado, y cuando el distinguido hombre público murió, en su poder debía estar.

Los tiempos corrieron.

Yo crecí; me fuí no sé dónde; después, á viajar, á la India; volví; á los pocos días fué Caseros,— Rozas cayó, regresé á Europa, con mi padre.

Héteme de nuevo en las ollas de Egipto; me desterraron... hice rumbo al Paraná,— de allí á Santa-Fe. Seguí era á la sazón, como lo fué su padre de D. Estanislao,—ministro de don Juan Pablo, hermano de aquél.

El ministro, en la intimidad, no le decía al gobernador sino *mascarilla*.

El atavismo de la mala voluntad tradicional persistía.

Mascarilla le venía á D. Juan Pablo, de ser picado de viruelas.

Los unitarios no lo llamaban sino así, después que Echagüe lo derrotó en Mal Abrigo.

El mismo Carril, en el Paraná, no lo nombraba de otra manera. Y los federales netos le decían *máscara*,—ó el *pelafustán*, apodo gauchesco que le puso Rozas.

Segui, en Santa-Fe, provincia vidriosa, por la segregación de Buenos-Aires, era como un agente de Urquiza,— con el cual vino á Caseros.

★

Él fué quien redactó los grandes documentos que prepararon la caída de Rozas, — entre ellos, el manifiesto de 1° de Mayo, invitando á los pueblos á derrocar la tiranía. Y de él es el documento-proclama, posterior á Caseros, en el que se leían las históricas frases: «No hay vencedores ni vencidos. Perdón y olvido».

★

Era Segui un hombre delgado, alto, flexible, ágil; tenía el rostro pálido, á veces era de una palidez letal; los ojos negros, vivos, larga la pestaña, poblada la ceja; la boca mundana, saltados los pómulos, como que era osado; sólidos, grue-

sos y blancos, los dientes; poco bigote, poca patilla, negro y lacio el cabello, que sacudia al conversar, como queriendo que no oprimieran su frente, despejada, lisa y recta; las crenchas, indisciplinadas como él, que adornaban todo el óvalo de una cara, caracterizada por una nariz de caballete deprimido, torcida visiblemente en la punta hacia el lado del corazón.

Hablaba como se movia, con prosopopeya,—y hablaba mucho, siempre en voz alta, como se concibe, con animación, con brillo. Para decirlo todo de una vez: en aquel medio santafecino, donde lo estoy viendo, lo mismo que en el Paraná, en la tertulia de del Carril, era un tribuno sin pueblo.

★

La dialéctica siendo su fuerte, y aunque más ergotista que orador, tenia momentos en que calzaba el coturno de la grandilocuencia, así como era nutrida su frase escrita, inspirada á veces, nunca obscura, como el carácter de su letra, clara, unida, ligada, con rasgos fuertes, casi elegantes. Latinis-

ta eximio y teólogo, latines y distingos habia siempre en su conversación inagotable, mechada de anécdotas, de insinuación, de reticencias,—malévolas á veces. Sin ser un envidioso de los demás,—se lo prohibia su vanidad,—parecia descontento de la posición de los otros y de la suya propia. Y como habia estado muy cerca de las celebridades de entonces,—á todos los juzgaba con el criterio de Napoleón: *il n'y a pas de grand' homme pour son valet de chambre;* tenia las manos siempre transpirando un sudor frio, como no era su alma,—volcán comprimido; se comia las uñas, y como padecia del estómago, aquella fea costumbre, no siendo digerible la substancia córnea, á lo que hay que agregar los microbios, si la prolijidad no es grande,— agravaba su mal orgánico.

Casado (con hermosa y honesta mujer) y sensual, no era libertino: vivia con decoro. Pedia poco, pero también poco daba, ni cigarrillos negros! su vicio favorito, si es que tenia otros, y á

no ser que lo fuera anhelar mucho la riqueza.

No era derquista ni carrilista,—y era ambas cosas, -- y siendo urquizista no perdía ocasión de murmurar de él, políticamente.

En esto, era como en religión: un católico, que no creia en la Santa Madre Iglesia.

Para obtener ciertos favores de Urquiza, sin pedírselos, y á la manera de muchacho indiscreto que sabe, no obstante, dónde le aprieta el zapato,—abría sus ventanas de par en par y se producía de aquesta manera:

« Qué hombre Urquiza, tan extraordinario ! Nadie ha sido más grande que él! Cuánto sacrificio le cuesta la organización del país ! El camino del Uruguay al Paraná es una viacrucis histórica. Cada árbol tiene su rubro; aqui fusilaron á Juan ; allí ahorcaron á Pedro; más allá lo degollaron á éste; más acá lo lancearon á aquél...» y D. Justo, al saberlo, se desesperaba y algo hacia para tapar aquella boca de bando.

En sus relaciones personales, sin ser amistoso, ni confiado, era franco. Solía llegar hasta prestar servicios.

Hombre de *siesta* y de estudio, no seguía el movimiento de las ideas del mundo moderno,—con interés al menos.

Vivía embebido en los antiguos. De ahí su clasicismo, nada más que para marcar un estado intelectual.

Su pensamiento era argentino; su corazón, localista, en el sentido contrario á la hegemonía bonaerense, y en su alma había una prevención singular contra Buenos-Aires, donde los jesuitas lo educaron, donde fué profesor,—y hombre divertido.

Seguramente aquí sintió las primeras espinas, y las primeras cadenas en todo.

Y eso fué lo que, sin duda, hizo en su rebelión íntima, que el hombre de las odas á la

tiranía, se fuera del lado del que debía derrocarla, sin cálculo,--desde que en el remordimiento no cabe sino el anhelo de arreglar la conciencia.

En resumen, era Seguí, á mi juicio, un hombre nacido á destiempo, que vivió *deplacè*, que padecía, que tenía algo oculto,— por eso quizá sólo se reía á carcajadas ficticias, especie de mímica auxiliar de su retórica. Su sangre estaba envenenada,— también, mosquito ó pulga que lo picaba moría; así como cuando él hincaba con su lengua, siempre sacaba roncha.

Si en vez de amar el dinero, —y no era accesible,—hubiera amado la gloria, habría ido muy lejos, me parece, á pesar de sus desequilibrios geniales,—y la muerte no se lo habría llevado prematuramente— sin dejar mayor rastro de su talento y de su saber en los Congresos constituyentes y legislativos, por donde pasó.

LUCERO

Á MI JOVEN AMIGO CARLOS RODRÍGUEZ LARRETA

> *C'est une bonne fortune pour moi quand je puis donner d'un homme, une idée concrète et brève que le lecteur met dans son esprit comme un médaillon dans sa poche.*

Estuvo emigrado, en Chile. No se crea por esto que era un revolucionario. No había nacido para luchar contra el espíritu de autoridad, aunque en el fondo de su conciencia, hubiera motivos para ello. Recordad lo que un doctor chino le decía á Mencio, discípulo inconvertible de Confucio: « la naturaleza humana es tan maleable y tan flexible que se parece á las ramas del sauce ».

Allí en Chile, tuvo, según decían, una página romántica de amor... Aquella especie, girando alrededor de su nombre, como molesta mariposa en torno de la luz, debía obscurecer sus horas... es un misterio.

Era bueno, persuadido, como Marco Aurelio, de que la bondad es invencible; dulce, manso, seguro,—sabia, conocía. Pero, al mismo tiempo, era capaz de ceder demasiado.

Tenía una cabeza arábiga; arropada con un albornoz de blanco color, habría semejado uno de esos ulemas, que, en Granada, intentaban demostrar sapientísimamente, que Dios era Dios, Mahoma su profeta,—y Jesucristo un titulado precursor del Verbo Divino,—una cabeza envuelta en un cabello abundante, tupido, negro, lustroso, crespo, descubriendo una frente serena, de curvatura breve; unos ojos dormidos, de brillo pálido, como el del azabache,— de mirar lánguido, intenso á veces, como si estuvieran á punto de decir son-

riendo: ved! aquí hay algo recóndito, penoso, dolores, tristezas comprimidas... dejadme hablar de otra cosa; y una nariz de líneas tenues, fina, casi afilada,—nariz honesta, capaz de husmear, sin atreverse á profundizar; la boca correcta, de labios ni gruesos ni delgados,—medio velados por un bigote nada ralo, unido á una patilla abultada, abierta, á lo torero, -- boca más bien femenil, amante, que de doctor, *in utroque*,—boca que, al desplegarse para derramar sus raudales sempiternos de verbosidad, permitía ver unos dientes uniformes, cortos, poco unidos, trasunto de que no era un hombre de resistencia; todo ello sobre un tronco de tamaño común,— lo que no era el hombre, que caminaba, se movía, mejor dicho, que se deslizaba, como todos sus actos, suavemente, siendo la persona más cumplida, más amable, más melosa sin saberlo, que jamás haya existido tierra adentro.

No por esto, fastidioso ni cargante, — aunque á veces obsediara como una pesadilla; porque era florida, amena, variada y moderna su conversación,—á lo que se agrega que tocaba la guitarra y que cantaba vidalitas, esas endechas del terruño como lamentos de paloma torcaz aprisionada.

Tenia pie pequeño y manos como para lucirlas, aunque algo les habria exigido un petimetre ó una duquesa, que no hubieran sido contemporáneos de Cristina de Suecia, la cual estuvo ocho dias sin guantes, y así llegó á Compiègne.

Sabia derecho, mucho derecho, hasta el canónico, — y, desde luego, toda la metafísica de la Constitución; por manera que, así se explica que cuando fué diputado pudiera hablar casi cuarenta dias y cuarenta noches, sin descontinuar y todavia haciéndose oir.

Eugenio de Mericourt ha escrito que Thiers sólo no hablaba cuando tenia la navaja del barbero en el pescuezo. Así era este cordobés, — de alta alcurnia intelectual, que amaba las antítesis, el paralelismo en las construcciones, la aliteración; plebeyo sin embargo de la frase y de la palabra, — de la que usaba y abusaba con y sin consideración de los que le escuchaban; porque, como otros de su estirpe bondadosa, era en extremo dis-

traído, á tal punto que, todos los Guido juntos, los Guido Spano, sin excluir al inolvidable general, su preclaro progenitor, no habrian alcanzado á competir con él.

En el Paraná, en la tertulia de Bedoya, cuando todo el mundo se habia retirado, cuando el mismo dueño de casa, que lo amaba fraternalmente, se habia metido en cama ya, Lucero hablaba todavía, hasta que un ronquido elefantiásico le decia: vete! hombre; duermo, déjame en paz, por Dios!

Era Lucero, liberal en todo, adelantado, — sin mayores preocupaciones; pero no estaba con los liberales, decian, porque los reaccionarios explotaban su timidez, insinuando que evocarian... la página novelesca de Chile.

La leyenda así corría; quizá no habia, en todo ello, más que una adaptación; quizá sólo lo movia su plasticidad ingénita, — que hay caracteres así; son y siguen siendo del primero que de ellos se

apodera, aunque sus facultades intelectuales sean superiores.

Los reaccionarios actuaban sobre el eje de la fuerza, — y Lucero tenia todo blando: la masa, la corteza, los modales, — hasta su oratoria, acompañada de una voz sin cadencias y de una sonrisa vaga, permanente.

Para gentes desocupadas era el mejor comensal imaginable; nada dispéptico, hallaba todo bueno, — familia y potages.

En mi casa, en Córdoba, hizo distraído una visita de dieciseis horas, — dejándolo yo, mano á mano con mi mujer, que ese dia tenia una soirée danzante (1).

(1) En Córdoba, todo esto es proverbial. Una noche Lucero habia comido en casa de doña Josefa Tagle, con el ex-diputado X. X... (ex-diputado moderno, conversador de marca mayor también). Salieron juntos á caminar después de comer. Á las diez de la noche se detuvieron en el átrio de la catedral, cuando llamaban á la primera misa, las beatas y las campanas, les anunciaron que ya era hora de retirarse.

Pocos hombres han pasado á mejor vida, conservándose buen católico (y libre pensador, según el caso que se discutia), soltero, casi sin familia, sin séquito íntimo, como éste, dejando recuerdos más gratos, y tanto reconocimiento, estoy seguro; porque como sabía mucho y estudiaba, y fué rector de la Universidad de Córdoba,—aunque ya un poco decaído,— él ha educado una generación, preparándola sólidamente con sus lecciones y el ejemplo de su vida que fué, y no es poco decir, la vida de un hombre de bien.

Su rastro jurídico, de polémica, de debate sobre cuanto se relaciona con nuestra organización política, anda por ahí, desparramado en los archivos del gobierno del Paraná.

Desgraciadamente, de todo eso, lo mismo que de tantas otras cosas, sólo tenemos la rúbrica, — y á medida que los hombres se van, hasta su filiación personal se desvanece, se borra.

Salvarlos del olvido, es un tributo que los que

fueron actores ó espectadores deben á la generación de nuestros días.

Ella completará, lo espero, la obra del porvenir, — escribiendo la historia filosófica ó documentada.

ZAVALÍA

Á MI AMIGO BARTOLOMÉ MITRE Y VEDIA

> *« For we are the creatures of a heredity which has been accumulating through all generations through we perhapscannot trace our pedigree beyond our grand fathers. »*

Hace, poco más ó menos, mes y medio que el general Roca vino á esta su casa.

Le acompañaba el señor don Ignacio Sánchez.

¿Á qué vino el general Roca ?

Cabe aquí decirlo, porque era una de sus tantas delicadezas.

Le había pedido algo de eso que los que sabemos dar solemos pedir á los amigos, — y venía en

persona á visitarme y á decirme : eso está hecho ya.

Hay que ver á los hombres al través de estas pequeñas referencias.

Los materiales de la historia intima los constituye el detalle minimo, casi imperceptible, menudo hasta la insignificancia, si se quiere, pero sugestivo, — no siendo, lo que cuenta la leyenda, el relato discreto de lo que es.

Charlamos duro y parejo, — acercando hombres y cosas; es decir, ligando el presente á lo pasado, y tratando de penetrar esa cosa tan profunda, ese insondable abismo que se llama el porvenir.

Para atestar y comprobar algunos de mis asertos y afirmaciones tuve que recurrir á mi libro de « Memorias » (son varios, llevados algunos alfabéticamente).

Queria con él probarle al general Roca y á su acompañante que habia sido en extremo prolijo, desde mi más temprana edad y si no observador

sagaz, inclinado á formar juicio de los hombres, ya fueran hombres públicos de notoriedad, ó simplemente intelectuales, ó parientes, ó íntimos, ó subalternos con alguna particularidad, ó aves de paso; en una palabra, hombres con los que me hubiera tocado por algún ángulo de la vida, tan diversa y tan variada como la que he llevado.

Quería también hacerle notar una circunstancia curiosa,—implicando una ley científica, — la persistencia de las buenas ó malas cualidades de padres á hijos, de ascendientes á descendientes (*pedigree*), y así le decia, hojeando nerviosamente las páginas de mi *diario* (que comienza el 25 de Agosto de 1850):

— Vea usted, es singular!... usted conoce al hijo, al nieto ¿no son como sus antecesores? ¿y éste? éste no ha cambiado, es el mismo que yo conocí hace treinta y cinco años... que usted conoce perfectamente, en nada ha cambiado; al contrario, se ha perfeccionado, pero más en las mañas que en las

cualidades. Aquí está usted ¡qué casualidad! vea: usted dijo tal dia esto; tal otro, esto otro, aquello; por ejemplo, una noche dijo usted lo siguiente, aquí está con su comentario y todo, acérquese; quiero que lea con sus propios ojos:

« 11 de Noviembre de 1880—*Soirée* en casa de Victorica. Roca conversa con Uriburu, con otros, conmigo: tiene una gran rueda. Según él, de cien hombres, noventa y nueve son locos. Su gobierno se compone de él y de sus cinco ministros : Irigoyen, del Viso, Romero, Victorica, Pizarro...

« Sería curioso averiguar la proporción de sentido común que á cada uno de ellos le corresponde. »

Seguíamos... los hombres de la Confederación, eran el tema. La conversación la habia motivado uno de mis perfiles,— Carril, y el hecho objetado de si yo fui ó no su intimo (secretario). Uladislao Frías sabe que no era misterio en el Paraná,— que yo podia haber escrito algunas cosas importantes, como mensajes, que llevaban la firma del

eminente coadjutor de Urquiza. Como esos hombres están anotados por orden de léxico,—fácilmente los hallaba.

Zavalia, dije: Vd. conoce al hijo,—vea si hay en el Salustiano de ahora, algo del Salustiano de antes.

El *diario* dice, después de Agustin de la Vega, sobre el cual me expreso así:

«Ha sido ministro. Es una excelente persona; pero muy intolerante y apasionado: es de los únicos que, haciendo oposición á *tort et à travers*, á troche y moche, ha logrado escalar un ministerio. Tiene fortuna; es anti-derquista hasta en la médula de los huesos y amigo de Buenos-Aires. Siendo ministro de hacienda, le nombraron gobernador de Tucumán. Renunció el ministerio y aceptó el gobierno, que luego renunció también.»

El diario, repito, dice: «Zavalia,—genio plácido y buen orador. Es un cumplido caballero, en toda la extensión de la palabra. Anti-derquista, muy partidario. Siempre votó en la oposición. Tiene el defecto de ser algo susceptible ó quisquilloso, lo cual le hace, algunas veces, desmentir su carácter. Tiene fortuna.»

★

Después de tantos años, compulsando recuerdos, impresiones, comparando, juzgando en definitiva, he corregido en bien y en mal mi juicio, respecto de algunos personajes: Salustiano Zavalía permanece intacto,— y lo veo atento, pundonoroso y el hombre más bien portado del mundo.

Voy, pues, á ocuparme de él, y empiezo diciendo que el joven de antes,— viejo ya,— insiste, se afirma y se confirma en que Zavalia, senador por Tucumán, era el perfecto *gentleman* á que antes me he referido (1).

★

Allí, en aquella aldea, ciudad ahora, con todos los recursos de la civilización y de la cultura, no digo que Zavalia fuera una cosa rara. Pero como

(1) Nació en Tucumán el 8 de Junio de 1810.

los hombres del *interior* y los mismos que, generalmente, de aquí llegaban, no eran muy elegantes que digamos,—salvo honrosas excepciones, como Emilio Alvear, Vicente Quesada y otros,—Zavalía tenía que llamar la atención y la llamaba.

★

Su porte era confirmación y prueba concluyente para mi de que «el alma que circula en la naturaleza se manifiesta de una manera tan significativa en los rasgos de la fisonomía, en los movimientos, en los gestos de los cuerpos animados, como en la palabra». Ese lenguaje silencioso y delicado es lo que se llama «las maneras». Zavalía era, en este sentido, un argumento definitivo. Todo entero y verdadero, por dentro y por fuera, estaba en su aspecto, en sus modales, en su voz.

★

Tenía este distinguido hombre público, una pe-

culiaridad, que he observado en todos los emigrados que, en vez de asilarse en Chile, se fueron á Bolivia ó al Perú. Era suave, elegante, casi petimetre. Diríase que el clima tropical,— con sus riquezas infinitas, con sus perspectivas radiantes de luz y de variados colores, había despertado en ellos emociones que no puede producir la faja maciza del suelo chileno, un tanto árido, á pesar de su cielo plácido y con sus costas abruptas, tan festoneadas, bañándose sempiternamente en un mar *pacífico*, de horizontes infinitos.

De talla más que mediana, de cuerpo repartido, —su cara era ovalada; su frente abierta, significativamente intelectual, teniendo un tanto acentuadas la *causatividad* y la *deductividad;* el ojo, redondo, brillante, traslúcido, pardo obscuro, como el cabello, liso, bien peinado siempre, con raya á la izquierda, un ojo de trovador, lleno de intención, adornado de ceja abundante, arqueada,—la de un orgulloso, si hubiera estado unida,— dejaba

traslucir una alma cálida; y la boca fina, con labios *carmíneos*, boca dulce, amorosa, picaresca, limpia de bigote, por coquetería varonil, decía que aquel rostro de nariz recta, de líneas puras, nariz pronunciada, decente, sin ninguna impertinencia, de tez delicada, de pigmento colorido como hojas de rosa, terso el cutis,—sombreado, por una patilla abierta que dejaba en evidencia una barba masculina,— era la de un hombre que si no hubiera tenido estirpe habría podido fundarla.

Se vestía de negro, siempre con esmerada corrección, blanco el chaleco, frecuentemente; reluciente la camisa. Se calzaba con cuidado y sus manos eran pulcras y atrayentes, unas manos, que si hubieran sido de mujer, habrían hecho pensar en el dicho de Teófilo Gautier: *Ce que j'adore le plus entre toutes les choses du monde, c'est une belle main. Si tu voyais la sienne!*

Su andar era acompasado, señoril,—la crítica podía tildarlo de jactancioso; y siendo serio se reía, á veces, con infantil espontaneidad.

No sé cuáles eran sus vicios, ni si los tenia,—desagradables al menos. Pero sus gustos eran artísticos, teniendo predilección por la música, que conocia científicamente (1).

(1) Hizo sus primeros estudios en Catamarca, bajo la dirección del conocido padre Quintana, que sacó de él un eximio latinista (versificaba en latín). De allí pasó á Córdoba recomendado al apreciabilísimo Doctor Don José María de Bedoya rector entonces del Colegio de Monserrat, hermano del coronel D. Francisco de Bedoya, muerto en Chicoana, y de don Elías cuyo perfil hice días pasados. Al Dr. Bedoya debió su educación, su amor á las letras y á las artes, la noble altivez y firmeza de su carácter y hasta sus inclinaciones políticas Fue un *unitario* convencido. En 1827 el Dr. Bedoya, trajo a su discípulo predilecto á Buenos-Aires, para hacerle conocer la capital y los hombres notables de la época. Apenas iniciado en la vida pública en Tucumán, con Marco Avellaneda y con Alberdi, fué desterrado por Heredia á la provincia de Santiago. Fué ministro del gobernador Piedrabuena en 1838; juez, varias veces, y Diputado á la Legislatura Tomó parte activa en el pronunciamiento contra Rozas, que la Legislatura de Tucumán hizo en 7 de Abril de 1841. Después de la derrota de Lavalle en Tucumán, tuvo que emigrar, saliendo con los dispersos del campo de batalla, y hubo de caer, junto con Marco Avellaneda, en poder de la partida de Sandoval que los perseguía; escapó por haber ido un poco más adelante. Pasó 8 años emigrado en el Perú, y volvió á Tucumán en 1849 con permiso del gobernador Gutiérrez, quien se distinguió entre los

De modo que como tocaba primorosamente la guitarra, en un salón, su prestigio se imponía.

Hablaba bien, muy bien, con algunas flores de retórica, sin hipérboles, con erudición, con método, con colorido, con calor y no sostuvo un solo momento ninguna idea ni pensamiento, ni proyecto que no fuera liberal, teniendo por los porteños marcada inclinación, —debilidad tucumana, dicen. Se ha observado, en efecto, que hay alguna afinidad entre los hijos del Plata y los del Aconquija,

gobernadores de la época, por su benignidad con los unitarios. Se contrajo con pasión al cultivo de la caña, que había aprendido en el Perú, y fué uno de los principales iniciadores de la industria azucarera, floreciente hoy en Tucumán. Diputado al Congreso constituyente de Santa-Fe, tomó parte muy activa en la discusión de la Constitución y consiguió hacer prevalecer en ella, el principio *unitario* del juicio político de los gobernadores ante el Senado de la Nación (reformado). En unión con Uladislao Frías redactó la primera Constitución de Tucumán, proyectó la creación de los impuestos municipales y de la institución municipal. Después de Pavón, fué senador otra vez en 1868, hizo oposición á los avances autoritarios de Sarmiento, mostrándose amigo del general Mitre y de su política.

entre los que miramos la Pampa abierta y los que contemplan la enhiesta cumbre cubierta de nieve eterna, entre los hijos del suelo que refresca el pampero y los de aquel jardin de eterna verdura, — «mortales», que fueron los primeros en oir la proclamación de nuestra independencia, como nosotros fuimos los primeros que les mandamos á los pueblos el primer grato mensaje de libertad.

Los tipos así, como este Zavalia, se están yendo ya.

En el *corso e ricorso* de los acaecimientos humanos, los unos vienen, los otros se van.—queda siempre la progenie. Mas hay que inquirir si éstos valen tanto como aquéllos, los que sin salir de América, y sin casi contacto con extranjeros, propiamente hablando,—es decir, con hombres de allende los mares, tuvieron todas las intuiciones del porvenir, como las tuvo este argentino interesante, de cuyo retrato todo lo esbozado no es más que una vaga sombra estenografiada; pero *fiel*, — lo que era D. Salustiano Zavalia: docto en derecho, poeta y excelente escritor, consecuente en sus relaciones personales, en la amistad, en la política. Y eso que cruzó tiempos duros, en los que los hombres estaban hondamente divididos, sien-

do aquellos días, tan tristes y aciagos, los luctuosos de las ejecuciones á lanza y cuchillo... nuestro baldón; días que no volverán confío, porque el recuerdo de los que supieron luchar y sufrir,—nos enseñará seguramente. ¡Dios lo quiera! á no comprometer el tesoro adquirido con tantas penas, dolores y sacrificios comunes.

CÁCERES

Á MI AMIGO RAMÓN T. FIGUEROA

> *Il est très diffile de jouer le role de révélateur, une erreur et tout tombe. Il est très difficile de jouer le rôle de criterium infaillible; un manquement et l'imposture éclate.*
>
> *Le combat spirituel est aussi brutal que la bataille d'hommes; mais la vision de la justice est le plaisir de Dieu seul.*

He aquí un hombre, como esos cuerpos simples, que la química no alcanza á descomponer, en su empeño de creerlos combinaciones de varias substancias,—un hombre del cual no puede decirse, como le decía Mme. Helvetius á Franklin: *j'aime á croire que vous êtes heureux;* y un hombre to-

davia que, colocado en la situación de Franklin, no habría podido contestar: cada día me siento más feliz, nunca he tenido la enfermedad de hallarme desgraciado.

No entraba en el método histórico de los romanos, ni en el de los mismos griegos, estudiar las causas más ó menos inmediatas de los sucesos que supieron referir con arte admirable,—dice poco más ó menos un escritor contemporáneo, tan observador como sutil, que cito de memoria, y agrega, que las ideas que tenian sobre la fatalidad de las cosas humanas los alejaban de semejantes investigaciones,—sin las cuales la historia no ofrece sino un conjunto de hechos, cuya conexion es muy difícil precisar.

Sin ser griego ni romano no me detendré aquí á examinar cómo es que el ambiente moral del tiempo en que este cordobés de nota alcanzaba su desarrollo máximo intelectual, podia, sin que en ello interviniera una determinada ley,—saturar

tanto á un hombre con las ideas y las modalidades consiguientes, que constituían la substancia espiritual de su extraña y singular personalidad.

★

Me limitaré, pues, á decir que, por éste y otros motivos, debe figurar Luis Cáceres en la galería de celebridades argentinas,—mejor dicho, entre los hombres distinguidos del Paraná, ó sea el gobierno de la Confederación, á cuyo frente estaba el general Urquiza, después de la caída de Rozas.

Pertenecía Cáceres por su cuna á padre catamarqueño, buen católico, hombre honrado y laborioso que, en aquella época, llegó á tener abundantísimo caudal, y á madre cordobesa, católica también, de estirpe señorial,—como si dijéramos una combinación de noble y de plebeyo, ó un compuesto de lo pasado y de lo por venir fundido en el mismo molde y con idénticos ingredientes de fe religiosa: el hecho que entraña la idea.

Estudió las cosas de entonces, vió los espectáculos de entonces y oyó lo que entonces sólo se per-

mitia decir; que en todos los rincones de la tierra argentina habia no sólo las mordazas de la barbarie sino las del atraso y las de la pasión.

Que un hombre como éste, aunque muy joven todavia, no estuviera emigrado,—en la hora del pronunciamento de Urquiza, es tan digno de estudiosa inquisición como que Vélez Sarsfield y otros hubieran regresado á la patria precisamente en las postrimerias de la implacable dictadura.

Espiritus claustrales, *ab origine,* — ó unos y otros sólo tenian la rebelión en lo insondable de la entidad, — ó unos y otros habian acabado por creer que todo lo que es fuerte es por el hecho definitivo ó infalible.

Tengo que abandonar este problema á la meditación de los filósofos deterministas que tanto se complacen en atribuir todo cuanto sucede á una fatalidad omnipotente,—especie de genio invisible que debe regir *a priori* su curso necesario.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Cór-

doba, teniendo que mandar hombres de su primera selección al primer Congreso legislativo del Paraná, no pudo prescindir y no prescindió de Cáceres. ¿Quién lo eligió? El pueblo, digamos, ¿Qué alma tenía ese pueblo? Católica. Y sin embargo, Cáceres, era ontológica é ideológicamente hablando, todo menos un católico. Para que se vea que hay en las multitudes algo que sólo se explica por el patriotismo ó por el orgullo de tener genios sobresalientes, con prescindencia de la fe religiosa.

Era Cáceres un hombre pequeño, endeble, de cabeza voluminosa, bien acentuadas las protuberancias craneoscópicas,—cabeza propia para un estudio frenológico, guarnecida de cabello castaño obscuro abundante, de ojos del mismo color, chicos, redondos más bien que ovalados, unos ojos rutilantes, lascivos; de frente como la de un busto griego,—de *ese* que se adornaba con pámpanos,—que el desgreñado cabello lacio, con raya al costado, cubría con insistentes mechas características

marcando dejadez y descuido sin estudio; de nariz pequeña, sin peculiaridad alguna, á no ser las ventanas, por las que parecia exhalarse cierto ambiente cínico,—de otro modo no acierto á expresarme; de boca que, por no ser fina, era gruesa,—todo ello encerrado en un marco triangular, adornado por unas patillas abiertas y un bigote como cualquiera. El tinte de la cara no puedo compararlo sino al de una de esas figuras de cuadro sombrío de escuela boloñesa,– algo así entre lo pálido y lo vinoso; y la característica del personaje benévolo deferente, casi amable, humano, consistía en una sonrisa permanente,—explosiva á veces,—de materialismo excéptico á lo Pirón. Como éste, en efecto, al pasar por cualquier academia, habría podido exclamar con burla y verdad: *ils sont là quarante, qui ont de l'esprit comme quatre* (1).

★

Este hombre, está claro, debía saber de todo.—

(1) Los académicos franceses son cuarenta,—y tener talento como cuatro es un retruécano *(calembour)*, porque en francés *como cuatro* es modo ponderativo de decir, con ó sin ironía.

y así era, y no hablo ponderativamente. ¿Dónde, en qué aulas, en qué libros lo había aprendido?—habiendo entonces tan pocos libros que adquirir,—y libros modernos. Porque es de notarlo: lo que sabía era todo nuevo y no lo que se enseñaba en la Universidad de San Carlos, que él debía transformar más tarde, casi desde sus fundamentos. Seguramente lo había desentrañado, *meditando*, desde que no es discutible científicamente, lo diré así, que los antiguos lo han sabido todo y que los contemporáneos mismos no somos sino precursores los unos de los otros; más aún, desde que á las veces, el éxito de un descubrimiento depende sólo del vehículo ó sea de quien lo comunica. Charcot, el gran Charcot, por ejemplo, hizo entrar en la ciencia los fenómenos del magnetismo, descritos más de un siglo antes, por investigadores sin prestigio, razón por la cual muchas generaciones de médicos pasaron y pasaron ignorando sus descubrimientos.

Luego Cáceres leía entre renglones, cuando

otros sólo leían el texto, seco y frio, lapidario, como una inscripción en una cripta helada; y allí donde éstos sólo veían preceptos absolutos, como cláusulas testamentarias, ineludibles, él inquiría y descubría y adivinaba,—rebelde incorregible, respecto de todo lo que fuera dogmático, porque era un espíritu eminentemente científico, al cual le bastaba un dato, una hipótesis sobre todo, para elevarse por el método á las más altas concepciones de la verdad real,—haciéndola después pasar por todas las modificaciones de nuevos hechos ó fenómenos observados.

Así, su cerebro contenía, sintetizando mi juicio crítico sobre él, todo cuanto se podía contener en su momento por una cabeza fuerte, aunque patológicamente considerada, padeciera de anomalías,—siendo teólogo, legista, matemático, químico, literato por el gusto artístico, abogado; y no abogado como lo son generalmente los que siguen las huellas de Cicerón, que defiende el pro y el contra, en las causas de Verres y de Fonteyo, tan opuestas como lo son la mentira y la verdad, la justicia y la injusticia.

Pero como era un desiquilibrado, siendo sabio en la ciencia económica no supo administrar los

intereses de su padre, al que arruinó con toda clase de malos negocios y especulaciones. El pensamiento y la acción fueron así, en él, en este sentido y en otros, contradictorios; esto no obstante, aunque mezclado en la política activamente y sin desmayar, siempre se mantuvo en la órbita de sus amigos y en la proyección de las tendencias liberales.

Tenía el sentimiento del arte, de lo bello, de lo bueno, de lo útil, de la justicia, de la verdad, de todo lo que era humano, — un sentimiento, más bien como una noción pura; pero no *creía* y aquí estaba su aguijón y su pústula.

Y no creyendo, no podía sentir, y seguramente no sentía todo lo que había en él de vida profunda y eterna.

El sabio puede también vivir de apariencias superficiales y engañosas, irse matando á sí mismo, como suicida de la desesperación por falta de algún entusiasmo.

Era de una incuria molesta, no teniendo limpia sino la conciencia de no haber deseado, por cálculo, el mal del prójimo... que no sé si alguna vez hizo... Tuvo enemigos... y fué calumniado.

Sus manos habia que tocarlas sin verlas. Su traje habia que no mirarlo. Sólo habia que escuchar su palabra, dificultosa; hilada, aunque trabada; intermitente, aunque continuo el pensamiento, palabra lógica, demostrativa, razonada, convincente, siempre encerrada su tesis, dentro de la protesta del derecho contra la agresión de la fuerza, ó de lo que contraria la verdad científica recibida. No hay, para cerciorarse de ello, más que leer sus discursos contra los derechos diferenciales, inatacables dentro del sistema teórico de la Constitución; porque Cáceres, no obstante ser liberal y no estar con los reaccionarios, no tenia, como otros, connivencias con los políticos bonaerenses, sostenedores *et pour cause* de la segregación.

★

Decir, para darle el último retoque á este ensayo de esbozo, que Cáceres era un distraído á la manera de esos que describe La Bruyère, no sería bastante, siendo algo más.

Pensad, ved, y figuraos, que, sintiendo cierta necesidad, se ponía á hacerla sin interrumpir lo que leía, paseándose por el claustro callado y frío y que fecho, después de una breve detención y sin más que describir con el cuerpo un arco de atrás para adelante, todo quedaba en regla, desahogada la naturaleza, y el espíritu en lo que estaba.

Se me ocurre, tal era el poder de abstracción y de concentración mental, — que como Arquímedes, solitario en su estancia, no habría contestado al preguntar los bárbaros por él, y que á la manera del sabio antiguo habría muerto en absorta contemplación de algún teorema nuevo, teniendo recién noticia de su fin material en alguna otra vida. ¡Cuántas veces las aulas no quedaron de

siertas sin que él se diera cuenta de la salida de sus discípulos!

★

No acabó esta existencia como hubiera sido de desear.

Cáceres murió reblandecido, en estado de imbecilidad, un hombre transformado en niño, un espíritu vuelto carne, una substancia hecha pulpa, cuidado con amoroso afán por su noble esposa y los suyos, querido por la juventud cordobesa, siendo su nombre un prestigio.

¡Era tan bondadoso! y tan excepcional su saber!... un saber que no se imponía, cuyo contacto no molestaba como el de Carlyle, tan presuntuoso; un saber á lo Stuart Mill, que influía, incitante como un curso de conversación con Rawson, sobre cualquier cosa.

★

Quizá murió sofocado por la fiebre de cono-

cer y por su temperamento físico, debido también, quizá, á un medio sin válvulas de escape, de estrechos horizontes, de monótonas perspectivas, carente de concomitancias intelectuales; por manera que fue él, y no Santiago, su hermano, otro ilustre cordobés, que vivió y murió como es de apetecer, el que debió ser enviado por su padre á Alemania, para perfeccionar allí su ciencia, casi infusa, entre los doctores más doctos de aquella tierra de filósofos, de poetas, de sabios, de examen, de método, de insaciable averiguación y de pensar, sin nada que contenga, que trabe la libertad de la *idea*. Así se habría salvado, me parece, aquella alma, sino para la fe, para el entusiasmo, para algo que fuera como un ideal poético, consolador; y el cuerpo no se habría ido tan prematuramente. Pero ya lo sabéis, un grado de latitud más ó menos, una generación antes ó una generación después, deciden de la suerte de una vida como ésta, cuyo estudio se recomienda á la posteridad, pues á pesar de todo es un espejo; no para la turba ignara que vocifera, y estruja sin piedad reputaciones, sino para aquellos que pueden divisar al filósofo sobre el pupitre de su bufete, en los momentos en que los efluvios

espirituales de la substancia, se desprenden de la materia.

Concluyo: Cáceres fué un *verbo* actuando con eficacia, un precursor; porque precursores son los que hacen revoluciones en las almas y en las conciencias sin conmover la sociedad (1).

(1) *Señor General Lucio V. Mansilla:*

Con profunda emoción he leido sus apuntes sobre mi finado esposo, ¡tan poco recordado hoy! debido tal vez á la terrible y larga enfermedad que lo concluyó. Es tan consolador para los deudos, el ver una mano amiga, levantar del polvo del olvido la memoria de los seres queridos y hacerles plena justicia! Porque es verdad, General, mi esposo dejó su cabeza, en la lucha de pensar cómo transmitir la ciencia á los jóvenes, y mas aún, cómo mejorar la situación de la provincia, tan pobre entonces.

Crea, señor General, mis hijos y yo estamos íntimamente agradecidos por su precioso artículo, y lo guardaremos como un recuerdo sagrado. Mi hijo Augusto, le dirige una cartita con sus agradecimientos.

Soy del señor General su atenta y reconocida servidora

Dolores A. de Cáceres.

ALVEAR

Á MI AMIGO ENRIQUE QUINTANA

> ...salgo á defender su antigua reputación y á mostrar con cuán justo título la adquirió...

No puedo pronunciar este nombre, sin que todo el dulce pasado de mi vida se me presente como una risueña perspectiva infantil, — reconstruida por la imaginación, delineada, colorida por el pincel del artista en madura edad.

He jugado en la casa del General, el ilustre padre de este hombre del Paraná.

Misia Carmen, su digna esposa, — era una mujer física y moralmente encantadora, afable, prudente, discreta, — bellísima en fin. Me quería

mucho, me llamaba «hijito», porque me parecía en extremo á uno de sus hijos, que tuvo trágico fin.

★

Vivía en la calle de la Florida, — según lo he dicho ya en otra parte, — frente casi á la casa de Bernardo de Irigoyen. Este barrio es, y continúa siendo, histórico. En pocas manzanas á la redonda, — viven ahora, celebridades de nota, representantes de la gloria, del talento, de la fortuna: Mitre, Roca, Irigoyen, Pellegrini, Tejedor, Anchorena. ¡No sé qué hace López por Callao!

Allí, he jugado yo en el patio (1). Los dos guerreros, mi padre y el señor don Carlos, departían en tanto.

★

Una vez, — ¡qué tiempos no serían aquéllos!, —

(1) Véase mi causerie *¿Por qué...?* (tomo I, pág. 76)

á una observación del señor don Carlos: «cuidado! no te vayas á lastimar con ese cuchillo» (uno viejo que servía para escarbar la tierra de la alberca), mi padre observó con su característica malicia trascendental: «déjelo Vd., que eso deben manejar bien los que que quieren ser algo en esta tierra...»

Debo apresurarme á decir aquí, antes de seguir adelante, que el señor don Carlos y mi padre, eran muy amigos.

Había entre ellos una afinidad nativa de talento natural, de audacia, de buen porte, de inspiración, de cierto dón para adivinar los sucesos, — á los que no resistían sin embargo.

Y, singular contradicción sobre lo que podría escribirse todo un capítulo de psicología, — mi padre solía hablar mal del general Alvear; pero no permitía que otros hablaran. Si lo intentaban salía en el acto á la palestra y quebraba lanzas por él, sin distinguir contradictores.

Á pesar de esta conexión estrecha de las dos casas y familias, — yo no supe de Emilio Alvear, nada, sino que estaba en Norte-América. Recién le conocí, encontrándome con él, en el Paraná, — cuando para aquellos lados me aventaron los lances de la fortuna y del honor. La primera vez que lo ví, fué en casa de Benjamin Victorica, — una noche, me acuerdo, en que estábamos varios reunidos, Vicente Quesada, entre ellos, la víspera de un 25 de Mayo. Alvear escribia un artículo conmemorativo para *El Nacional Argentino.* Victorica me lo dió crudo. Era todo, menos literatura; pero habia lo que ha caracterizado á todos los Alvear, — lo más difícil, lo genial: pensamiento. Yo lo aderecé y salió, siendo leido con ese sentimiento de complacencia íntima, que sólo produce lo fuertemente sentido.

★

Era Alvear, en aquel momento de su peregrinación política, un hombre en toda la plenitud de la vida, soltero aún; poco tiempo después se casó aquí, donde venía con frecuencia, con Delia Fernández, su cuñada, una mujer que tempranamente nos dió el eterno adiós!: hermosa sin ser bella, inteligente, con distinción, amable, — toda una dama de la *renaissance* social argentina. Ella y él, eran lo que se llama un *couple bien assorti.*

★

Tenía Alvear la estatura suficiente para ser elegante, los modales fáciles, un *laisser aller* de lord inglés, más respetuoso en el fondo que en las formas, una cara toda luz, por los ojos, vivos, grandes, negros, esmaltados, redondos; la boca de labios libidinosos; la nariz gruesa, poco protuberante;

sonrosada, fresca la carnadura; abundante el bigote, y el resto del rostro, pulido, afeitado á la marsellesa,—todo ello encerrado en un óvalo escultural, de lo más típico y simpáticamente expresivo, egregio.

Se vestía con sencillez, á la moda, con pocos colores, caminaba con cierto vaivén andaluz y pisaba fuerte, usando botas de becerro, lustrosas como el charol, de taco alto, no para alzar la talla, sino porque ese calzado era entonces el de la gente de pró ó *comme il faut*.

La política y los intereses,—en el *struggle for life*, nos dividieron, y como yo estaba en esa edad turbulenta en que se ignora que las ofensas hechas al amor propio duran más que las inferidas al honor, no tuve presente, que llega un día en el que es menester reconocer que erramos. Lo reconozco ahora. Mi juicio tiene que ser entonces doblemente imparcial, si es posible serlo del todo sobre la tierra.

Abro mi léxico de memoria, en la letra A y leo en el apunte sobre Alvear, diputado, esta frase: « ...mucho despejo, audacia, mundo y barniz de buen tono. Sabe todo lo que ha visto y lo que ha oido de su padre el brigadier general, que conocía mucho nuestras revoluciones y la vida ». Era la impresión de un joven y la de un adversario inquieto.

Alvear era así, en efecto; pero juzgado superficialmente. En realidad era más. Sabía todo eso,—que no era poco; porque como dice el sabio griego, la vida no se aprende en los libros. Pero también sabía lo que se puede adquirir en ellos,—que si no contienen la eterna verdad, consignan lo que los hombres aceptan según los tiempos, como verdades recibidas.

Por manera que, era un espíritu de fácil cultivo que se cultivaba, que veía, que abarcaba, que tenía ideas propias, y modos originales, inesperados de exponerlas.

Hablaba con suma facilidad, en lenguaje llano,

con deficiencias gramaticales, como Vélez, que no todos han tenido la cultura helénica de Rawson, con ilación, porque aunque era improvisador, pensaba con seguridad, congeturando de antemano lo que debia decir. Era rápido, casi eléctrico, en la réplica, picante y sabia alzarse hasta la elocuencia vibrante,—como golpe de martillo sobre disco metálico.

Ministro de Relaciones Exteriores, fué hombre de sólido consejo, aunque algunas opiniones preconcebidas lo acentuaran demasiado como hombre de partido. Era sólido en la amistad, aunque versátil en sus opiniones de circunstancias, pudiendo asi sostener el pró y el contra con igual talento de sofista. Pocos amigos perdió por disidencias de acción militante.

Sus gustos eran los de un sibarita amable, obsequioso; no obstante, era sobrio; no tenia vicios, á no ser que lo sean la afición á la belleza, debilidad que suaviza muchas asperezas. Que tire la piedra el que no haya cojeado de ese pie.

Y como el dinero no era una de sus pasiones, aunque lo necesitara,—si hubiera tenido más ambición, habría habido en él dos hombres,—pudiéndosele aplicar en un sentido, el dicho de Alfredo de Vigny: *Bonaparte c'est l'homme, Napoléon c'est le rôle.* Por manera que, esta vida de argentino,—aunque sólo haya pasado rápidamente por nuestro horizonte político, tiene suficiente unidad, para figurar con brillo, en la galería de los que bajan á la tumba dejando bien puesto el nombre de sus preclaros antecesores.

★

Cuando se haga un libro, con este título: «Los grandes conversadores argentinos», Emilio de Alvear figurará entre nuestros *causeurs*,—rivalizando con Juan María Gutiérrez, en espontaneidad, aunque fuera menos anecdótico que él y careciera de las formas didácticas de aquel inolvidable cincelador de frases académicas.

Concluyo, llamando la atención sobre las palabras del texto, que deben glosarse así: el hombre

de antaño, refutado por el de ogaño. Si, pues, como otro contemporáneo francés, puedo decir: «Reconozco que me equivoqué». Por suerte no agrego (¿ó debo agregarlo?), he derrochado la vida...

SARAVIA

Á LA MEMORIA DE MIS HIJOS, MUERTOS TODOS

« Se reunió ayer la Cámara de Diputados con asistencia de 47 de sus miembros. Se dió cuenta por secretaría de los siguientes asuntos entrados.

« El Senado remite en revisión el proyecto de ley aumentando á 400 pesos la pensión de la viuda del señor Cárlos M. Saravia.

« Sr. Gómez.—Hace moción para que se trate sobre tablas.

« Puesta á votación resulta negativa (1). »

(*Sesión del 24 de Julio de 1894*)

Se ha dicho que la política no tiene entrañas; y debe ser cierto, si observamos con un poco de aten-

(1) El asunto era éste. Habla el señor Figueroa (B). Son tan perfectamente conocidos los fundamentos de esta solicitud,

ción, los procedimientos, —crueles á veces,—de los Parlamentos en los que sólo se sientan hombres políticos.

Como reza de la prosaica rúbrica,—propuso dias pasados, en la Cámara de Diputados, el distinguido é ilustrado representante por Salta Dr. D. Indalecio Gómez, que se tratara sobre tablas, un asunto que ya venia con sanción del Senado; un asunto sencillo, claro, humano, —casi seráfico,

que ella se recomienda en vista de la justicia, y de los grandes servicios prestados por don Carlos María Saravia, como secretario del Senado, durante treinta años. Es muy exacto que la pensión de que esta señora disfrutaba se ha disminuido notablemente. Ella percibía trescientos sesenta y tantos pesos fuertes que en esa época representaban mucho más que lo que actualmente tiene. Es muy exacto que la pensión que se le pasa á la viuda del ex-secretario de la cámara de diputados, señor Sorondo, es de 400 pesos y la del secretario Ledesma también de 400 pesos que, con la rebaja establecida por la ley general de presupuesto queda reducida á 320 pesos, aumentando, pues, á la señora viuda del señor Saravia la pensión á 400 pesos como lo he formulado en el proyecto que tiene el señor secretario, se le rebajaría siempre el 20 °/. puesto que así está mandado por la ley y le quedarían entonces 320 pesos. Teniendo en cuenta los servicios del señor Saravia, la miseria en que se encuentra esta señora, los ocho hijos menores que tiene y la justicia de igualar estos sueldos, es con cierta violencia que me atrevo á pedir á mis honorables colegas acepten la moción de tratar esta solicitud sobre tablas, á fin de igualar á las demás esta pensión que, como he dicho, se recomienda por la justicia y los servicios prestados por el señor

porque se refería á un hombre que fué en vida un santo de honestidad.

Es mucho decir, ¿ no es cierto ?

Empero... es así.

Estas generaciones nuevas, son muy expeditivas cuando se trata de los vivos, y de lo vivo, de lo que les interesa; porque, por más que digan, háseles figurado, á algunos, que la humanidad, la historia, la gloria y todo comienza con ellos, ni

Saravia, quien no necesito rememorar cuando está en la conciencia de todos los señores senadores. Pido el apoyo de mis honorables colegas para tratar la solicitud sobre tablas.

Señor Galvez.—Puede leerse el proyecto.—(Se lee).

Señor Presidente.—Está en discusión la moción del señor senador, de tratar sobre tablas el proyecto que acaba de leerse.

Señor Figueroa (B.).—Debo advertir á los señores senadores que, en resumidas cuentas, todo el aumento que se va á hacer en favor de la señora viuda de Saravia, es de cuarenta y tantos pesos. Se eleva á 400 pesos la pensión, es verdad ; pero con la rebaja de 20 °/₀ que hará la Contaduría, ella quedará en 320 pesos. Actualmente la suma que esta señora percibe es de doscientos ochenta y tantos pesos ; de suerte que en definitiva, el aumento es de cuarenta y tantos pesos.

Señor Presidente.—Se va á votar si se considera el asunto sobre tablas. Se vota y resulta afirmativa.

más ni menos que si ellos fueran el alfa y el omega de todo lo que se mueve agitadamente bajo las estrellas... porque aspira.

Ya se irán curando de esa enfermedad moral, á medida que de la cúspide bajen al llano, con la tez arrugada por el cierzo que quema de frio, con los cabellos blancos como copos de nieve, y cuando mirando el pasado y anhelando justicia por el bien que hicieran... sólo hallen indiferencia helada (qué tristeza tan grande!) ó marchitas flores blancas y azules, parecidas al lirio de agua,—el pálido loto, símbolo del olvido.

¡Pobre Carlos!

Nadie sabia quién era sino el miembro mocionante,—que no sé por qué no se indignó, ante la injusticia, siendo así que la Cámara suele exasperarse hasta castigar, irritada como el invasor antiguo, á las mismas aguas del mar!

Su nombre se lee, sin embargo, en la Constitución de la tierra,—en nuestro Evangelio político, tan entendido al revés, algunas veces, por los que

siempre tienen algún sofisma nuevo,—no como Bentham,—sino como cualquier otro advenedizo de la fraseología, para explicar la forma mejor de gobierno, las excelencias de la democracia (tan cacareada, cuando no somos sino oligarquías), los derechos del hombre, la igualdad, la fraternidad, la soberanía nacional, el sufragio universal,—todo, en fin, lo que se relaciona con la felicidad y el bienestar común de cuantos tienen la suerte, ó la desgracia, de nacer ó de estar en este bellísimo país de América, que se llama la Argentina.

Sí! Carlos Saravia, hijo de Salta, emigrado, liberal, pura mansedumbre, bueno como el pan bendito, hospitalario, caritativo como un monje de la antigüedad, que poco distinguia entre lo tuyo y lo mio, listo á dar siempre lo propio,—feo de cara, bello de alma como la virtud, ¡ sarcástico contraste ! está en la Constitución, firmando como secretario, al lado mio, que no le alcanzo ni le alcanzaré en rectitud ¿ qué digo ? ni en buenos pensamientos.

Para este varón,—de tanto y tan raro peso y valor intrínseco, con una envergadura de saber y de conocimientos inauditos (un sabio sin saberlo). no hubo, siquiera! el homenaje del recuerdo... allí donde tantas veces el buen ó el mal humor hacen la « lluvia y el buen tiempo »,—la alegría ó la desesperación.

Meditemos... ah!

Como ese que se fué para siempre no deja representantes,—que nos vean contritos, compungidos en sus exequias fúnebres, sino una madre ó una esposa inconsolable, vieja, desconocida, y unos cuantos hijos demacrados, enfermizos, con poco pan, ¿para qué tanta premura?

¡Tal es la enseñanza desconsoladora!

¡Decid que no!

Vamos andando.

★

Carlos fué algo más que lo que dejo dicho; fué hombre del Paraná, —y cuando todo lo de allá se vino con la música para acá, después de Pavón, Carlos tuvo que *ser traído;* porque él era el archivo vivo, ambulante, del senado nacional. Sin él, quedaba trunco, como papiro secular, apolillado.

Por allá no había taquígrafos en los primeros tiempos.

Carlos era el que llevaba el diario de sesiones y los incidentes, los diálogos, todo, todo aparecía relatado con estricta verdad por él. ¿Y los discursos? ¡Los discursos! Cuántos no hablaron bien ó mejor, sino debido á su indulgencia genial, á su retórica postiza! Y todos ellos eran abuelos, ó padres, ó parientes consanguíneos ó políticos, de casi todos los que ahora están en la Honorable Cámara de Diputados.

¿Qué miembro del Congreso, de allá ó de acá, que en su momento, necesitaba incontinenti un

dato, un antecedente, una fecha, una ley, una doctrina, una opinión que citar, dejó de ocurrir á él?

Su cabeza parecía un mueble norte-americano, mecánico, de esos que tienen cientos de cajoncitos y secretos. ¡Secretos! Eran enormes y aplastadores algunos de los que él conocía,—apretándolos su discreción, ó guardándolos, como en urna inviolable, su reserva de confesor.

En una palabra, Carlos era por los cuatro costados, todo entero y verdadero, una vasta celda, que, á la manera de selecta biblioteca, contenía hasta lo inopinado,—demostrando, como diría Shakespeare, que la memoria es el centinela del cerebro.

Y no sólo sabía bien lo que había oído y leído, que era mucho, sino que también relataba con colorido de artista vigoroso, los grandes espectáculos de la naturaleza ante los que, muchas veces, su alma de creyente fervoroso cayó en éxtasis, habiendo visto, con místico recogimiento, nacer y

ponerse el sol á orillas del fantástico y legendario lago de Titicaca, como que anduvo por el alto y el bajo Perú, en sus primeras peregrinaciones de niño.

Tenía toda la facha de un indio del tiempo de Tupac-Amarú. Así como él, debieron ser algunos incas,—bondadosos y sabios. Unos ojos, como cuentas, negros, grandes; una boca en la que la dulzura estaba viéndose en sus honestos labios,—y unos bigotes duros como cerda, que tenía que recortar con insistencia, para que no ocultaran su única vanidad quizá, dos filas de dientes sólidos como granito, ni más ni menos que su inteligencia fuerte y su firmeza constante, en los sanos principios y en la amistad.

¡Nació, vivió y murió! Es la biografía en tres palabras de casi todo el mundo. Mas de él, no puede decirse, aunque no brillara, como de tantos de ahora se dirá: *aquí don Diego reposa, sin haber hecho otra cosa;* porque hizo indefectiblemente

cosas buenas, y estoy seguro que, cuando se fué al otro mundo, el pecado y los diablos, rabiaron, no habiendo podido tentarlo...

★

¡Basta! Exclamemos como Victor Hugo en horas de tierna melancolia:

Une immense bonté tombe du firmament

sobre estas almas excepcionales, que, imitando á Cristo, hacen siempre el bien, y teniéndose en poco dan señales constantes de una humildad encantadora... envidiable.

GUIDO

Á LA MEMORIA DE LA SEÑORA
DOÑA FLORENCIA THÓMPSON DE LEZICA

> Considero como un grande hombre á aquel que habita una esfera superior del pensamiento, á la que los demás hombres no pueden alcanzar sin trabajo ni dificultad... Los grandes hombres son, pues, un colirio que cura nuestros ojos, del egoísmo, y nos permite distinguir á los demás y á sus obras.
>
> (ÉMERSON.)

¿Un hombre del Paraná precisamente?

No...

Un hombre sí, que cruzó toda la revolución y la guerra civil, sin que su fama y sus prendas de pa-

triota y de estadista zozobraran; un varón ilustre, cuya figura excelsa se achicaría si, cediendo á mi cariñosa veneración, yo me empeñara en decir prolijamente, hablando con las generaciones contemporáneas, quién era Guido.

★

Su espada ha esculpido cifras gloriosas en los picos más encumbrados de los Andes; su pluma ha trazado documentos memorables; su palabra ha vibrado en nuestros congresos con una elocuencia soberana, en la que hay un rasgo peculiar, característico, como toda su persona intelectual y moral,—su vida, tan intensa: la templanza, la sencillez en la forma, la parsimonia en el decir retórico, la gracia, el señorío de la cultura en el estilo.

★

La obra mental de Guido,—hombre de acción paralela, especie de trinidad de la pluma, de la

palabra y de la espada, sólida y fuerte, levantada al través de vicisitudes patrias sin cuento, de hechos intrincados,—obra en la que la fatiga del patriotismo no se da punto de reposo, un solo dia, campeando siempre la elevación del espíritu, la lucidez de las concepciones, el anhelo incesante del bien, de lo bueno, de lo bello; obra de filósofo, de sociólogo, de estadista, de diplomático, obra de sinceridad, de buena fe, de entusiasmo ferviente; obra metódica, inteligente, de verdad, en una palabra, obra nobilísima, — se encierra toda dentro de las vastas perspectivas de una aspiración suprema: la Patria.

No hay en ella, ni inquietudes intermitentes ni tristeza, ni pesimismo,—estando llena de confianza en el porvenir, en nuestros destinos y, estudiándola con meditación, puede verse que si su divisa no era la palabra de Goethe «procura comprenderte y comprender las cosas»,—otro norte no tuvo en su afán inquebrantable, generoso,

desde los orígenes de nuestra era de libertad, hasta el momento en que pasó á mejor vida, sabiendo que era recto y que la acción encontrada de los hombres,—amigos y adversarios,—tenia su razón de ser en un criterio diverso respecto á la manera de entender lo que más conviene á un pueblo que se hace, á una nación que se forma, á un organismo que se desarrolla, pretendiendo todos acertar en la elección de los medios, para que el cimiento fundamental sea sólido, inconmovible, perdurable, como ideal grandioso realizado.

Cristiano y católico, le son sin embargo aplicables algunas reflexiones de Spinoza; « cuando he resuelto dedicar mi espíritu á la política, mi designio no ha sido descubrir nada de nuevo ni de extraordinario, sino solamente demostrar mediante razones ciertas é indubitables, un cierto número de leyes perfectamente de acuerdo con la experiencia : y para proceder en ese orden de investigaciones, con la misma libertad de espíritu

de que se usa en matemáticas, me he abstenido cuidadosamente de poner en ridículo las acciones humanas, de comprenderlas ú odiarlas: sólo he querido comprenderlas ».

« Y así, en las pasiones como el amor, el odio, la cólera, la envidia, la vanidad, la conmiseración, y otros movimientos del alma, he visto, no vicios, sino propiedades que dependen de la naturaleza humana, como de la naturaleza del aire dependen el frío, el calor, las tempestades, el trueno y otros fenómenos de esa especie, que son necesarios aunque incómodos y se producen en virtud de causas determinadas por las cuales nos esforzamos en comprenderlas. Y el alma al contemplar, según la verdad, esos movimientos internos, experimenta tanto placer, como ante el espectáculo de los fenómenos que encantan los sentidos... »

Tenía Guido, por consiguiente, que ser, — lo que en efecto era, — un patricio sin rencores, sin odios, sin resentimientos siquiera, un hombre intrínsecamente sano, indulgente, bondadoso. Es decir, un modelo de ciudadano, un tipo de esos que Plutarco se complacía en perfilar, y en el que todos los que buscan espejos y modelos, donde mirar y que imitar, — deben sorprender el secreto de pasar incó-

lumes, sin tacha, como ciertos bronces antiguos, á la más remota posteridad,—en esta tierra de incoherencias al parecer interminables; pero que ya pasarán, á medida que, saliendo de lo genial, vayamos cosechando lo que es la enseñanza de las edades y de la experiencia fructífera.

Me enternezco pensando, en que este hombre fué amigo constante, seguro, cariñoso de todos los mios. Mi padre lo admiraba y lo queria intimamente, respetándolo; todo lo cual él le pagaba con la mejor moneda del corazón. Y mi madre, que lo amaba, sigue tributándole culto sagrado, ni más ni menos que á un santo de su devoción. Su retrato está al frente del de su esposo,—reliquias veneradas por mí,—y no pasa casi un solo dia sin que, — como dos evocaciones ejemplares, consoladoras que se solicitan mútuamente, — una y otra figura no sean objeto predilecto de nuestras conversaciones.

Tiene mi madre una memoria excelente, vigorosa aún, retrospectiva, como la mía (el que lo hereda, no lo hurta), y no ha mucho me contaba esta escena. Guido refería, con su decir incomparable, el acto de una de sus recepciones en el palacio imperial de Río Janeiro.

Describía su llegada, su entrada, todo el ceremonial hasta llegar al pie del trono. Una vez allí, saludé reverentemente, iba diciendo, hablé así, leyendo mi discurso diplomático (no me acuerdo ahora, agregó). Entonces mi madre, que desde chiquita sabía de memoria la alocución, habiéndosela hecho aprender mi tio don Francisco Saguí, esposo de mi tia doña Andrea Ortiz de Rozas, tio del Dr. Estévez Saguí, el jurisconsulto y gran amigo de Rivadavia, mi madre, decía, habló de esta manera, que empieza con el encabezamiento del diario que lo había publicado:

« Por comunicaciones que se han recibido por la vía de Janeiro, sabemos la favorable acogida que S. M. I. ha dado al señor emisario de nuestra república, general don Tomás Guido. Presentado á él con su secretario don Jerónimo Olazábal, pronunció la siguiente alocución:

« La segunda vez que tengo el honor de presentarme á V. M. I., es felizmente bajo los auspicios de una paz que V. M. supo dar á su pueblo y que la República Argentina ansia por conservar con el augusto emperador del Brasil; pero el pacto que ha producido este gran bien requiere formalidades que estoy encargado de llenar por parte de mi gobierno. Cuando empiezan, señor, á establecerse las relaciones bajo la influencia de poderosos intereses, mi gobierno confía que la política los una, que la amistad los consolide y que el Nuevo Mundo ofrezca á la Europa el espectáculo de dos nuevas naciones que han sabido cambiar los odios de la guerra por la simpatía de principios liberales,

por un comercio franco y una amistad duradera. Tales son, señor, los sentimientos de mi gobierno, á los que me cabe la satisfacción de unir los míos, por la prosperidad de una paz sólida y mútuamente proficua para el Imperio y la República. Me recomienda también de felicitar á V. M. por el feliz enlace que aumenta su dicha personal, y por haber la Providencia salvado de los peligros del mar, á la hija querida de V. M., augusta reina de Portugal. — He dicho. »

★

Y á medida que la señora hablaba, el general se alzaba y se alzaba de su asiento... oyendo hasta el fin, atónito y complacido. Es el único documento que falta en mi archivo; exclamó, — concluida la lectura.

Al día siguiente, Eduardo, el ahora doctor en derecho, — se presentó en casa de mi madre á tomar de sus labios el documento de su padre, que yo he tomado á mi vez, pocos días ha.

En cuadros como éstos, el lector es impaciente; el mismo procedimiento literario me urge á mí.

★

Diré, pues, cuanto antes, cómo era físicamente el general Guido. Pero no voy á decir cómo era, en la edad viril, cuando secretario, amigo, confidente y coadjutor de San Martín, cruzaba los Andes con él; ni cómo era cuando yo lo conocí.

Vivía á la sazón en lo que se llamaba la quinta de Guido,—esquina, actualmente, de Alsina y Zeballos.

¡Qué chico era Buenos-Aires entonces! Imaginaos que en donde está ahora la Policía era la quinta del Dr. Maza. Allí iba yo con los chiquilines Murga, mi madre, misia Carlota Murga, María Antonia Beláustegui y otras de sus amigas á recoger rosas de la India y violetas, casi silvestres.

★

Guido, en el Paraná, habiendo nacido en 1778 tenía en 1858, nada menos que 80 años. Sus cabellos que fueron castaño-obscuros, eran aún abundantes,—blancos como copos de nieve y descubrían una frente serena como sus pensamientos, sobre la que se alzaba una mecha ondulante, tenaz, característica; tenía aún luz, casi fuego, en sus ojos pardos, casi negros; la nariz algo maciza, abiertas las ventanas, indicio de cierta malicia inocente; la boca expresiva, de gruesos labios, con un no sé qué de ironía amable, —casi siempre algo cerrados, como para que nunca se le saliera una indiscreción, — boca eminentemente masculina; todo ello encerrado dentro de un marco de singular respetabilidad: un óvalo casi circular sin más adorno que el de unas patillas breves; y como la distancia entre la frente y la nariz y entre ésta y una barba, trapezoidal, signo de constancia y de fuerza, era la misma, resultaba del conjunto, una perfecta armonía; es decir, el

hombre interno y externo, lo cóncavo y lo convexo, enriquecido, equilibrado y ponderado por ese temperamento sanguíneo nervioso propio de los centenarios. Se vestía con cierta negligencia estudiada, de negro siempre y de levita; caminaba algo distraído, siéndolo mucho, y bastante de prisa á esa edad, llevando la cabeza un poco inclinada á la derecha, lo que le daba un cierto aire provocativo, lo que no era, siendo solamente un hábito marcial contraído. Y así su talla, siendo pequeña, parecía alzarlo, todavía, sobre el nivel común.

Su correspondencia era enorme, teniendo, como Vicente F. López, la coquetería de los billetes y de la puntualidad epistolar; y todo lo escribía él mismo con una letra corriente, clara, elegante, — que un joven de ahora, con pretensiones, envidiaría por la soltura; una letra española, marcada, con rúbrica gallarda, sin complicaciones, como su carácter, y con una ortografía excepcional entre los hombres de su época y de su edad.

Creo que ningún argentino ilustre de los de aquellos tiempos ha escrito más cartas y billetes que Guido. En esa correspondencia preciosa, desparramada, debe haber tesoros como claves secretas de muchos sucesos interesantes, públicos ó reservados; porque este hombre estuvo, como ha estado Mitre, en las intimidades de los héroes, de los monarcas, de los caudillos, de los tiranos, de las mujeres, y hasta de los niños.

★

Si tuvo algún vicio, lo ignoro. Creo que pecó un poco (no es mucho pecar!) por el lado de la galantería.

Pero nadie fué mejor amigo ni mejor padre que él; ni más dulce, ni más indulgente, ni más tierno.

Su hogar era un verdadero patriarcado, en el que sólo reinaban la concordia, la paz, la alegría, entre flores, una de sus pasiones, y la admiración de los suyos singularmente; pues todos sus hijos sin excepción y á cual de ellos más, unían á un acendrado afecto por su progenitor, (que solo

valía más que todos ellos juntos, no se ofendan sus méritos), ese hondo sentimiento, el más grande, el más noble, el más envidiable, siendo la más desinteresada de las pasiones del alma.

¿Ó hay algo más platónico, más espiritual, más sublime que la admiración?

Conteste la juventud, llena de esperanza; ella que sueña con la investigación de lo grande, cuando la virilidad se prosterna.

ALBERDI

Á MI AMIGO EL SENADOR FRANCISCO GARCÍA

I retratti appassionano più che la fredda storia, e la biografia aiuta possentemente al'intelligenza della politica, in mezzo ad interessi così grandi e complicatti.

(ADAMO WISZIEWSKI)

Toda la perfeccion de esta vida tiene consigo cierta imperfección; y toda nuestra especulación no carece de alguna obscuridad.

(La Imitación)

Había oído hablar mucho de este hombre del Interior, — en el Paraná, en Buenos-Aires, en Santa-Fe. Aquí sobre todo, don Pedro de Angelis, mi huésped, por corto tiempo, me dió sobre

él, noticias circunstanciadas. Le habia conocido, cuando por primera vez vino á Buenos-Aires, de Tucumán (1). Yo, de sus libros, poco sabia. Apenas estaba enterado de su contenido.

También oí hablar mucho de él, en Chile (2), donde, como se sabe, estuvo emigrado.

Su nombre y el de Sarmiento eran alli, casi resonancias de distintas vibraciones.

Hablar de uno era evocar el otro.

El recuerdo de sus polémicas personales, tan cáusticas, estaba aún fresco, — siendo esas polémicas una enseñanza de que, en politica, no siempre se concuerda por el hecho de padecer.

Los dos combatian á Rozas; ambos querian derrocarle, — y que el pais se constituyera. Pero

(1) La juventud ignora generalmente que de Ángelis, ayo de los hijos de Murat, hombre de letras, erudito, vino al Rio de la Plata, traído por Rivadavia.

(2) Yo estuve en Chile desempeñando una comisión militar, un año después de la batalla de Pavón.

ese vínculo moral patriótico, no los hacía coincidir, ni en las apreciaciones sobre las cosas de la tierra, que les daba hospitalidad, ni menos respecto de lo que debía ser el mecanismo institucional de la patria, después de la victoria.

Temperamentos opuestos, fisiológica y patológicamente considerados, índole, psicología y mentalidad opuestas, y hasta impresiones opuestas por la cuna natal, — esa vida pristina en las emociones del alma, — estos dos hombres no habían nacido para entenderse.

★

Antes por el contrario, parecían destinados á chocarse y demolerse, á la manera de fuerzas encontradas, convergiendo á un mismo fin. Sarmiento opinaba que el gobierno debía hacerse resistiendo, con un partido, ó sea con fuerzas homogéneas.

Alberdi, en su eclecticismo, creía que era posible gobernar fundiendo teorías y hombres, aunque éstos y aquéllas se excluyeran en principio.

En una palabra: no había entre ellos, aunque ambos fueran superiores, afinidad moral ni espiritual ninguna, y, científicamente hablando, mi pensamiento se completa diciendo: he ahí dos instintos tendiendo á destruirse, á medida que cada uno de ellos se hace más consciente de su *Yo*; y dos *caracteres*, equilibrado el uno, y unificado el otro, vehemente éste, reflexivo aquél.

Un estudio etiológico comparativo de estas dos individualidades, — dada su figuración respectiva, — sería de lo más interesante del punto de vista de las formas típicas, semi-abstractas y semi-concretas; es decir, como manifestaciones mentales abstractas, encarnadas en realidades concretas y vivas.

Sarmiento, siendo un impulsivo, se había puesto al servicio del gobierno oligárquico y fuerte de Chile, — confundiendo el orden con la libertad, — él, el enemigo genial de toda traba.

Y Alberdi, hombre de método y de examen,

lo mismo que Mitre, que Tejedor, que López y tantos otros, — servía allí, otras tendencias, más ó menos consonantes con sus particularidades.

Es un fenómeno.

Así se cumplía la ley de las perspectivas y del ambiente, — esa ley que, desde temprano, decide, casi siempre, de nuestro destino, obrando sobre la naturaleza, casi exactamente lo mismo que obran sobre los sentidos del niño las sensaciones de los primeros espectáculos teatrales.

En el gran escenario del mundo, cada ser humano ocupa un puesto determinado de espectador y de actor. De ahí, que el hombre del llano y el de la montaña, el del mediodía y el del norte, sientan y piensen de diversa manera; hablen, por decirlo así, hasta lenguas inarticuladas, mutuamente incomprensibles. Esas emociones ó tendencias constituyen las reacciones fundamentales del individuo sobre su medio, — háse observado, — y corresponden á las acciones principales de su medio sobre él, ora se despierten en nosotros en los primeros albores de la existencia, ora después, — y tienden á satisfacerse por series de movimientos reales, ó en estado naciente, que corresponden á series de fenómenos de conciencia.

★

Donde menos oí hablar de Alberdi fué en el Paraná.

Sería un error muy grande creer que Alberdi tenía allí partidarios: no era santo de la devoción de los federales emigrados de acá, aquel unitario, *soi-disant,* ni estaba tampoco en los labios del elemento «urquizista»,—aunque se carteara mucho con Urquiza, siendo sus letras constantes, abundantísimas; y, finalmente, no era mentado por los otros círculos electorales, porque *derquistas* y *carrilistas* veían en él un rival en lontananza.

Y, sin embargo, como el espíritu del Creador sobre las aguas, su doctrina flotaba por toda la redondez de las trece provincias,—tanto más, cuanto que, desde París, los hombres de Buenos-Aires y lo que llamaremos hegemonía metropolitana eran constantemente combatidos y fustigados por él, con su eficacia de panfletista avezado; de donde resultaba que eran precisamen-

te los diarios de Buenos-Aires los que (defendiendo sus entidades militantes, y á Buenos-Aires mismo) más hacian sonar el nombre de Alberdi, —y que su prestigio de circunstancias, como hombre viable de acción, así creciera y creciera, siendo para uno que otro iluso una posibilidad presidencial.

★

Se comprenderá entonces fácilmente que, en uno de mis viajes á Europa, teniendo como tenia mi familia en París, quisiera yo ver y conocer, en persona, á este argentino célebre, cuyos escritos diversos, sobre nuestra organización, ya había medio leído y entendido un poco mejor, que en la primera época de mis informaciones,— todo lo cual no era, sin embargo, más que una documentación informe de noticias, de lecturas descosidas, de decires interesados y hasta de preocupaciones. No quiero dejar de insinuar que muchísimas cartas de Alberdi, que habria pre-

ferido no leer, pasaron por mis manos en el Paraná (1).

Hay otra circunstancia especialísima que trabajaba mi curiosidad. Alberdi, estando Rozas en el destierro, quiso conocerle de visu; le vió, pues, y, como se dice en lenguaje llano, se hicieron amigos.

Yo no habia visto á mis parientes hacia treinta años. Fui á Londres, visité á mi prima Manuelita (mi tio no existia ya), en donde vive todavia: 50 Belsize Park Gardens Hampstead, — y ella, (su marido Máximo Terrero, estaba acá), me pidió empeñosamente que no dejara de visitar «al señor Alberdi en Paris».

(1) En mis apuntes, para servir á la historia de mi tiempo, he de aclarar todo esto, poniendo los puntos sobre las *i*'s, quiero decir que todavía he de ser más esplícito de lo que soy en el *Apéndice*, sobre este punto. Estaba yo en esa edad; grata edad! en la que entre robar un reloj y adquirir un autógrafo, que su dueño no aprecia ni cuida, no se hace mayor distinción.

Creo que no carecerá de interés, que diga aquí que durante treinta años, Manuelita no había oído decir de su padre ni una palabra, ni jota. No leía los diarios patrios, no se lo permitían; así es que al oirme hablar á mí de cierta manera, que, seguramente, no era intencionada (habría sido amargarle mi visita; paraba en su casa), se puso pálida y arrasándose sus ojos en lágrimas filiales que daban pena, me dijo: «¡pobre tatita! y él que te quería tanto (1), ¡ah! cuando hables con el señor Alberdi, él, que conocía á tu tío, te explicará muchas cosas».

(1) Efectivamente, así debía ser; me había mandado su banda de general para que la usara cuando llegara á esa jerarquía. Imagínense ustedes, yo, con la banda de Rozas por añadidura, y la inconsciencia del caudillo expatriado. Me pareció mejor quedar bien con ella, y se la regalé al doctor Saldías, que la conserva, creo, como curiosidad arqueológica.

Una vez en Francia, busqué al ex-ministro de la Confederación, cesante de todo cargo diplomático.

Vivía el hombre modestisimamente en Paris en una casa amueblada, más parecida á un hotel, que á una casa de huéspedes, — ocupando dos cuartos con balcón á la calle, una calle triste como él, — con entrada sin salida, lo que se llama una *impasse*. El uno era el aposento; el otro, la sala de recibo ó comedor. Aqui comimos, — siendo yo el que primero fué invitado.

Me acompañaba mi malograda hija Maria Luisa. «Traiga Vd. á su niña, me habia dicho Alberdi, así estaremos mejor; la mujer adorna la mesa; luego, la señorita es tan inteligente que no nos molestará.» Accedi, como era natural.

Yo lo habia visto siempre á Alberdi al través de mi idealidad; sabía que era pequeño de talla, — no me imaginaba, sin embargo, que lo fuera tanto como en realidad lo era.

★

El lector querrá que se le haga cuanto antes, algo así como una silueta en un medallón.

Imaginaos un hombre antipoda de Sarmiento; éste, músculos y fuerza, de manos burdas, ágil como los boxeadores, listo siempre á mostrar los puños por cualquier cosa; aquél, todo lo contrario, un cartílago nervioso, alimentado sobriamente. No he visto nunca dos caracteres sobresalientes más antitéticos, dos naturalezas más discordantes,—como sus letras, como sus procedimientos; la letra de Sarmiento, grande, redonda, clara, casi sin perfiles, una letra gorda, maciza como su estilo vigoroso, preñado; la de Alberdi, una letra puros perfiles, pequeña, ligada por rasgos continuos,—como su pensamiento,—una letra finísima, como su frase incisiva.

★

Joubert, dice: «yo soy como Montaigne, impropio para los discursos continuos», — así era Sar-

miento, como su escritura espaciada, y Alberdi todo lo contrario. En una palabra: Sarmiento tenía una firma neta, como todo él; Alberdi una firma á lo Carril, y si no tan enredada como jeroglífico, una cuasi cifra con cierta coquetería de pendolista.

La salud de Alberdi era mala. Sufría desde años atrás; de manera que mi observación tenía que ser deficiente.

Claudio Bernard dice que las leyes de la enfermedad son las mismas que las de la salud, — que en aquélla no hay más que la exageración ó la disminución de ciertos fenómenos que se hallan ya en ésta.

De aquí resulta, para mí, que no es posible estudiar bien la psicología normal, si no se conocen bien las enfermedades mentales.

Y Broussais, complementa el principio, admitido universalmente, respecto del físico, diciendo: el hombre no es conocido sino á medias si sólo es observado en el estado sano; el estado de enfer-

medad hace parte de su existencia moral, lo mismo que de su existencia física.

Mucho, en efecto, debía sufrir Alberdi,—apenas probó bocado, excusándose. Vino, no tomó. Sólo bebió agua de Vichy.

Estaba vestido de negro, severamente vestido. Aunque proporcionado el cuerpo,—la cabeza parecía no corresponder al busto. Era una cabeza casi homogénea, lo habría sido del todo, si hubiera tenido visiblemente pronunciada la veneración; de perfil que habría podido ser ciceroniano, si hubiera tenido tan desarrollado el órgano del lenguaje, como tenía desarrollada la individualidad, la causalidad y la circunspección,—facultades que explican sus aptitudes naturales de pensador y escritor; lo que era y no otra cosa.

Todo en ella reflejaba, en efecto, penetración, perspicacia, entendimiento, amplitud contenida.

Era, agregaré, una cabeza de ángulo facial, tan abierto que casi describía un ángulo recto, comprensiva, de desarrollo superior; es decir, más

ancha en la cúspide que en la base.—cabeza algo parecida á la de Locke, y que, estudiada con prolijidad, podria acusar las contradicciones de su vida y de su pensamiento.

Sus ojos negros, grandes, soñadores, ni saltados ni hundidos, ojos de pájaro que mira sin remontarse con excesivo vuelo, brillaban con languidez hipocondriaca; la nariz recta, perfectamente delineada, tenia algo de impertinente en la punta; la boca, de labios dulces, blandos, algo carnales, un tanto apretados, abriéndose poco, con cierta ironia amarga, dejaba entrever dos filas de dientes regulares, — la boca, decia, era lo más característico de aquel rostro, que, limpio de pelo de barba, parecia envuelto en una atmósfera de inquietud y timidez constantes,—una inquietud parecida á cierto temor de no ser bien interpretado en sus expansiones comprimidas.

Una idea lo dominaba, no podia ocultarlo; y á ella volvia y volvia á cada paso, llevando la mano hasta rozar y acomodar una mecha abundante de lacio cabello, pertinaz, que medio ocultándola caía persistente sobre la frente marchita y rugosa ya,—una frente de arco poco pronunciado, y en la que, sin el más minimo antecedente, cualquier

observador de hombres habría, como yo, columbrado, todo lo que revela que no se está en el nivel común; lo mismo que en sus manos, limpias, cuidadas con esmero, habría descubierto, que eran sólo para esgrimir instrumentos de artista: pluma, buril ó pincel.

★

No hablaba francés sino con relativa facilidad y corrección,—no obstante su larga estancia en Paris. Los sirvientes parecian tener mucha deferencia por él. Atendia á mi hija con esquisita cortesanía, como si fuera una señora hecha ya; y, conmigo, departía sin que perdiera el hilo de su pensamiento.

Su obsesion era Buenos-Aires...

Quería volver; temía... Explicaba su conducta.

★

Daba no sé qué ver á aquel hombre eminente,—casi murmurando «el que no sabe retractarse, ama más á su persona que á la verdad».

No presentia el 80, sucesos que debian acabar de confundirlo,—lo mismo que no presintió Pavón...

Las incoherencias del alma y de la conducta concuerdan á veces con las vacilaciones científicas.

Así, Alberdi dice en el capítulo XXVI. de las Bases, que lleva por epígrafe, *De la capital de la Confederación Argentina:* «Todo Gobierno Nacional, es imposible con la capital en Buenos-Aires». En 1852, sostiene en Chile, la capital de Buenos-Aires. En 1858, haciendo en Besançon la 2ª edición de su libro, la impugna. Y por último hace una publicación para complementar sus principios, diciendo: « La República Argentina en 1880, con Buenos-Aires por capital ».

Sea de esto lo que fuere, interesándome grandemente su persona, lo induje á venir y se vino, preparándole yo, con mis amigos, una recepción de hombres jóvenes, que le dijera:

Atenas no tiene rencores... Pisad tranquila-

mente las playas del Pireo... Ama el arte, suele olvidar. ¡Ah! pero si tiene olvidos, sabe también alzarle altares al talento y al saber.

Y se vino.

Hice mal.

Su conducta fué una contradicción. Su presencia, un desencanto, — como el mío. El país había caminado mucho, los niños se habían hecho hombres... y jueces.

Él estaba casi cristalizado en el pasado y como aturdido por los acaecimientos.

Debió morir en el ostracismo con sus indulgencias de momento postrero, por y para todo lo que había execrado desde el destierro en las primeras horas de la protesta exaltada, —dejando así su espíritu acá; su cuerpo allá. Su estátua no se retardaría de esa manera, tanto como se hace esperar el monumento, que, á la justicia ó á la gratitud nacional, le reclaman, la memoria imperecedera del pensador genial, en cuyas fuertes páginas *completaron* sus nociones de gobierno los autores de la Constitución de Mayo.

Empero, y para dejar las cosas en su lugar y á los hombres de todos los matices en el pedestal que les corresponde, no perdamos de vista que los estadistas argentinos, — lo mismo que nuestros vecinos,—no han inventado nada nuevo.

Decírselo á la juventud, es hacer acto de sinceridad.

Ella indagará, corregirá, dudará ó creerá. Hay que inducirla, que informarla *bona fide*, primero.

¿No es así?

Hay que apuntarle los hechos ,los fenómenos; ella abstraerá, después de haber hecho su obra de análisis metódico, — su obra de investigación sociológica, minuciosamente, penetrando almas y cosas, lo físico y lo moral.

¿No es así?

¿Ó en historia lo mismo que en la naturaleza, no habla todo, si se le sabe interrogar?

Le vrai, je sais, fait souffrir
Voir c'est peut-être mourir
N'importe, ô mon œil, regarde!

★

Pero es que, precisamente, lo que distingue y caracteriza á nuestros estadistas, es su diverso criterio teórico, su diverso espíritu práctico de aplicación, de asimilación, de oportunidad, dentro de escuelas, de sistemas, de tendencias divergentes, encontradas desde el momento inicial de la revolución.

Hecha *la patria* (1810) la anostomosis popular era un hecho natural, exactamente lo mismo que la unión de unos nervios con otros, en el cuerpo humano.

Sí, lo afirmo repitiéndolo.

En 1810, y desde aquel solemne momento hasta 1852 (caída de Rozas) el mundo estaba entonces como ahora, animado del espíritu de la Revolución francesa, —de ese hecho estupendo que se proyecta en las edades, en las civilizaciones, en todas las culturas; pero que mantiene en pie, á pesar de todo, la eterna dificultad, á saber, si la cien-

cia basta para levantar la vida moral, dando al mismo tiempo satisfacción á todos los problemas urgentes de la vida pública; y cuyo hecho el historiador Mignet sintetiza en estas pocas palabras, tan elocuentes como comprensivas: Ella ha sustituido lo arbitrario á la ley; al privilegio, la igualdad; ella libertó á los hombres de las distinciones de las clases; el suelo, de las barreras provinciales; la industria, de los grillos de las corporaciones; la agricultura, de la opresión feudal y de los diezmos; ella redujo, en fin, todas las cosas á un solo estado, á un solo derecho, á un solo pueblo...

Todo lo cual es la aspiración, el ideal encerrado dentro de las fórmulas de la Constitución, fórmulas que, dígase lo que se quiera, con pocas modificaciones y leves retoques en sus perfiles, son las fórmulas de Alberdi, precursor sapiente de nuestro derecho público argentino (1).

(1) Véase el Apéndice, y se notará, cotejando, la unidad y persistencia de mi juicio.

BUSCHENTHAL [1]

Á MI JOVEN AMIGO ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA

> *Demander, importuner, se plaindre, ramper, se relever à propos c'est tout le savoir-faire de bien de gens. Si ce talent est sans honneur, il n'est pas sans profit; ceux qui l'exploitent n'en attendent pas autre chose.*

Este hombre se llamaba José, y tenía *don*, no porque fuera noble, ni plebeyo, sino porque era

(1) En el Registro Nacional del Dr. Ferreyra, acerca de los negocios del Sr. Buschenthal (ó Bouchenthal) con el gobierno de la Confederación, hay estos antecedentes: El primero, es el empréstito á que se refiere la ley de 11 de octubre de 1885 (tomo I, pág. 981 de dicho Registro), que aprobó la cuenta presentada por el Presidente de la República, de la inversión de las cantidades procedentes del empréstito de 400.000 pesos fuertes, hecho por el

uno de esos, que desde luego se ve que tienen calidad. En los documentos oficiales le ponian «el caballero», y sin ser barón, conde, duque, ni marqués,—tenia más condecoraciones que un museo de antigüedades.

Era y no era, diputado, ni senador, ni ministro, ni consejero, ni coadjutor,—y era todo. ¿Qué era entonces?

Era como si dijéramos «el alma del licenciado», un prestamista de dinero, lo tuviera ó no; un pres-

Brasil y del de 260.235, por Buschenthal. Otros dos empréstitos más; uno, según el tratado celebrado el 14 de febrero de 1853, por el que se le dió una letra de 20.000 pesos fuertes, pagadera en letra de Aduana, y otro por valor de 50.000 pesos fuertes en los términos de los acuerdos de 3 y 9 de abril de 1855 (pág. 659 y 662, id. id.). Decreto del Ministro del Interior de 19 de febrero de 1857 suspendiendo el pago de las letras pendientes aceptadas por el gobierno para cubrir el empréstito hecho á Buschenthal, por D. Jose Ruet, que quedó sin efecto, por acuerdo del gobierno, fecha octubre 17 del mismo año (tomo II, pág. 392 y 600 ib.). Contrato para establecer una línea de vapores para la navegación en los rios Paraná y Uruguay, fecha 14 de setiembre de 1858 (tomo II, pag. 816). Convenio de 10 de mayo de 1859 para la compra de 1.500.000 pesos en bonos de Aduana (tomo II, pág. 34). Decreto de 8 de octubre de 1859, autorizando plenamente al general Urquiza, Presidente de la República, para que pueda disponer de los fondos procedentes del contrato de 10 de mayo, con el *caballero* D. José de Buschenthal (tomo III, pág. 195). Reclamación cobrando 230 onzas de oro importe de *dos carruajes* que le encargó el gobierno de la Confederación, y 2088 pesos que, por autorización del mismo, entregó

tamista de todo, un prestamista que jamás decia,—no, desde que prestar no es dar.

¿De dónde venia, cuál era su patria, su religión, su idioma? ¡Misterio! Era tan difícil saberlo, como averiguar sus pensamientos íntimos, como cifras.

Habia estado en todas partes; hablaba y escribia todas las lenguas, con un acento peculiar, con facilidad, cuasi con corrección; y ningún filólogo habría podido descubrir, por el dejo del acento,

á Mr. Bravard, para sus gastos de viaje en exploración de minas y otros trabajos públicos. El Senado reconoció la última cantidad, pero entiendo que el proyecto fué rechazado en la Cámara de Diputados. En el diario de sesiones del primero, año 65, página 239, se encuentra todo lo relativo á este asunto. Acuerdo de 3 de abril de 1855, autorizando á Buschenthal para negociar un empréstito en Europa, por el valor nominal de 5 millollones de pesos, aprobado por ley 6 de agosto del mismo año, con sólo la modificación del artículo 9 (tomo I, pág. 654 y 754). Acuerdo de la misma fecha, autorizándolo igualmente para establecer un Banco de descuentos, depósitos y emisión en cualquier punto de la República (pág. 657 ib.). Creo que basta para explicar el *don* y el caballero,—de Don José de Buschenthal ó Bouchenthal.

dónde habia nacido ó balbuceado las primeras palabras articuladas. Para decirlo todo de una vez: don José era un jeroglífico, un simbolismo, una sugestión, nacido, decian, en el peñón de Gibraltar ó en Trieste.

Cuándo y por qué vino al río de la Plata, lo veremos más adelante.

Antes es menester echar una ojeada retrospectiva; pintar algo asi como un cuadro, que tendrá cierto matiz histórico.

Los que están un poco familiarizados con los enredos palaciegos de la época de doña Isabel II de España saben quién era Salamanca.

Yo, siendo muy joven, le conocí, emigrado en Paris, tronado, después de haber sido el rey de la bolsa de Madrid.

Era relación de mi padre, á cuya casa concurrian muchos españoles notables: Martinez de la Rosa, el marqués de Valdegamas (Donoso Cortés), el general Prim y otros. Buschenthal habia sido dependiente principal de Salamanca.

★

Un dia, ponderando mi padre la capacidad financiera de Buschenthal,—que ya hacía como prodigios por acá, — el potentado arruinado se encrespó, y su amor propio excitado le hizo hablar así: «déjeme usted de Buschenthal; le conozco como á mis manos; desnudos en la costa de Africa, querría yo que nos soltaran al mismo tiempo á los dos, á ver cuál se vestía primero».

¡Curioso! que en la segunda etapa de la fortuna del famoso especulador en ferrocarriles,—Reus, el que se arruinó en Montevideo, después de haber hecho lo que se sabe, fuera como Buschenthal, en la primera, su brazo derecho.

★

Pero vamos á don José, un hombre que he conocido personalmente, que fué amable, obse-

quioso conmigo, que Santiago Arcos, me completó refiriéndome dichos suyos, —dichos cínicos, pero espirituales, como uno, estando una noche en el teatro del Príncipe en Madrid. Valero, el célebre Valero, el que estuvo aquí, arrebataba al público en el Otelo; todo el mundo aplaudía, inclusive Buschenthal, desde el fondo del palco de los Arcos.— ¿Y usted también aplaude don José? le dice Antonio de Arcos.— Si yo no he sido celoso,—contesta él,—es porque mis circunstancias no me lo han permitido.

Bajo estos auspicios sociales, vino por segunda vez á América don José de Buschenthal, y digo por segunda vez, porque antes, en mil ochocientos treinta y tantos, ya había explotado algo el Brasil, en época más ó menos propicia.

Los brasileros estaban en pañales comerciales aún, de modo que don José, halló algunos negocios de provecho que emprender y cabezas de poco vuelo con que competir.

No tardó, pues, mucho en adquirir lo principal, crédito; mejor dicho, fama de hombre rico.

De ahí á completarse con una alianza, á hacer un buen casamiento, no había más que un paso. Sus atractivos externos, una presencia agradable, unos modales nobiliarios, su porte *comme il faut*, su cultura, su *savoir faire,* en todo, le facilitaban el camino.

Se casó, pues, no obstante una gran diferencia en las edades, con una de las hijas de la baronesa de Soracaba, la célebre Mariquita Buschenthal (de la corte de doña Isabel II), cuya belleza era notable ya á los catorce años. Poco tiempo después de casada con don José, las crónicas de Río referían detalladamente sus aventuras... nocturnas con la conocida Madame Bregaro.

Buschenthal no había nacido para darle mucha importancia que digamos, á la fidelidad conyugal.

Sus hábitos eran los de un gran señor despreocupado, del tiempo de la Regencia,—y, como era

reflexivo, y creía en sí mismo, en sus recursos, sabía perfectamente que, á veces, no hay mal que por bien no venga.

Si hubiera vivido cuando se discutía en Francia el «divorcio», probablemente habría pensado como el señor Viviani, socialista, ahora,—el cual acaba de presentar una enmienda del código penal suprimiendo el delito de «adulterio», ó como el señor Béranger, que al estudiar el espinoso asunto dice: el proyecto es ciertamente interesante y merece ser estudiado.

Por otra parte, y en cierto sentido, Mariquita lo completaba con sus seducciones amables.

Agréguese en descargo de ésta, que Buschenthal no era un marido modelo, sino en cuanto su casa brillaba por la buena sociedad, que á ella atraía como poderoso é irresistible imán, con su cultura exquisita y sus larguezas.

No era esto todo,—uno de mis maestros dice poco más ó menos que las cosas grandes pasan

siempre en medio de una *mise en scène* de la naturaleza, — como las Termópilas.

Buschenthal conocía las leyes de la perspectiva, y sabía que para destacarse bien, ante el público, conviene tener alguna originalidad.

Desde luego se distinguía por su traje blanco como la nieve, desde el sombrero hasta el calzado.

Y siendo perfecto observador de las formas sociales las llevó á tal extremo que, cuando las primeras epidemias de fiebre amarilla diezmaban la población de Rio Janeiro, sembrando el pánico en todas las clases sociales, á punto de que más de un padre abandonó á sus hijos atacados del tremendo mal, y más de un esposo huyó del lado de la infeliz consorte expirante, —él no faltó al entierro de ninguna de las personas de su trato, que el vómito negro arrebataba. Día hubo en que fué varias veces al Campo Santo.

Contribuía á realzar su prestigio, en la alta sociedad brasilera, el ser proveedor permanente, no

del gobierno, sino de los niños, proveedor de juguetes de todos los hijos é hijas de sus conocidos ó titulados amigos. Sus regalos eran á veces inverosimiles, por lo abundante y lo rico.

Todo esto, al parecer, insignificante, lo vinculaba con las familias; así se hacia el ídolo de los niños y penetraba en el corazón de las mamás, subyugando indirectamente á los esposos, cuyo hogar era sincero y entusiasta aliado de Buschenthal, — que ni siquiera descuidaba á las sirvientas, fueran ó no donosas, jóvenes ó viejas, para las que siempre habia un duro á mano, deslizado al pasar.

Se ha atribuido esta originalidad de Buschenthal á móviles del más refinado mercantilismo.

Nó, naturaleza bondadosa, no siempre procedia por cálculo este hombre singular, cuya tendencia instintiva era agradar y estar bienquisto con las gentes.

El mismo procedimiento usaba en el Paraná.

Me acuerdo que una vez se paseaba agitado, diciendo: ¡caramba! y cuando llegará mi balandra!

—¿Qué balandra? le pregunté.

—¡Pero, la que trae mis juguetes! No ves,

hijito, que estas gentes son muy pobres y muy buenas y que, con juguetes, queda uno bien con los ministros!

Á pesar de toda esta destreza social,—digámoslo así,— D. José no logró que D. Pedro II lo tratase con la cordialidad á que aspiraba.

Su empeño en estrechar relaciones con él fué un fracaso, por más que mediaran influencias tan valiosas como las de Dª Isabel II. No hay humo sin fuego.

La causa de esta frialdad, de parte del Emperador, venía de su casamiento con la hija de la baronesa de Sorocaba, sobrina de la marquesa de Santos.

Todos los que saben algo de la crónica social del primer imperio, se explicarán fácilmente cómo Buschenthal no podía lograr nunca la buena voluntad de D. Pedro II, y cómo, ante tamaño escollo, resolviera cambiar de teatro y venirse al Rio de la Plata.

La baronesa de Sorocaba habia sido una de las fantasias de D. Pedro I, y el título nobiliario que llevaba, así lo atestigua á los ojos de las gentes mal intencionadas.

He aquí lo que se dice: el esposo de aquella complaciente amiga del Emperador, habia prestado un servicio público que se creyó deber premiar.

El Emperador lo indicó en consejo de ministros y uno de éstos insinuó que podía hacérsele *barón*, á lo que S. M. dijo: está bien. Pero, barón... de qué...? — Podría hacérsele de Sorocaba, — dijo el ministro. — Perfectamente, — agregó con cierta sonrisa picaresca, D. Pedro I, comprendiendo toda la malicia de su consejero, y no queriendo darse por apercibido del todo.

Esto requiere una aclaración. La región de Sorocaba debe su celebridad á lo monumental de los cuernos del ganado vacuno que allí se produce.

Pero una relación íntima, más ó menos pasajera de D. Pedro I, no era racionalmente bastante

para enconar á su hijo contra todos los miembros de esta familia.

Los que no ignoren la influencia que la marquesa de Santos tuvo en la familia imperial, se explicarán, sin embargo, fácilmente el rencor de D. Pedro II.

La marquesa de Santos fué una especie de madame de Maintenon del primer reinado; ejerció un dominio tan absoluto sobre el Emperador, que no sólo lo separó de la Emperatriz, sino que lo subyugó por completo. En San Cristóbal, cerca del palacio imperial, se levantó el palacio de la marquesa, al que concurrían, no digo los que aspiraban á bienquistarse con el Emperador, hasta los mismos ministros y consejeros, á tratar los asuntos de Estado.

La marquesa de Santos, aunque sin pensarlo, ha llegado á tener alta influencia en los acontecimientos del Rio de la Plata. D. Pedro I, tenia un gran plan que debió cambiar la faz de la guerra que sostenia el Brasil con la República Argentina. Ese plan consistía en atraer hacia Rio Grande,

por medio de una falsa retirada, estratégica, todas las fuerzas organizadas argentinas, hasta llevarlas cerca de la ciudad de este nombre.

Una vez conseguido esto, el ejército brasilero debería embarcarse para dar de sorpresa, un golpe en Buenos-Aires, entonces desguarnecido. Este plan lo quería desarrollar con todo sigilo y personalmente.

Pocos días antes de su salida para el teatro de las operaciones, tuvo un altercado con la Emperatriz. La régia consorte era celosa y Don Pedro I, violento, sobre todo cuando le tocaban á su favorita. En este caso llegó hasta la brutalidad. Los golpes que recibió la Emperatriz, tuvieron gravísimas consecuencias, para la América. Estando encinta, se enfermó de gravedad y Don Pedro I, que ya había ido á Rio Grande, tuvo que regresar con precipitación á Rio Janeiro, abandonando así momentáneamente la empresa en que estaba empeñado.

★

También la marquesa fué causa de que el atrevido plan no se realizase.

Durante la ausencia del Emperador, los ministros, por influencia de la Emperatriz, sin duda, no continuaron dedicando preferentes atenciones á la marquesa. Más petulante que ambiciosa, no perdonó lo que tomaba como un desaire, y sus quejas dieron lugar á que el Emperador despidiese á su ministerio, surgiendo asi dificultades de politica interna que lo entretuvieron en Rio Janeiro.

★

La afección de Don Pedro I por la marquesa de Santos persistió hasta sus últimos dias. Una vez muerta la Emperatriz, manifestó deseos de casarse con ella, y, encontrado dificultades, se dice que se casó morganáticamente. Hay, sin embargo,

un hecho indiscutible, y es, que legitimó á dos de sus hijas: á la duquesa de Goyás, que fué educada con la familia real de Purtugal, y á la condesa de Yguazú.

Pero volvamos á Buschental,— cuyo teatro acababa de ser el de Salamanca en Madrid,—y volvamos para verlo otra vez en el Brasil, donde nada de provecho hace, coincidiendo los sucesos con la caída de Rozas, organización del gobierno del Paraná y reorganización de las finanzas orientales.

Él es el eje, el gran *pivot;* al rededor suyo gira todo, lo chico y lo grande, que se traduce en una fiesta ó en un negocio de provecho, de corto ó largo aliento. Él es el que da cobre cuando falta; él, el que sugiere la creación de bonos; él, el que vende armas y vestuarios, y no caro ni barato, y no comprando hombres (le bastaban juguetes y algunas plantas de invernáculo) sino interesando mucho á las mujeres con sus saraos, sus comidas, sus paseos, sus cabalgatas,—con toda clase de fiestas suntuosas.

Su nombre está en todos los labios.

Nadie sabe cuánto tiene, ni lo que tiene, real ó postizo, si se pinta ó tiene dientes artificiales, si es ó no, realmente ceceoso, — porque ceceaba; y muchos creen que es tonto, porque tiene siempre la boca algo abierta, medio mostrando la punta de la lengua, y por más que sus grandes ojos negros, llenos de fuego y toda su cara estén diciendo á voces: *je suis quelq'un.*

Todo el mundo cuenta algo de él, hasta cuando se quema parte de la casa de Gobierno aquí, — se atribuye á un manejo de sus colaterales. Porque él ocupaba á gentes las más extrañas, y habilitaba lo más inesperado: lo mismo que construye hoteles para sus sirvientes fieles (en Montevideo el Hotel Oriental) los monta aquí, donde Vincent funda el «Hotel de la Paz», — *Vincent, son chef cordon bleu.*

★

De mí se queja y dice que tengo mal corazón, porque en la prensa, en *La Patria*, mi diario, sarmentista, que redacta Aristóbulo del Valle, se combaten los famosos bonetes colorados,—los que trajo Derqui á Pavón, que la Nación debió pagar y pagó; se queja y observa que nada me va ni me viene en la cosa, que un hombre de talento no ataca, sino cuando algún provecho reporta de, ello,—y al quejarse le dice á Saint-Hilaire, otro interlope como él,—de menos agallas, católico y carlista, compadre mio, al que le propone algo gordo, á lo que *quand-même* no se animaba: «¡y qué! los extranjeros hemos venido á América á enseñar la moral, hombre!... un negocio tan bonito!» Nada menos que algo parecido á una simulación provisoria de bonos... que se hizo ó no.

Mezcla pueril y masculina de pequeño y de grande, se ocupa del detalle, ínfimo si se quiere, y tiene previsiones de trascendencia, inesperadas.

Por eso toma carta de ciudadanía, invocando el

artículo 20 de la Constitución, en cuanto les ha prestado algunos servicios á los hombres de la Confederación.

¿Para qué?

Aquí está lo práctico: para hacerse nombrar ministro diplomático cerca del Rey de Nápoles.

Dándome reglas de buen vivir, — un día, — me enseña á mí que no se deben convidar 10 personas á comer sino 6 ú 8 ó 12, por razón del envase de cada vino y tamaño de las copas, lo que si no se tiene presente, permite que el mayordomo abra, so pretesto de una copa que falta servir, una botella más para él. Yo manejo mi bodega, me dice, como mi libro de caja, y en ella hay vinos finos y ordinarios; los finos, para empezar; los ordinarios, para concluir, como el Champagne; porque á cierta altura de la mesa, ya nadie distingue.

Y á González, su cajero, un español honesto y cándido, aunque entendido, le dice: guarde las riojanitas (onzas), que son muy reproductivas, esperando un giro que llega al fin, sin la leyenda

con *exclusión* de riojanas, por miles de onzas, — de que entonces se deshace, con sumo provecho, por la depreciación que tenian, y por más que le quieran poner pleito.

He dicho al principio que nadie conoció su pensamiento íntimo. La reserva y la discreción eran en efecto sus dos grandes fuerzas. Por casualidad se supo que usaba dentadura postiza, en un paseo que hicimos con damas de coturno á la colonia Esperanza, en Santa-Fe, — y por casualidad, vi yo, en su mesa de noche, un libro con este título: « El arte de robar ».

¿ Fué su biblia ?

No lo sé.

Sólo sé que Don José de Buschenthal era un hombre irresistible y que sin ser precisamente un corruptor, era un peligrosísimo tentador, y que en el Paraná, cuando al ministro de Hacienda le decian: ahí está el señor Buschenthal, — su primer movimiento era estremecerse y prepararse. D. Mariano Fragueiro decia: este Buschenthal me fasci-

na, tiene un modo de mirar, que parece que me atrae como un boa constrictor. Para que no me lea en mis ojos, me pongo mis gafas verdes.

Si era más de lo que he pintado, Mefistófeles lo sabrá. No puede decirse de él: *cet animal est très mechant, quand on l'attaque il se défend.* Él no ataca nunca, se queja, se lamenta; su táctica es la de nuestro negro, vendedor de pasteles de marras: «llorá ñiño... que no llora no mama». Jamás habló mal de nadie, ni encontró fea una mujer, ni viejo un hombre, sino que á todos y á todas los halló agradables y de cierta edad; no tiene secretos ni confidencias; es un arca, que recibe lo ajeno, y los negocios los trata como asuntos de arte; no es avaro del dinero, y sólo comprende que es un resorte, un medio y un fin, que puede aproximar á la felicidad...

Ama á las mujeres y no puede vivir sin los hombres; es el animal más humano que en este sentido puede darse.

Jamás come *solo; sólo* está *solo* en su aposento.

No tiene moral, tiene reglas; no tiene principios, tiene modos; toda su filosofía, se encierra en esta máxima de Machiavelo: « el hombre debe saber *simular* »; y su gramática parda es ésta : Con arte y con engaño, se vive medio año; con ingenio y con arte, se vive la otra parte.

★

Todavia estoy averiguando, si era cristiano, mahometano, budista, protestante, — y lo único que sé es que no era, con y sin retruécano, *católico*... y mucho menos, católico, apostólico, romano.

APÉNDICE

Las páginas que siguen tienen por objeto completar las anteriores, — probar que no rehuyo el juicio contradictorio y que no se ha dicho, con justicia, que carezco de sinceridad histórica, en vez de acusarme de insuficiencia.

LOS HOMBRES DEL PARANÁ

(RETROSPECTIVO)

Un artículo que no carece de cierto *humour*, inserto en EL DIARIO, el sábado último, me obliga, á pesar mio, á poner estas líneas.

No son una rectificación al Sr. Amadeo de los Rios (pseudónimo) sino algo así como un pedido que el lector se servirá traducir de aquesta manera: ruego al respetable público que no me interrumpa.

Me *corregirá* así que haya concluido unos treinta ó cuarenta (1) como bosquejos, — de muertos, que figuraron en la Confederación (ó sean las 13

(1) Los que faltan van en el 2º volumen.

provincias, durante la segregación de Buenos-Aires).

Me corregirá, sí, porque es posible que incurra en algunas equivocaciones de tiempo ó lugar, de hecho; así como también puedo ver, ésto, con anteojo de larga vista, aquéllo, con microscopio; todo, más ó menos bien.

Lo que no es posible, sin pecar de mala memoria, *sospechosa*, es que afirme cosas personales, que cojeen de inexactitud.

Me parece que si el respetable público quiere ser deferente, siguiendo mi consejo, por no decir haciendo lo que le ruego,—será mucho mejor para ambos.

De lo contrario, me veré forzado á hacer caso omiso de toda interrupción y, no siéndolo, pareceré descortés.

El señor de los Rios, dice: que con el juicio de los que charlaban en la « trastienda de su casa de negocio » podría señalar las prominencias y las depresiones de muchos de los que figuraron entonces; de Urquiza, de Derquí, de Juan María Gutiérrez, del célebre Lavaisse, que nos regaló la primera intervención de la República, de Zuviría, *de Carril*,—« de quien, francamente, no me acuer-

do que el general Mansilla haya sido secretario».

El lector es, por regla general, suspicaz, aficionado á leer entre renglones, y crédulo... hasta por ahí. Esto último particularmente.

El padre de la crítica moderna, el sabio Feijoo, este Voltaire español,—más científico que él en muchas cosas, dice por eso: «El que lee la histo-
« ria, ora sea la general del mundo, ó la de un rei-
« no, ó la de un siglo, *sólo por un autor*, todo
« lo que lee *lo da por firme* y con la misma con-
« fianza lo habla ó lo escribe, si se ofrece. Si des-
« pués se aplica á leer otros libros, cuanto más
« fuere leyendo más irá dudando; siendo preci-
« so que las nuevas contradicciones que halla en
« los autores engendren sucesivamente en su es-
« píritu nuevas dudas; de modo que al fin halla-
« rá, ó falsos ó dudosos muchos sucesos que al
« principio tenia por totalmente ciertos».

Para dar una demostración sensible de esta verdad,—introduciré un ejemplo: Luego que se ejecutó el feliz viaje de Colón á América, todo el mundo le *atribuyó* la gloria de ser el *primer descubridor* de aquellas vastas regiones. *La voz común, aún hoy, está por él...*

¿Qué se deduce de lo último subrayado? Que hay algunos, muchos, que ya no creen lo que primero se le *atribuyó* al intrépido genovés.

El caso mio, ahora, con el señor de los Rios. Yo puse el otro dia una nota (las notas tienen por objeto, aclarar ó reforzar el texto), que decia asi: « era yo muy joven, su secretario intimo y aquel *don* tan solemne me encantaba, creia pensar y escribir por mi mismo, y era una sugestión lo que me movia ».

El señor de los Rios escribe lo que se ha leido arriba, suprimiendo por ocioso para su propósito, el *intimo* y lo demás; pues no me corrige, ni me rectifica, en lo fundamental (es un incidente de su articulo chispeante enderezado al señor D. Angel Floro Costa). Pero el público, el lector, ante ese sencillo decir « no recuerdo », ya duda de lo de « secretario ». Lo de *intimo* no le hace mayor fuerza, y creyente al principio, se sonrie como diciendo: quién sabe! Quizá se dice otra cosa,— y eso, que el señor de los Rios no es más que un nombre supuesto; ¿qué seria si firmara Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López ó algún otro de la misma envergadura intelectual?

Mi secretaria intima (sin sueldo votado por el

Congreso), sería así algo por el estilo del descubrimiento de América por Colón, en el que muchos, hasta sabios, no creen.

Otro ejemplo, para que se vea cómo es el criterio del lector por lo común. El señor de los Ríos dice: «Asisti en varias ocasiones á la barra de la Constituyente primitiva y á la barra de la *reformadora* después». Yo le salgo al paso (es un modo de decir, por vía de demostración), y le arguyo: Yo fui secretario de la Convención reformadora (por eso está mi nombre en la Constitución); y *no lo ví* en la barra al señor de los Ríos (la Convención se reunía en una sala del Cabildo de Santa-Fe, en la que ahora tiene su despacho el gobernador). El lector, al leer eso, piensa: qué raro que haya estado este señor en la barra (se supone era señor de respeto), y que el secretario no lo haya visto...! y ese raro se parece á un cuasi «ha de estar trascordado ese caballero». El argumento no tiene mientras tanto sino un poco de malicia sugestiva.

En el caso concreto yo no estoy *trascordado:* me acuerdo como si hubiera sido ayer que fui secretario íntimo del Dr. Carril, en la estricta acepción de la palabra. Y no sólo estoy viendo las escenas, como el señor de los Ríos, sino algo más.

Él dice « y algunos que estoy viendo, pero cuyo nombre ya no recuerdo ». Ese algo más es que yo tengo los nombres de los diputados y senadores del Congreso del Paraná (con sus notas correspondientes, observaciones y otros detalles menudos); en los momentos, á que me refiero, eran:

Diputados

Ministeriales:	*Centro:*	*Oposición*
Navarro (R.G.).	Quesada (Vicente).	Gutiérrez.
Navarro (M. J.).	Araoz.	González.
Lucero.	Alvear (Emilio).	Mansilla (yo).
Daract.	Posse (F.).	Pardo.
Condarco.	Durand	Posse (J.)
Ocampo.	Colodrero.	Feijoo.
García.		Gallegos.
López (Tiburcio).		Garzón.
López (Ricardo).		Rodríguez.
Ramiro (coronel).		Frías.
Soria.		
Comas.		
Chenaut(coronel)		
Victorica (B.).		
Díaz Rodríguez		
Gordillo (C.).		
Gordillo (O.)		
Luque (presidente).		

Senadores

Ministeriales:	*Centro:*	*Oposición :*
Leiva.	Urquiza (D.).	Zapata.
Vidal.	Guido.	Delgado.
González.	Ferrer.	Godoy.
Díaz Vélez.	Calvo.	Saravia.
Crespo.	Bustamante.	Vega.
Figueroa.	Taboada.	Zavalía.
Echagüe (el general).		Campillo.
Arias.		Elías.
Núñez.		

Todo esto está casualmente en un libro de memoria, que comienza (la 1ª serie) el 25 de Agosto de 1850,—tenia yo diez y siete años,—libro que casualmente tuvieron ocasión de ver las otras noches, en esta casa de Vds., mis lectores, los señores Osvaldo Magnasco, Antonio Dellepiane, Carlos Rodríguez Larreta, Marco Avellaneda y Joaquín V. González. Es un libro en el que se contienen mis primeras impresiones de viajero marítimo (singlaba para las Indias Orientales solo, en un buque de vela mercante, la barca ame-

ricana « Huma ») y unos versos « Á la luna» (un ladrido), versos malísimos, aunque no tanto como otros, que he tenido no obstante el buen sentido de no dar jamás á la estampa.

Como se ve, no es documentación lo que puede faltarme cuando eche ojeadas retrospectivas,—faltarme á tal extremo que me olvide de si fué la cosa A ó B,—sino criterio filosófico para juzgar los hombres, las cosas y los sucesos que pasan sucesivamente por el panorama de mis recuerdos y pinceladas históricas.

Con que así, lector amigo, lo dicho: si algo digo incorrecto, y aun molesto, un poco de paciencia; se me contestará cuando haya concluido: *Omnia vincit labor;*—ya! Pero á condición de no ser perturbado en la tarea.

L. V. M.

INDE IRÆ (*)

EL SECRETO Á VOCES

(RÉPLICA)

Sí, pues, así es; y sin embargo no puedo decir que carezca de razón en absoluto. Siento en el alma que el manto de misterio en que deliberadamente se envuelve, con tan poco disimulo, me obligue,—so pena de faltar á la cortesía literaria,—á respetar su careta. Para el público en general, Lavinio es una cifra. Para los que saben que todo estilo tiene su color, y hasta su olor y su sabor, la disertación sabia y cuasi amable de EL DIARIO

(*) No reproduzco el artículo á que contesto aquí, por ser innecesario para la inteligencia del lector. Pero sí reproduzco, más adelante, el que vino en seguida y al que contesté con el « Párrafo filosófico » del final.

de ayer al rededor de mi nombre, es como «El secreto á voces» de Calderón.

El autor está cantando,—y á mi medio se me ve sacando las narices entre «los hombres del Paraná».

Hay en este escrito, como en un cuadro lleno de color, mucha fantasía al lado de alguna realidad. Nada me molesta. Todo me deja á gusto, conmigo mismo, preguntándome no obstante,—si ese soy yo. Es claro, el que me mira, el que me observa, el que me estudia, — es quien me debe conocer, más ó menos bien. Es una hipótesis.

Pero ¿es bueno, es conveniente, es usado el procedimiento entre hombres de pensamiento y de letras? Generalmente no. Se admite el pseudónimo, como disfraz del autor. El actor, el personaje, el sujeto que se quiere poner en escena, destacándolo, hay que nombrarlo, ora sea un muerto, ora sea un vivo, que es el caso mio, según barrunto.

Por consiguiente, lo que no ha hecho Lavinio lo hago yo: me denuncio, me nombro. Luego si se ha reconocido Vd., debe estar parecido,—se dirá? Nó. No arribo á esa conclusión; porque en arte hay como en el tiro al blanco, precisión, y un poco más

y un poco menos: un melón pintado, no deja de ser un melón, pero para creerlo natural, ¡cuánta dificultad!

Pero vamos á mi objeto, que resumiré en brevísimas palabras. Desde luego afirmo que Lavinio es un alejandrinista ó si se quiere mejor, un humanista,—que, si no ha pasado, pasará por una de estas tres fases (es la ley), la admiración, la imitación, la emulación. Ojalá se quedara en la primera! Sería más feliz. Es la opinión de los grandes maestros. Dice que conoce directamente la historia, es decir, que se presenta como testigo ocular, documentado, — *de yapa*. No parece. La impresión que me deja, es que hay mucho de refracción. Que yo me muera de más de cien años es posible, estoy listo para eso y para lo otro. Pero que mi padre muriera de un siglo, es históricamente inexacto. Murió de ochenta y uno.

Detalle! se murmura interiormente. Convenido. Pero es que la historia es eso,— detalles, lo mismo que en pintura, en escultura, en literatura. Por los malditos detalles, Honorato Balzac, que ha escrito como pocos en cantidad y calidad, corregia sus pruebas... hasta veintiuna veces! Voltaire decía por eso: «todo lo que sabemos

bien ciertamiente es que todo es incierto ».

Creer que porque se ha estado real y efectivamente en un lugar, ó porque se *está estando* en virtud de referencias más ó menos *detalladas*,—se ha visto ó se está viendo bien, es introducir la *bonhomía*, el candor, en la crónica, cuando lo que se pretende es ser sincero.

Sí, lo repito, en otros términos: la verdad no es solamente lo que se siente ó lo que se ve; es lo que se explica, es lo que *se liga*. Por este lado falla un poco mi pintor,—amable. *Trop de couleur, mon cher*. Y después, ¿hasta dónde la confidencia, el consejo, ó la paradoja de salón deben entrar como elemento psicológico en el cuadro de la mentalidad? Es una dificultad enorme. No ha sido superada, con todo el éxito que yo habría deseado, por Lavinio, tan vigoroso en algunos toques. En una palabra, falta sobre todo la *síntesis*.

La síntesis, que es lo que distingue la sensación del hecho bruto; lo que ha hecho decir que la síntesis es « una haz de hechos ».

Tengo prisa, estoy urgido, y hace frío,—agréguese que no quiero esperar á mañana; concluyo, pues, con una observación final. Que fué siempre (el personaje) un clásico extravagante, se dice.

Francamente, esas dos palabras se sorprenden viéndose juntas, más que yo de ciertos anacronismos del pincel.

Ser clásico es responder en todos los tiempos á ciertos estados del alma y de las pasiones humanas. Eh! tenemos aquí lo de siempre y como yo se lo decía, los otros días, á Indalecio Gómez: ¡qué difícil es hallar la fórmula de una sensación!

Demócrito sólo conocía cuatro colores: el negro, el blanco, el rojo, el amarillo. ¿Se dirá por eso que los antiguos no veían el azul del cielo?—se pregunta; la contestación es: el cielo era azul para ellos como para nosotros; pero lo que acabo de decir,—«no habían hallado la fórmula de la sensación».

Me pasa á mí esto con frecuencia. Á Vds. los que me leen,—no? Los felicito. Y hago punto... porque, Lavinio... venialmente, *inde irae*... la suya, yo soy uno de los primeros en reconocer su talento.

L. V. M.

LOS HOMBRES DEL PARANÁ

UNO DE ELLOS

Que la verité a coutume
D'accoucher en lieu secret.

Era legítimo butibamba y butibarreno, no pudiendo decirse de él, como del ilustre magistrado de Roma, que carecia de abuelos. Caia al Paraná mozo de veinticinco años—habia nacido el treinta y uno, según me parece habérselo oido decir á él mismo. Caia al Paraná, realmente nada, como cualquier esperanza; virtualmente algo, que podía tornarse mucho. No era, pues, de *los nuevos*, porque traía el impulso estimable de su tradición gentilicia. Pariente de don Juan Manuel, cuya historia flotante ha sido amasada con levadura unitaria é hijo

de gobernador que tenia inspiraciones ilustradas, pero también muchos de los defectos del medio anárquico en que actuó y que lo mismo promulgaba constituciones de un sabor liberal, tanto más grato cuanto más novedoso, que mandaba aherrojar á cualquiera y algunas veces de á dos con el mismo grillo.

Yo aprendí la historia en Tácito, porque el otro del tiempo de Adriano se me ocurre exacto, pero muy frio. Y por eso tengo recogidos algunos caracteres del Paraná, según las enseñanzas austeras del primero y no arropados en la anécdota íntima del sistema de Suetonio.

Tradiciones y documentes, completándose y controlándose recíprocamente, deben ser los materiales de la historia y sus derivados. Y un criterio despojado de afecciones, de recelos y de odios, analítico al par que sintético, generalizador al par que prolijo, he ahí todo lo que reclama la pureza del género.

Y yo tengo tradiciones y documentos—diarios, actas de sesiones, cartas y libros. Pero tengo las más minuciosas tradiciones y especialmente las de la casa de don Mateo García, en cuyos salones hay que sorprender á este mozo. Si hoy

viviera, no habría de confundirme otra vez con generales, por más ilustres que fuesen.

Era apuesto, marcial, enhiesto. De rasgos rectos y rápidos. Tenía en la cara, sin ser dura, algo más de hueso que de músculo. En la frente, un poco más de dos líneas hacían su curva; en la órbita, el diseño había arrojado menos una curva que un ángulo entrante, acentuado, hondo. Levemente salientes las cejas, penumbraban un ojo de mirada vivaz, movediza y penetrante. La conservó hasta su vejez. La edad le estrechó la envoltura muscular del globo; pero la pupila negra destelló siempre una visual como luminosa y enérgica que uno se imaginaba perceptible.

Y eso que alcanzó á la edad bíblica de cerca de cien años, cumpliéndose así con maravillosa exactitud sus propios pronósticos revelados en el seno de la íntima amistad.

Venía tan sólo con capital de inteligencia, de monto todavía inapreciable;—quiero decir que llegaba al Paraná, pobre, como los mozos de entonces y como la mayoría de los viejos. Su actuación comenzó, naturalmente, en la modestia de toda iniciación pública. De ese obscuro ambiente

salen los unos—muy pocos—lustrosos para la vida política: son los predestinados; otros, los más, se atascan en un irremediable anónimo, como los escolares chambones en las fragosidades proverbiales del *quis vel quid*.

En aquella época, Emilio Alvear, luchando afanosamente por la vida, se resignaba á enclavarse en un juzgado de Gualeguay. Del Gualeguay de entonces! Pero tenia tiros para salvar el *quis vel quid* mortificante y largó un dia el juzgado para iniciarse en el paloteo del suelto noticioso. Ezequiel Paz ya asentaba la planta sin las incertidumbres de los primeros pininos que acababa de salvar para siempre, y Benjamin Victorica, más preparado y más afortunado que ellos, encabezaba el grupo, amistosamente aureolado de una autoridad reconocida, de que dan cuenta muchos interesantes escritos de la época, que se hallan en poder del que suscribe.

Joven, era lo que fué hasta su muerte.

Su morfología intima tenia proyecciones en la originalidad agresiva de sus pulcras pero varoniles exterioridades; y, si las singularidades del carácter y de los gustos tradujesen singularidades orgánicas internas, este mocito del Paraná

debia tener un acomodo peculiar en el fondo anatómico de su nervio.

Pobre, pero correcto; correcto, pero en manera suya y, si las digestiones vulgares no corrompiesen la pureza originaria del habla, yo podría decir, sin abundamientos mayores, que era entonces, como lo fué siempre, un clásico extravagante.

La cabellera, abundosa, ondulada y fina; de esas que, sin ser irreverentes, son como desenfadadas—caía con todo el natural aplomo de su abundancia hasta el borde bajo del cuello doblado de la época.

Y él, por fuerza de aficiones congénitas, de que jamás logró despojarse, acentuaba la moda de aquella melena del cincuenta y ocho, pegada sobre el pabellón de las orejas, que puede verse aún en los albums del tiempo. Nota gráfica de tan interesante pasado, aquí está entre mis papeles, la colección fotográfica que perteneció á mi padre—víctima también él, para siempre, de la liturgía capilar de entonces.

Habia vivido en Santa-Fe en tiempos de *Mascarilla*, pero á las precocidades impulsivas de su temperamento de puro ímpetu, cuadraba más el ambiente vivificante de la capital de la Confede-

ración. Se iniciaba, también él, en la útil labor del pensamiento y empezaba á saber pensar. Leia lo que á mano le venia sin pasar nada por el cernidor. Por otra parte, no tenia á quién salir con reposos moderadores de linfa y era por eso su modalidad eminentemente centrifuga.

No era un agresivo, como algunos años después se le creyó; pero, cuando lo podia, era un defensivo implacable. Yo creo que el desenfado peculiar de su modalidad, aparentemente absorbente, y las exageraciones de su altivez sin sinovia tenian que obstruir en algo su trayectoria de joven que se siente lanzado. No pudo avenirse con los ministros, ni con Alvear, ni con Paz, ni con Bedoya mismo. Él confesaba después su inexperiencia de la vida politica.

Puede recorrerse hoy, como yo lo he hecho hace tiempo, la vieja pero substanciosa colección de *El Nacional Argentino*, del Paraná. Aunque lo hubiera querido, no habria podido ocultarse. Y en toda su vida fué, en este punto, un concluyente demostrador del aforismo de Buffon. Tuvo estilo, pero de él solo, estilo extraliterario; tuvo dicción predilecta, prosodia predilecta, construcción predilecta y esos mismos guiones ortográficos, que ja-

más desheredó en las prodigalidades millonarias de toda su vida de cerebral desasosegado.

No habría sido difícil presentir entonces su camino y el modo de su camino. El arbusto tenia que adquirir más amplias frondosidades, pero iba á ser siempre de la misma corteza y de idéntico liber.

Tuvo que sufrir la ley de su temperamento en las transiciones bruscas de su moral, á veces deprimida, á veces hiperestesiada. Así, en algunos días, era una estrofa de poema heroico, del estudiante de Salamanca por ejemplo,—no se olvide que Espronceda era el poeta de los tiempos y que en todos los pueblos de Entre-Ríos, y principalmente en el de mi cuna, se estilaba la serenata nocturna con un « trae, Jarifa, trae tu mano » – y en otros días, era una décima filosófica de Segismundo ó un terceto melancólico de la Divina Comedia. Hoy, escribía en constitucionalista; mañana, en oportunista; sabía transigir, dentro de su órbita modesta de redactor, con las imposiciones dolorosas de la política de Génesis que caracteriza aquel período de labor trascendental, ó erguirse varonilmente con arranques juveniles, que le hacen honor, contra lo que él juzgaba además de ilegal, inconducente.

Córdoba dió que hacer un dia, como Santiago con su Lavaisse ilustre, como San Juan con la invasión vandalicia del Chacho y como el resto de las provincias en que la politica de Buenos-Aires se dejaba sorprender.

El Imparcial, cuyas tradiciones de inteligente virilidad, vivirán perdurablemente entre los más honrosos recuerdos de la ciudad llamada docta, protestó en un articulo de temple épico contra la medida del gobierno central. El joven del diario gubernista no pudo deglutir la providencia y la pluma del redactor—*obmutuit*—enmudeció para el asunto.

El ministro del Interior le hizo saber las exigencias de la causa nacional y él, dejando correr raudamente la pluma á impulso de un noble arranque de constitucionalismo idealmente diáfano, contestó: «yo no soy máquina de votar el servicio de los ministros; la intervención á mano armada *en una provincia no rebelde*, no sólo no es constitucional, sino que no puede convenirnos. Mi pluma es inexperta é inhábil y como esto es punto de derecho constitucional, que el ministro me favorezca con unos cuantos articulos como los que suele mandarme. Mi *bestia* la sacrificaré á la

causa política á que pertenezco; pero mi personalidad moral, no, nunca, jamás. Yo no quiero parodiar á B. que sostiene que el gobierno nacional debe intervenir siempre, cómo y cuándo le cuadre, porque hay un instinto popular que en las grandes emergencias lo primero que se pregunta es: ¿qué hará el gobierno? Y yo en esto sabré menos que B. pero tengo más buena fe que él y no voy á desnaturalizar con mi pobre palabra los principios más claros y obvios de la Constitución».

Por desgracia, tan pura página era mero resplandor del talento. Á haber sido programa ¡qué hermoso porvenir el de este joven!

Nunca creyó, á no ser teóricamente, en la eficacia de las oposiciones. Bien sabía él que no era ese su ambiente. En eso tenía más que convicciones científicas, suposiciones orgánicas de esas que radican perdurablemente en las idiosincrasias de la organización. Por eso, presidencial, brilló siempre; opositor, se debatió estérilmente con patriarcal candor ó se obscureció.

Era anti-derquista, como la inmensa mayoría de los hombres viejos ó jóvenes del Paraná, pero decidido sostenedor de don Justo y de la política

de la Confederación contra Buenos-Aires disgregada. « Creo que he dado pruebas de adhesión al actual orden de cosas », decia una vez. Y en otra ocasión exclamaba: « Monte el general Urquiza mañana, hoy mismo, yo estaré á su lado ».

¡ Mero resplandor del talento !...

Estimaba y mucho á Carril, pero detestaba á Bedoya; era amigo « de todo corazón »—y no ponderativamente—de Benjamin Victorica, pero no se avenia con la « prosopopeya impertinente » de Emilio Alvear; reconocia las envidiables prendas de talento de Juan Francisco Segui, pero se reia en grande de unas cuantas figuras « escuálidas » del Congreso. Á Urquiza lo respetaba profundamente, pero el ambiente de la época le hacia odiar á Mitre. Y lo odió con ese odio político que no humea desde el fondo del alma y que es tan pasajero como las circunstancias que lo engendran. Cien veces se arrepintió más tarde.

Con razón, solia decirme después : « Tres cosas necesita usted, doctor. Pasee más por la calle Florida; déjese caricaturar en los periódicos y no critique la Divina Comedia de Mitre » !

También en su temperamento cálido no podía haber nieves de puna. En la atmósfera de su al-

ma, como en efervescencia perenne, podía vibrar el retumbo de cualquier estallido pasional; pero él mismo sentía alejarse y desvanecerse la tormenta con la rauda fugacidad de los cúmulus estivales.

Mil facetas tuvo. Era un metamórfico, con multiplicidades de esas que requieren el recurso de la fotografía instantánea para la fijeza del retrato.

Por eso mismo, aunque lo hubiera querido, jamás habría podido ser un persistente—un persistente del pensamiento ó del criterio; un persistente de la predilección ó del encono; un persistente de escuela filosófica ó política, porque había venido al mundo refractario á todo lo que es programa y á todo lo que es sistema. Y así, en la acción—concepto genérico—podía ser un decidido por el amor propio ó por la abnegación; pero difícilmente, por la convicción, que no admite olvidos ni desgastes.

Es que era un mental sin disciplina ni régimen, cuyas claridades de inteligencias eran chispazos sucesivos, pero nunca luz continua.

Y en todos los órdenes de sus manifestaciones respondió invariablemente á las exigencias incoercibles de su fondo orgánico.

Así, tuvo auroras de creyente y era supersticioso; fué después liberal y mundano, como dicen los ortodoxos; tuvo momentos de nihilista filosófico y lo declaró así. Yo le oí hacer apología entusiasta del excepticismo. Tuvo, otro día, veleidades públicas de socialista convencido, y pregonó el sistema. Abrazó y defendió después la idea religiosa. En su última diputación, del 96 al 900, fué un dócil del catolicismo; y, por fin, le hemos visto morirse en la religión de nuestras tradiciones públicas.

Múltiple, siempre múltiple; pero de fondo invariablemente idéntico. Arcilla, de esa que adquiere mil formas bajo la presión de los dedos del artista, pero siempre la misma arcilla!

Circunscrito, como debo, al periodo de la organización nacional, no puedo seguirle en sus postreras mocedades y en sus relieves posteriores á Pavón. Lo lamento, pues que hasta acá no era, ni mucho menos, personalidad de gravitación histórica ó política. El adulto y el viejo fueron lo interesante.

Por otra parte, hay incompatibilidades dignas de respeto entre lo contemporáneo y lo imparcial de posteridad. Y á mi, me tocó alguna vez actuar con él.

Tengo que resignarme, pues, á esta obligada imposición de la sinceridad histórica. Pero, algún día—si Dios quiere—he de bosquejar en un centenar de páginas la historia de la Confederación y de su poderoso caudillo. Tendré entonces que volver incidentalmente sobre este joven del Paraná y sus articulos de la prensa oficial.

Lamento sí, el hallarme inhibido de pesquisarlo en las ulterioridades del sesenta y uno; pues que, á parte de las conocidas, podría proporcionarme material para algunas hermosas páginas ignoradas, sobre todo lo que hace relación con mi provincia en la época dolorosa del asesinato del gobernador del setenta. Tal vez, el jefe revolucionario podría haber fácilmente triunfado en la primera campaña entrerriana...

Bueno, pero sobre esto me está vedado el hablar.

. . . . . .

El joven redactor del diario oficial del Paraná, se embarcó en un día del año 61 para Buenos-Aires. Ya las cosas andaban, preludiando á Pavón. El general Mitre le hizó capitan á guerra y entró al campamento, ayudante de don Emilio Mitre.

Allí pudo verse, entonces, del lado de Buenos-

Aires, al apuesto capitán. ¿Estaba bien de ese lado? ¿Le habia sugerido algo importante su chispeante mentalidad? No lo sé, pero yo me consuelo al ver para siempre unificada la República. Él era, como se ve, el indómito impulsivo de otras veces—el del Paraná, el de después, el de toda la vida: un intelectual entusiasta, pero dada su estructura intima, jamás un intelectual austero.

Y para no desmentir las tradiciones caracteristicas de su espiritu de gallardo extravagante y de original impenitente, llevaba en el campamento uno de «cabo plateado» de cincuenta centimetros de longitud y, poco más tarde, las aceras de Buenos-Aires le vieron ostentar, terciada al brazo, capa roja, como de púrpura clásica.

LAVINIO.

PÁRRAFO FILOSÓFICO

No quiero abusar de la hospitalidad de *El Diario*, donde estoy publicando mi galería de hombres célebres, notables é interesantes,—en algún sentido histórico; y es por eso que aquí ocurro, para echar un cuarto de timón con cierto pulpero sabio, empeñado desde el primer momento en trapichear mis recuerdos paranaenses. Sea todo por el amor de Dios! Inútil ha sido que haya suplicado en la mejor forma posible, — que se sirvieran no interrumpirme, no perturbarme. Esperen hasta el fin (pega, pero escucha decía el sabio); cuando haya concluido mi tarea, aclamarán, rectificarán, comentarán y hasta desmentirán, si quieren; he dicho yo. Nada! Hasta mensajes he mandado á algunos hombres eminentes como Mitre, como Roca, como Pellegrini, como Vicente F. López,

como Tejedor y algunos otros, diciéndoles: háganme vds. el favor de no morirse, por ahora, — para que yo pueda continuar con serenidad, y sin alargar mi lista, haciendo desfilar algunas figuras notorias ó que conviene sacar de la obscuridad. Todos ellos me han complacido, — confío que así continuarán. Les doy aquí públicamente las gracias á nombre del país. Sólo un titulado hombre de negocios — almacenero, pulpero ó buhonero, comerciante ó traficante de marras, es el que, primero de paso y después ya con un poco más de desahogo, se empeña en mortificarme. Y digo mortificarme, por una colección de razones que pueden resumirse en dos. Primero, se me desmiente científicamente; segundo, se pone en transparencia á un amigo que quiero y estimo por sus clásicas prendas literarias. Me conformo con que se insista que no fuí secretario *íntimo* de Carril. Ya veremos algún día quién escribió algunos documentos oficiales suyos, al que, por otra parte, he bosquejado con todos los caracteres de una alta personalidad seductora, llena de talento. Y lo hemos de ver, demostrando yo mismo que hay pruebas dificilísimas, por no decir imposibles. Tengo á este respecto una enseñanza grande para

mi—tan grande que no me basta ver los originales de un escritor, escritos de su puño y letra para afirmar: esto es suyo. El caso es este. Un dia, yo sostenia que un editorial de *La Nación* (hace muchos años), era de un amigo intimo mio (algún personaje diplomático ahora). Se lo habia visto escribir; yo mismo le habia corregido la prueba. ¿No era bastante para mi convicción personal? Otro amigo, muy lince, me dijo: eso es de José María Gutiérrez. Para abreviar (tuvimos una disputa de padre y muy señor mio). —¿Saben Vds. lo que resultó? Que el articulo,—que yo habia visto escribir, cuyas pruebas habia corregido, no era de mi amigo sino de José María Gutiérrez. Era un artículo político de importancia; pero que él, por sus motivos, quería ocultar la procedencia, aunque el estilo lo traicionara. Todo habia sido cuestión de deferencia y de copia, siendo, como se sabe, muy difícil en las imprentas la reserva absoluta—particularmente cuando, como en el caso relatado, no habia mortificación personal para nadie. Pero si puedo conformarme con que se insista en que no fui secretario intimo de del Carril—no puedo, no, conformarme con que se insista en que se le atribuyan al joven Dr. X. X., mi particular amigo,

como ya lo tengo dicho, las reiteradas coplas que me endereza el de los palotes suscritos en *El Diario* por D. Amadeo de los Rios. Voy, pues, á probar que éste no es el otro, es decir que X. no es de los Rios — que me los cambian. Vamos por orden. X., no pudo estar ni gateando, no digo en la primer Convención constituyente — en la segunda, de la que yo fui secretario, no intimo, sino público (por eso está mi nombre en la Constitución vigente). No tiene la edad; luego no es él de los Rios. X. nunca, ni en los tiempos pasados,—y espero que en los venideros, — ha sido comerciante, pulpero, almacenero; luego X. no es de los Rios. X. conoce la historia, es de Entre-Rios, sabe por consiguiente quién era el barón *du Graty*, cuyo apellido no acierta á escribir; luego X. no es de los Rios. X., repito, conoce la historia, y no puede ignorar qué pasaba en el Paraná cuando trajeron los grillos (!!) de Benavides, donde sólo dos hombres no andaban con *divisa* (hombres políticos), Emilio Alvear y yo, — que no tengo catadura, según se dice, de opositor; luego, como aqui hay algo de perturbación mental en los recuerdos, X. no puede ser de los Rios. X. estuvo noches pasadas en mi casa, donde frecuentemente come,—lo trato

siempre con tanto cariño! Cómo ha de mortificarme exprofeso! Luego X. no puede ser de los Ríos. X. esa noche formaba parte de un jurado literario presidido por mi: estaban presentes Carlos Rodriguez Larreta, Marco Avellaneda, Joaquín V. González, Antonio Dellepiane, Horacio Rodríguez Larreta,—todos ellos elogiaron mi « estudio » diré, sobre Carril. Grato yo á aquellas manifestaciones, leí otros dos esbozos. Ofrecí dedicar uno á cada cual de los concurrentes. Se tiró á la suerte,— le tocó á Marco Avellaneda. El esbozo aparecerá el mártes próximo en *El Diario*; luego X. no puede ser de los Rios. Por otra parte, — y para hacer punto redondo á la enumeración, se conocen mis juicios encomiásticos y sinceros sobre algunas producciones de X., luego este no puede ser de los Ríos. Finalmente, de X. y de mi puede decirse aquello que dice Shakespeare (lo diré en lengua de cristiano), haciendo hablar en « Mucho ruido para nada » á dos de sus personajes:... « Y ahora te ruego, dime: ¿por cuál de mis malas cualidades te prendaste de mi? — Por todas juntas: pues componen una república de defectos tan bien gobernada, que no toleran ante sí prenda buena alguna. ¿Pero por cuál de mis buenas prendas su-

friste primero amor por mi?—¡Sufrir amor! Linda frase! Sufro amor, en efecto, pues te amo á pesar mio.» Luego X., como se ve, no puede ser de los Rios que escribe con chispa; pero muy mal, como *vero* sujeto que anda entre la prosacia mercadera de la trastienda. No lo creeria, ni aunque me mostraran los originales de su propio puño y letra, — estando, como arriba digo, aleccionado por la experiencia. Y entonces ¿de quién será la cosa — para concluir en realidad, no figuradamente, este larguísimo parágrafo? Una palabra más, — y por quien soy, que concluyo. No, X. no puede ser de los Rios, — sea dicho en honor de las letras argentinas (las bellas) porque de él puede decirse lo que dice Campbell de Shakespeare: « Donde quiera que haya trabajado Shakespeare con materiales antiguos se ve siempre que lo que hace no es limpiar el polvo, sino extraer oro del polvo. » Si pues, X en lo mio,—no hallaría broza en el oro, sino que haría la conversion de la moneda de mala ley... el afán de nuestros estadistas por amor al país; que la amistad y el patriotismo tienen sus leyes.

L. V. M.

ALBERDI [1]

AL SEÑOR DOCTOR DON JOSÉ MARÍA ZUVIRÍA

« Marzo 15 de 1890.—*Señor General D. Lucio V. Mansilla.*—Mi distinguido General y amigo: En una de sus espirituales *causeries*, hablaba Vd. de anécdotas que conocía de la vida íntima de Alberdi. Si la lectura del humilde Ensayo que le remito provocara alguna de sus interesantes confidencias y diera ocasión para que Vd. nos trazara una silueta del personaje objeto de mis estudios, quedarían colmados los deseos de su afectísimo amigo

« *M. García Mérou.* »

Junto con la misiva que acabo de transcribir, recibí la otra noche un libro bastante volumino-

(1) *Causerie* (Marzo 18 de 1890), vol. VI.

so, que su autor titula *Juan Bautista Alberdi*, calificándolo de « Ensayo crítico ».

Conozco efectivamente varias anécdotas, más ó menos interesantes, instructivas ó jocosas, sobre el Dr. Juan Bautista Alberdi. Pero, ni ha llegado el caso de contarlas ni se me ocurre, — á pesar del ingenio que Vds. me reconocen (ingenio para contar cuentos), cómo podría acomodarlas ó ensamblarlas aquí, sin incurrir en un hiato imperdonable, teniendo que ocuparme no de Alberdi, anecdótico, sino de Alberdi filósofo, sabio jurisconsulto, autor de proyectos de constitución, literato y polemista.

¿Ó el « Ensayo crítico » trata de otra cosa?

No puedo, pues, complacerlo esta vez, — aunque desearía serle siempre agradable, — al ya fecundo escritor, que, sin duda, no ha pensado en esto. Explicaré este *esto:* el aprieto en que me pone con su solicitud.

¿Y cómo salir del paso?

Muy sencillamente: empezando por decirle que ha hecho bien en hacer lo que aconseja Publio Siro: « para conocer uno sus fuerzas es menester ensayarlas ». Y agregando sin reticencias ni mezquindades, que sólo cuadran á la envidia, que

si un primer « Ensayo » de este género, puede darle á uno mismo la medida de sus propias fuerzas, — y á los otros, al lector, cualquiera que él sea, el metro con que se mide la capacidad intelectual de un autor, — no puede haber dos opiniones respecto de las facultades literarias y de la energía potencial para el trabajo del que, según sus propias palabras, nos ofrece en el *prefacio* hacer desfilar sucesivamente una pléyade de muertos y vivos, más ó menos luminosos como Echeverría, Mitre, Vicente Fidel López, Sarmiento, Lamas *y* Gutiérrez. El texto no tiene la *y*, tiene un *etcétera*. Por ende, que la galería prometa ser extensísima, — que la obra ensayada augure ser grandiosa, y que las bellas letras argentinas estén de parabienes.

Desde la cruz á la fecha, está este libro lleno de una enseñanza, que no se refiere, por cierto, á lo que llamaré el *procesus* del concepto trascendental de Alberdi, como jurisconsulto y constitucionalista, sino á la índole de los escritos sobre política militante de algunos personajes que nos han precedido en esta áspera carrera de la vida política.

Nuestra prensa periódica es intolerante.

¿De dónde viene el ejemplo, — el mal ejemplo?

De las lecciones que nos dieron hombres como Sarmiento y Alberdi, cuando desterrados, fugitivos, expatriados, combatiendo ambos por la misma causa, — contra el mismo poderoso señor de vidas, famas y haciendas, — ya se destrozaban, sin embargo, sin piedad, en panfletos virulentos, depresivos, irritantes, calumniosos, abominables.

¿Ó, en aquella hora solemne, era lícito el espectáculo de que inteligencias privilegiadas, en vez de estar única y exclusivamente consagradas al servicio de la IDEA LIBERTADORA, le dieran margen al cadillo formidable para hacer escribir en sus *gacetas*: «Vean cómo son los Unitarios; no se entienden entre ellos, ni en el extranjero, y pretenden organizar el país»?

Repetiré la vulgaridad de que no hay efecto sin causa, y he ahí confirmado el dicho científico.

Ó, comparando la prensa de Londres, de París, de Madrid, de Roma, con la de Buenos-Aires, podemos decir en verdad, que la nuestra refleja toda la civilización del país y toda la cultura de los que dirigen, sea cual sea su papel, el pensamiento recóndito argentino?

Y, sin embargo, en el libro, sea sabio ó no, hay

una visible inclinación á quitarle á ese pensamiento la acritud corrosiva del lenguaje que ya empleaban en sus polémicas Alberdi y Sarmiento.

Parafraseando mi misma afirmación, en el libro de mucho aliento, en el que tiene la estructura maciza del libro de Mitre, ó la forma ágil del libro de Vicente Fidel López, si no se encuentra mucho elogio y mucho aplauso para los que habiéndose *ido* pertenecen al dominio de la historia, hay, repito, cierta maña discreta para ponerles las tachas á los que la merecen, sin deshonrarlos.

García Mérou nos dice, en una página llena de colorido, una especie de filigrana literaria: « Sus cartas (las de Alberdi) adquieren así, desde el principio, un tono solemne y tranquilo, que su adversario (Sarmiento) al fin, lo obliga á abandonar ».

¿De dónde venía esta diferencia en el método, la agresión impulsiva de Sarmiento, el tono solemne y tranquilo de su contendor, que, al fin, pierde los estribos?

Para mí lacausa, es *psíquica*, — estriba en la teoría de los *medios* y de los *lugares*.

Sarmiento, nace y se desenvuelve entre las breñas de la provincia de San Juan, juega desde

chiquito con los guijarros, su mano se endurece y pierde, por decirlo así, su cerebro, la noción de la sensibilidad tactil.

Alberdi, por el contrario, nace y se desenvuelve en medio de una lujuriante vegetación tropical, tiene las idealidades de una musa que no hace versos, pero que se inspira en las suavidades de un paisaje perennemente lozano, riente, fresco, perfumado.

Hay algo más todavia.

Sarmiento sale á lomo de mula de su terruño, trepa huyendo la cordillera de los Andes, se fija en Chile y allí se liga á otro dictador, aunque no congénere de Rosas; se liga á Montt.

Alberdi, se viene espontáneamente de Tucumán á Buenos-Aires, en carreta, joven aun, en época que no presagiaba por cierto lo que vendria después, y se satura con el ambiente de la cultura de la Metrópoli tradicional, proclamada ya, por nuestros grandes poetas, la Atenas, la gran capital del Sud.

Sarmiento ignora así lo que es « Martin García », no ha andado nunca por acá, y de su fecunda cabeza, especie de *pot-bouille,* surge el pensamiento, por no decir la demencia, de llevar allí

la capital de la república, su «Argirópolis».

Y Alberdi puede entonces chafarlo, demostrándole, no que el concepto ideal sea absurdo, sino que es irrealizable. ¿Por qué? Porque así como para embarcarse se necesita un barco, para hacer una capital federal se necesita tierra que federalizar. Y «Martin García» no es más que una roca, tan estrecha como el peñón de Gibraltar.

Y sigo para llegar á la teoría de los *lugares*.

Sarmiento viaja, se mete hasta en país de moros, pasa rápidamente por todas partes, ve de prisa los Estados-Unidos, sin saber inglés, vuelve de allá, otra vez, para Chile, — tierra grave, dura, en donde es general el oficio del minero y trabajosa la agricultura. En una palabra, vuelve á las ollas de Egipto, al ambiente de los medios y de los lugares, y no trae más bagaje que las impresiones imperfectas de un *turista* y las crudezas *yankees* con sus idiosincracias geniales.

Alberdi, cuando deja los patrios lares, es para irse á Francia, y allí se fija, y allí vive del ambiente francés y de las impresiones de los lugares. París es el cerebro del mundo para él; para Sarmiento, Nueva-York. Y así sus producciones tienen el ecleticismo y toda la malicia y la gracia

y hasta la perversidad elegante á la francesa. Y allí se vicia su alto criterio argentino de constitucionalista, impresionado por el cesarismo fastuoso de la corte de Napoleón III; y de allí le escribe, —segregado Buenos-Aires, - al Gereral Urquiza, cuando se inició la lucha presidencial, entre Derqui y Carril, haré la revelación: « que se haga reelegir », encontrando razones especiosas en la circunstancia fortuita de que la Constitución de Mayo no estaba, propiamente hablando, en vigencia, desde que no regia para las catorce provincias argentinas. Y allí, en Europa, conoce á la familia de Rozas y á Rozas mismo, —y muere con una opinión de Rozas que para qué decirles á Vds. cuál era? Quédense con sus admiraciones por el talento doctrinario; pero sepan que es más fácil tener talento que carácter.

De esta ligera hipotiposis, — paralela, — no resultan para mí, ni deben resultar para Vds., preferencias por Sarmiento ni por Alberdi. He querido explicar solamente el *por qué* fenomenal de la discordia entre dos paladines de la causa de la Libertad tan eficientes cada uno en su esfera; como opuestos, contrarios y antitéticos; y demostrar cómo las circunstacias casuales de los *medios* y de

los *lugares* influyen poderosamente en las manifestaciones del espíritu humano. Legouvé dice que Voltaire ofrece un curioso ejemplo, que Voltaire fué todo lo que un hombre de pluma puede ser: poeta, historiador, filósofo, sabio, novelista, polemista; y que no hay uno solo de sus escritos de ese género en el que no él haya sido discípulo de sus *alojamientos (logements).* » Yo agrego ¿ó Voltaire pensaba en Postdam como en Ferney? ¿Y por qué no agregar también: ó Sarmiento, escribiendo en Wáshington la « Vida de Lincoln», es Sarmiento en la presidencia de la República, pretendiendo que él, desde aquí, desde la *Casa Rosada*, gana les batallas, poniendo á precio el pescuezo de López Jordán y ordenándole á Arredondo, — que sin ser legista se guarda de hacerlo, — que les corte la cabeza á los montoneros y las ponga en los caminos, como notificación constitucional del modo cómo se combaten las rebeliones?

Yo he conocido personalmente al Dr. Alberdi, en París, y por lo que á la juventud pueda interesarle, le diré: escribiendo, dándole forma á su pensamiento íntimo de filósofo, de político, de hombre de mundo, de psicólogo, — era encantador, y su letra detestable, como él mismo lo dice; pero

en la conversación excepto en *tête à tête* secreto, estaba muy lejos de tener las seducciones de Sarmiento, cuya audacia no tenia límites para sostener paradojas (Y se ha ido al otro mundo con fama de práctico!). Pues no le decia á Julio A. Costa, un dia que todo el mundo sabia inglés! Y para probárselo tomaba un libro y le decia: Vea Vd. «*constitution*», constitución; *liberty*, libertad; *humanity*, humanidad; *money*, moneda...

Así como esto, era la ciencia de Sarmiento, —y todo al revés, la ciencia de Alberdi, y toda la audacia moral de Sarmiento se convertía en él en audacia física también, porque era valiente. Y Alberdi era todo lo contrario. No tenia músculos siquiera. Y así, yo lo he visto, comiendo conmigo en París, temblar ante la idea de su desembarco en Buenos-Aires.

— Vaya Vd., señor, sin miedo, le decía yo. Los porteños no somos malos, somos gritones y olvidadizos, nada más.

Ya verá cómo lo reciben bien.

Y le di cartas, para Dardo Rocha, para Aristóbulo del Valle é infinidad de otros amigos políticos de entonces. Y llegó, vió y venció; porque griegos y troyamos con más ó menos calor, hicieron lo

que debían por aquel á quien, si los hombres lo habían vencido, los acontecimientos, no tardarían en darle razón, — aunque *otra* vez perdiera el rumbo y se fuera dándole la espalda á su propia gloria...

En medio de todo, y como casi todos los ideólogos, Alberdi *creía* poco. Y así, cuando no veía triunfante en el acto una teoría, su primera impresión era esta: *consummatum est.*

No sé si hay para los pueblos una Providencia, sí sé que hay una lógica invencible. Es ella la que ha solucionado nuestro gran problema. Y como lógica es también justicia, dice bien, y con acento grandilocuente García Mérou:

« ¡ Que el himno vibrante de nuestros triunfos arrulle el sueño inquebrantable de Alberdi, y las generaciones argentinas admiren y enaltezcan en él la labor tenaz, la sólida erudición, la ciencia dominadora y esa indiscutible superioridad del genio que encuentra en la muerte su resurrección y para quien la posteridad es el principio de una apoteosis ! »

Voltaire lo ha dicho : el público de todos los tiempos y de todas las naciones, siempre justo á la larga, no juzga á los grandes hombres sino por

sus buenas obras, y no por lo que han hecho de mediocre ó de malo.

Descartemos entonces de la vida intelectual de Alberdi, que no fué hombre de acción (en esto no coincidimos con el autor del Ensayo), sus errores de polemista y de panfletista : siempre queda una gran figura histórica, cuya magnitud se ha encargado de delinear, con verdadero talento y cariñosa admiración, el joven escritor García Mérou.

Es de tenerle envidia, mejor dicho, vale la pena de imitarlo; sus perfiles son de mano maestra.

L. V. M.

EXPLICANDO MI CONCEPTO

SOBRE CARRIL

Señor Director de La Prensa.

Mi distinguido amigo:

La amplia hospitalidad que le da V. ayer al señor don Benigno del Carril, en sus columnas, me induce á solicitar en ellas un pequeño espacio.

Así, los que han leído al hijo, sabrán lo que de su padre, su ilustre padre, piensa el que fué su discípulo y su admirador.

Desde luego agradezco al ausente, que diga sobre mis perfiles, bocetos ó retratos, esto:

«Aprovecho la oportunidad para decirle que, aunque á la distancia, los argentinos seguimos

siempre con palpitante interés todo lo que ocurre en la patria, y por consiguiente, leo sus escritos, y muy especialmente los que se refieren á los hombres del Paraná, á los que conocí personalmente en su mayor parte.

« Su trabajo es útil, porque saca del olvido muchas personalidades típicas, enriqueciendo al mismo tiempo la literatura nacional con perfiles dignos de Carlyle. Recuerdo que éste, señor general, gráfico y pintoresco como V., original y eminentemente personal, tenía el defecto, para otros mérito, de exagerarlos todos y cargar demasiado las tintas. Ojalá todos los defectos humanos corrieran en tan buena compañía! »

Agregaré que está en prensa el primer volumen de los *Hombres del Paraná*, y que en él he de poner una nota, que despeje hasta la sombra de una sospecha respecto de la figura histórica del eminente estadista, encarado bajo el aspecto de *la integridad*.

Yo no he *insinuado* nada, que lo dé á entender: y sólo la natural sensibilidad de un deudo, fiel á la memoria del apellido que tan bien lleva, ha podido leer un mal pensamiento entre renglones.

Precisamente lo que distingue al hijo, era característico en el padre: la frugalidad y la moderación, en una vida de labor constante.

Pero como pintor de tipos, de *caracteres*, de personajes históricos, hay un escollo que no puedo evitar; porque si lo rehuyo, la fisonomía moral del hombre queda incompleta. Y si no lo evito, el lector hace mal en leer lo que no dice la letra. Ese escollo es, en ciertos casos, no siendo rasgo necesario en otros: qué opiniones, qué pasiones, qué ideas, qué sentimientos tenía el hombre que se perfila, sobre determinadas cosas temporales. De lo contrario, el retrato, lo repito en otra forma, resulta casi opaco; no se verifica *formas imitámini* de Ovidio.

Yo sé perfectamente, como diría el sabio, que son las ideas claras las que sirven para hablar y que son las ideas sordas las que conducen la vida. Así cuando hablo, procuro hacerlo con claridad, y me guardo bien de penetrar en el fuero interno, en los abismos insondables de las almas.

Tratándose del Dr. Carril, olvidar ese criterio de escritor, habría sido imperdonable; precisamente, porque, aunque muy joven en la época de mis referencias, no una vez sino varias recibí sus con-

fidencias, como le di forma á su pensamiento de político y de estadista.

Por eso he dicho, que él me educó, aunque no me le parezca, siendo ley que los discípulos no se parecen, por regla general, á los maestros.

Diré, pues, en conclusión, que no hay historia posible, si sólo se han de poner de relieve las virtudes. Para eso habría que tomar *mediocridades*, y mediante prestigios de estilo y de retórica, resultarían «ilustres», nulidades patentadas en su momento.

Uno de estos días, más ó menos próximo, voy á retratar (es mi modo de decir) á Urquiza y á Rozas, y ya se comprenderá que, ó digo como los veo en realidad, ó me coarto á mí mismo; en un caso, el de Urquiza, por razones de amistad, y en el otro, por motivo de parentesco,— siendo como soy, y se sabe, sobrino carnal del que fué dueño y señor de vidas, famas y haciendas, teniendo como tenía *la suma del poder público*.

Acepte, nuestro común amigo, Benigno del Carril, ausente, por conducto de La Prensa, estas explicaciones, y créame V. con toda consideración y aprecio S. S.

L. V. M.

MONSEÑOR ANEIROS

VICENTE F. LÓPEZ Y EL AUTOR

Con motivo de la afirmación á que se refiere esta nota se publican los siguientes párrafos, siendo el último escrito por Monseñor Aneiros (q. e. p. d.), según me lo ha asegurado el Canónigo Terrero, — á cuya amabilidad lo debo.

El lector elegirá la versión que le parezca más concluyente.

Tengo dos debilidades confesables: la juventud y la belleza.

No quiere esto decir que no ame la edad provecta, — lo que en ambos sexos se contiene, como

un tesoro, encerrado con la llave de oro de la discreción, dentro de la experiencia de la vida, que no es sólo saber, sino ternura, amor, perdón, olvido y tolerancia para todas las humanas flaquezas.

Se concibe entonces y se explica perfectamente, que sea amigo de Vicente Fidel López, el cual no alcanza, sin embargo, aunque haya pasado más inviernos que yo y hecho mejores obras que mi persona, el cual no alcanza, decia, á ser mi padre.

Es, pues, uno de mis predilectos, uno de los que amo y admiro, y al que, como á Mitre, á Tejedor, á Bernardo de Irigoyen, á Pepe Posse, á Uladislao Frías, y otros menores (¡qué nenes!) como Roca y Pellegrini, le tengo ordenado que no se me vaya á morir, repitiéndole el dicho de Cicerón á sus amigos: *jubeo te bene valere.*

Él me paga con lo mejor moneda; y si Lucio Vicente me tiene alguna envidia, es por lo que quiero á su padre, y éste me quiere á mí. ¡Qué feo! ¿No?

Por supuesto que todos los susodichos caballeros hacen muy bien en no rebelarse contra mis órdenes y en continuar gozando de la cabal salud que para mí deseo, — y para Vds. también, los que estas letras vieren.

De lo contrario, tendrán que leer en la otra vida su «figurín» hecho por mí.

Es un peligro, y no chico; porque corren el riesgo de que no sea exacto en algún detalle (¡mal hayan los detalles!).

La prueba héla aquí, en la siguiente tarjeta que recibí ayer, precisamente en el momento en que reflexionaba sobre este dicho de Teófilo Gautier: *Mon Dieu! que c'est une sotte chose que cette prétendue perfectibilitè du genre humain dont on nous rébat les oreilles!* (1):

«Mis cordiales felicitaciones por el «Seguí» de ayer. Pero como los viejos algo tienen que reprochar á la belleza misma (usted lo verá después), digo que el nombre de *Colegio* viene desde el siglo pasado por el *Colegio de San Carlos,* fundado en esa Casa después de la expulsión de los jesuitas y no del tiempo en que usted le da su origen.

«Suyo.

«*Vicente Fidel López.*»

(1) Dios mio! y qué cosa tan tonta la pretendida *perfectibilidad* del género humano, con la que nos rompen el tímpano.

El señor de Voltaire, que era tan mimoso habria dicho: no se trata de saber si la fecha fué esa, sino de si el nombre popular (1) viene de ahí; la anfibologia no afecta el fondo.

Yo, que no ando ni por el *a b c* de aquél, lo que digo es: ya lo creo que hay algo que reprocharle á la belleza misma, sosteniendo como sostengo, que no está en el *conjunto* sino en los detalles.

Las mujeres saben esto, mejor que nosotros; ellas que atinan con tantas cosas por advinación; ellas que aman porque les gusta el bigote, el cabello, la nariz, algún otro detalle, la risa, la voz del que solicita sus favores, — inclusive el honor de unirse para siempre en los altares de himeneo, sin mayores averiguaciones, por regla general, sobre la parte moral que es *conjunto*.

Reciba, pues, aquí, mi noble amigo, el historiador siempre vivaz (que el Cielo guarde!) mis sinceros agradecimientos por su rectificación, — tan esquisitamente amable, — la cual queda incorporada á mi página sobre « Seguí » borrando así con

(1) El texto de la página 104 dice: « Seguí estudió con los jesuitas, con los que estaban en la iglesia de San Ignacio, de donde le viene á ésta el nombre popular de « El Colegio ».

el codo de la historia, lo escrito con esta mano de artista manco.

L. V. M.

Las anteriores líneas aparecieron en *El Diario;* y éstas en « *La Voz de la Iglesia* » de 1° Agosto de 1894 :

EL COLEGIO

Se ha reprobado que se diga que el nombre del Colegio que se da á la Iglesia de San Ignacio emana del Colegio de la Compañía de Jesús allí establecida hace más de dos siglos. Dice el reprobante que ese nombre deriva del colegio de San Cárlos, allí fundado en 1783. Nada más raro que semejante reprobación y dicho. Veámoslo, que es muy claro.

El nombre del colegio existía muchos años antes desde su fundación. El famoso Dr. Don Juan María Gutiérrez dice en un escrito sobre la fun-

dación del colegio de San Carlos que el edificio del colegio de la compañía, que es el mismo que hoy existe sin variación alguna, fué destinado para servir al de San Carlos. Es de advertir, dice el mismo doctor, que los Jesuitas llaman *Colegio* á las casas de su orden. Más adelante, dice el mismo doctor, que el primer Obispo de Buenos-Aires dotó una cátedra de gramática latina en el *Colegio* de la Compañía de Jesús en Buenos-Aires. Narrándose en otra obra la expulsión de los Padres de la Compañía, que estaban en esta república el siglo pasado, se dice: eran treinta y seis los padres que habian en este *colegio* de Buenos-Aires, y 271 los de otras partes, fuera de los de Corrientes.

Los jesuitas no llaman sólo colegio á sus casas, pues tienen casas Profesas, Colegios, Noviciados, Seminarios, Residencias y Misiones.

Se llamó, pues, este colegio desde el primer día, y después de la expulsión, quedó la Iglesia y la casa que siempre el pueblo llamó colegio, y mucho más después del año 1835, en que volvieron los Padres de la Compañía, sin que hubiese ni el nombre del colegio de San Carlos.

ÍNDICE

Carta-prólogo del señor Teniente General D. Julio A. Roca 7
Nicolás Avellaneda..... 15
Sarmiento..... 21
Carril..... 31
Bedoya..... 45
Posse..... 57
Luque..... 67
Derqui..... 75
Campillo..... 91
Seguí..... 103
Lucero..... 115
Zavalía..... 123
Cáceres..... 137
Alvear..... 151
Saravia..... 161
Guido..... 171
Alberdi..... 185
Buschenthal..... 205

APÉNDICE

Los hombres del Paraná (Retrospectivo)..... 229
Inde Iræ. El secreto á voces (Réplica)..... 237
Los hombres del Paraná (Uno de ellos)..... 243
Párrafo filosófico..... 257
Alberdi..... 263
Explicando mi concepto sobre Carril..... 275
Monseñor Aneiros, Vicente F. López y el autor..... 279

Algunos pequeños errores que quizá note el lector, atribúyanse á que no he podido revisar mis materiales.

El Autor.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE PRIMER TOMO

DE

«RETRATOS Y RECUERDOS»

EL DÍA

TREINTA DE OCTUBRE DE MIL OCHOCIENTOS NOVENTA Y CUATRO

POR

PABLO E. CONI É HIJOS,

Á COSTA DE LA AMISTOSA SOLICITUD

DE

MANUEL LÁINEZ

BUENOS AIRES.

HSAm.BC
M2885r

445732

Mansilla, Lucio Victorio
Retratos y recuerdos. Vol.1.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED